

PATRICIA LEYACK
ESCRITURAS
EN EL ANÁLISIS

PAIDÓS

Escrituras en el análisis

Escrituras en el análisis

Patricia Leyack

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Palabras de apertura

1. Escritura, lectura, reescritura

El inconsciente (se) escribe

La interpretación como reescritura

2. Fantasma y escritura

Objetos en escena

Lógica y construcción del fantasma

Un fantasma bizarro

3. Lo que se escribe, no para ser leído... aún

Cuerpos tomados

4. El sinthome, una escritura posible

La disposición sinthomática

5. Lo imposible de escribir

Que lo inaudito no se vuelva inaudible

6. Lo que inscribe la transmisión

Transmisión y verdad

El susurro de la castración

Escritura del analista

7. Acto e inscripción

Deseo del analista, acto y semblante

Leyack, Patricia
Escrituras en el análisis / Patricia Leyack. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
: Paidós, 2017.
Libro digital, EPUB
 Archivo Digital: descarga y online
 ISBN 978-950-12-9613-6

1. Psicoanálisis. I. Título.
CDD 150.195

Diseño e imagen de cubierta: Gabriela Di Giuseppe

Todos los derechos reservados

© 2017, Patricia Leyack
© 2017, de todas las ediciones:
Editorial Paidós SAICF
Publicado bajo su sello PAIDÓS®
Independencia 1682/1686,
Buenos Aires – Argentina
E-mail: difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Primera edición en formato digital: junio de 2017
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-12-9613-6

Lo que se escribe en medio del decir.
JACQUES LACAN

PALABRAS DE APERTURA

Lacan inventa una palabra-valija, *poubellication*, en la que confluyen, se imbrican y se dan a leer dos términos: *poubelle* (basura, basurero, desperdicio) y *publication* (publicación).

Desde que concebí la idea de transformar una serie de textos que produje a lo largo de varios años en este libro, lo que ese neologismo de Lacan pone en juego fue lo que más me animó. Necesitaba desprenderme, desembarazarme de textos que ya circulaban –principalmente a través de la Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires–. Algo así como hacer lugar para futuros trabajos. Una nueva serie se iniciaría solo si aquellos encontraban otro lugar. Ese otro lugar, por qué no, podía ser un libro.

La confección de la presente publicación tuvo varias etapas. Encontró su forma y su título cuando me di cuenta de que había algo así como un hilo invisible que enhebraba la dispersión temática de los textos en un asunto común: la cuestión de la escritura en el análisis. Cuando leí ese hilo, la tarea encontró su ritmo sostenido. Una intervención de una colega y amiga, Alba Flesler, hecha en la contingencia de un encuentro social, propició que pudiera leer y extraer este hilo de la escritura. En ese tiempo, yo atravesaba una etapa de cierta detención en el armado de este libro. Me preguntaba si tenía sentido seguir adelante; prevalecía una sensación de dar vueltas alrededor de textos que estaban en tiempos de comprender, y una especie de cansancio de leerme me tenía encerrada. Sus palabras fueron más o menos estas: “No publiques un compilado de trabajos sueltos, eso en general no despierta demasiado interés. Tratá de armarlo sobre una temática en particular”. No puedo dar fe de que hayan sido sus palabras, pero operaron en mí y no solo le dieron a la tarea un nuevo impulso, sino que algo del tiempo de concluir empezó a asomar en mis escritos. Va mi agradecimiento.

Otra amiga y colega, Silvia Amigo, leyó algunos de los trabajos en sus primeras versiones y me hizo una devolución que incluyó un punto para mí fundamental: el síntoma en su función de Nombre del Padre. Eso me permitió reencontrarme con algo que, al modo del freudiano “siempre lo supe pero no lo había pensado”, no había quedado articulado en mis textos. Una ancha avenida se abrió. Va mi agradecimiento a ella también.

Quiero expresar especial gratitud a quien fue mi maestro, Isidoro Vegh. Y esto no es para nada una formalidad. Más allá de su particular lectura de algunos conceptos de Lacan, lo que me transmitió y hoy me constituye es ese procedimiento por pliegues que me permite circular por la obra de Lacan haciendo un trabajo de lectura, esto es, arribar a alguna formalización a partir de trozos recogidos de diferentes textos y en diferentes tiempos de la obra. ¿Será tal vez esa la función de un maestro? No ya el que aporta palabras que en una primera etapa visten nuestra propia enseñanza, nuestros propios textos, sino el que transmite un modo de lectura que incorporamos, que ya no nos viste sino que nos constituye y nos permite encontrar nuestro modo de decir, lo que marca el tiempo de separación de la relación con el maestro.

Quiero agradecer de forma muy particular a la Escuela Freudiana de Buenos Aires, que con sus convocatorias a jornadas, coloquios, debates, encuentros y clases, ha sido –y sigue siendo– motor de muchos de los trabajos que hoy le dan forma a este libro. Algunos de ellos han sido originariamente clases dictadas en seminarios dadas en la Escuela o en otras instituciones de Buenos Aires y del interior, en hospitales y centros de salud. Algo de ese origen, un cierto afán explicativo, se deja leer tal vez en algunos de los capítulos. He decidido no alterar demasiado la arquitectura original.

Agradezco también a Valeria Sambucari por su presencia, sus aportes y la redacción digital de este volumen.

Finalmente y siempre, un agradecimiento a Santiago Kovadloff, interlocutor permanente, quien supo antes que yo que en los textos iniciales había un libro posible. Y me alentó a insistir cada vez que yo me desalentaba.

Trabajos presentados en Reuniones Lacanoamericanas y en Congresos de Convergencia así como textos ya publicados en *Cuadernos Sigmund Freud* han sido materia prima para algunos capítulos. Muchos de esos textos recogen fragmentos ya presentes en otros, que también forman parte de este libro. Por este motivo el lector se encontrará a veces con ciertas repeticiones. He decidido dejarlas; me pareció que en cada uno de los textos esos fragmentos tienen su lógica.

Unas palabras finales sobre la experiencia que ha implicado la confección de este libro: leer y releer mis trabajos, a veces para transformar dos o tres en un solo capítulo, me ha permitido comprobar algo que les transmito a los asistentes a los grupos de escritura para analistas que conduzco. Cuando volvemos a leer un trabajo después de un tiempo, lo reescribimos. Esa reescritura da cuenta de nuestra diferente mirada, de nuestra diferente posición. Y este trabajo de reescritura hecho sobre los propios textos pone en acto la tesis de este libro: leer es reescribir.

1. ESCRITURA, LECTURA, REESCRITURA

El inconsciente (se) escribe

El descubrimiento freudiano implicó un quiebre tan agudo como molesto respecto de la mentalidad positivista que alumbró al propio Freud. Ocuparse de los restos, de los desechos del lenguaje, de los desechos de la memoria, de la sexualidad, de los sueños, de lo que no encaja, de lo fallido, no puede haber sido sino subversivo para su época.

Hay en Freud, preponderantemente, una noción del inconsciente como existente. Recuerdos, representaciones reprimidas son aquello a lo que la asociación libre debe conducir. Hay en Freud, por lo tanto, la suposición de un estado inconsciente. Y aquí, el gran salto freudiano: la localización tópica del inconsciente no es anatómica. (1) Él habla de regiones psíquicas, con alguna relación, aunque indeterminada, con el cuerpo, (2) y postula el movimiento psíquico enraizado en el objeto como perdido. Dentro de esta misma línea, acuña el concepto de lo *nachträglich*, de aquello que se constituye a posteriori, por efecto de lo posterior sobre lo que ya estaba. Es su maravillosa mirada innovadora la que postula la segunda escena resignificando la primera como sexual (véase un texto tan temprano como el caso Emma). (3)

Lacan, empeñado en hacer una lectura lógica del texto freudiano, relocaliza la cuestión de la siguiente manera. Para él, el inconsciente es una consecuencia del hecho de que hay lenguaje. Y, específicamente, de los efectos de la palabra sobre el sujeto, del modo en que se le habló a cada uno, las marcas del Otro impresas en él. El inconsciente es, según su perspectiva, algo que se va desplegando en un discurso, discurso que se dirige al analista. Y que le sea dirigido implica que este intervendrá en ese discurso, formará parte del mismo: su lectura lo reescribirá. La presencia del analista es, para Lacan, inseparable del concepto de inconsciente. El analista es testigo de lo que se pierde en el decir, lo que incumbe al objeto *a*, objeto que hará presencia desde el decir interpretante.

Restringido el alcance del concepto de inconsciente al interior de la transferencia, la práctica clínica resulta inherente a la estructura

del inconsciente; este asume su forma en transferencia.

Partamos de la definición canónica del sujeto para Lacan, presente en muchos lugares de su obra: el sujeto es lo que representa un significante para otro significante.

$$\frac{S S}{\$}$$

Es esta, me parece, una buena entrada en la noción de inconsciente, siempre pensado en transferencia. El analizante va enlazando en su discurso cadenas de significantes, y alguno de ellos es escuchado como un significante que podría representarlo. El analista detiene el discurso, puntualiza ese significante, lo interroga, para que en su enlace con otros advenga cierta significación del sujeto. Veámoslo en dos ejemplos.

Empiezo por uno clásico, de Freud. Se trata del Hombre de las Ratas. En alemán “gordo” se dice *dick*. Nuestro hombre está de vacaciones en una zona de montaña y se encuentra preocupado por su exceso de peso. Freud dice que tiene una “manía de adelgazar” que lo lleva a tomar una serie de medidas para perder peso. Súbitamente se le instala un pensamiento –no es una alucinación, es un pensamiento que toma al sujeto bajo la forma de un mandato superyoico–. Perentorio, indica: “¡Tírate por la ladera!”. De esta forma viene el pensamiento. No es ni “tengo ganas de tirarme”, ni “me da miedo tirarme”, sino “¡tírate por la ladera!”.

Estamos ante un enigma. Freud lo invita a que asocie. Lo que va apareciendo es que en la misma localidad donde él estaba veraneando estaba su amada con un primo inglés que se ocupaba mucho de ella y de quien él estaba celoso. El diminutivo del nombre de ese primo es “Dick”. Tenemos acá una homofonía: Dick, sobrenombre del primo, y *dick*, gordo.

El saber que porta ese mandato superyoico por el que nuestro hombre es tomado (“¡Tírate por la ladera!”) tampoco está en el saber de Freud. No es Freud quien tiene la solución para eso que le pasa, por lo menos hasta tanto el paciente asocie con otros ese extraño significante que, se supone, lo representa. Es la sagacidad de Freud la que puede leer la homofonía translingüística entre *dick* (alemán) y

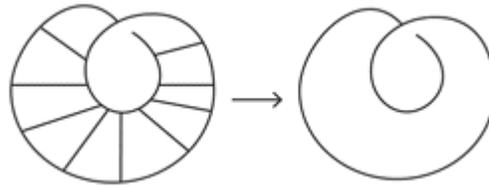
Dick (inglés). Adviene entonces la interpretación: el Hombre de las Ratas no había querido matarse, sino que había querido matar al primo de la amada, a Dick. El sujeto estaba representado entre estos dos “*dicks*”. El inconsciente hizo su juego homofónico.

Otro ejemplo. El paciente –muchos años de análisis– dice algo que a la analista le resuena como novedoso. Esto es así porque está habitada por los significantes de esa cura. Puede, entonces, escuchar en diferencia respecto de la posición que el analizante venía trayendo. Este dice: “Me di cuenta de que no puedo seguir esperando tener el tiempo. Al tiempo lo tengo que hacer yo”. Ese es el significante que, en este momento, lo representa en diferencia respecto de cuando argumentaba que su ocupación laboral y sus cuestiones familiares le impedían disponer del tiempo para dedicarse a lo que más deseaba. El trabajo con este nuevo significante marca una salida de la posición de pasividad en que la fijación lo detenía, hacia una posición que habilita para él el tiempo y el espacio necesarios para darle curso a aquello que estaba a la espera en su deseo.

Pasemos ahora a la más canónica de las definiciones de Lacan: “El inconsciente está estructurado como un lenguaje”. ¿Qué es un lenguaje? Es un conjunto de elementos discretos que se asocian de acuerdo a ciertas reglas de funcionamiento. En el inconsciente esas reglas son las que primeramente describió Freud como condensación y desplazamiento, y que Lacan precisó como metáfora y metonimia. Al no haber universo de discurso, al no poder decirlo *todo* con el lenguaje, nos vemos llevados a decir más y más. Es esta una manera de situar que, si en el inconsciente impera la falta, ella también se hace presente en el lenguaje; es el “como” de la definición mencionada el que equipara en la falta tanto al lenguaje como al inconsciente. En el lenguaje impera la falta, en el inconsciente ella es instituyente. (4)

Al respecto es útil la figura del ocho interior. (5) Esta figura es el borde de una banda de Moebius. Siendo esta última una superficie unilátera con una torsión, muestra en ese punto donde conectan anverso y reverso de la banda, el lugar donde algo dicho permite abrir la escucha hacia el borde inconsciente.

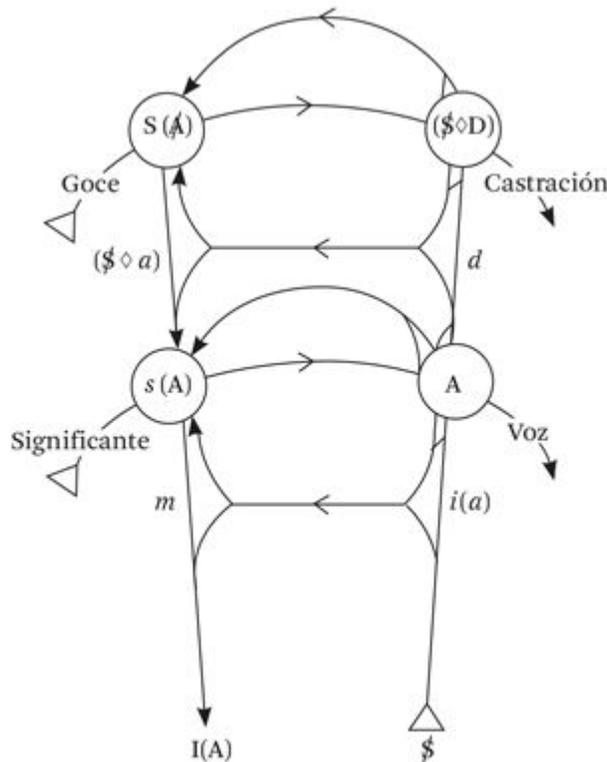
Figura 1.1



Con el ocho interior se puede mostrar la lógica de superficie del saber inconsciente, en ese punto –la torsión– de conexión entre consciente e inconsciente. Ese punto donde en lo dicho se escucha una homofonía, una homonimia, un acento particular, que reenvía a lo inconsciente. Muestra cómo lo inconsciente “se escribe” en lo que se dice.

Significante del Gran Otro barrado, $S(\bar{A})$, es el matema con el que Lacan escribe la falta en el inconsciente. Queda situado en el grafo del deseo del sujeto:

Figura 1.2



El grafo tiene como escritura el beneficio de poder mostrar recorridos entre distintos lugares del sujeto. Significante del Gran Otro barrado $S(\overline{A})$; el lugar del superyó, A ; el de la pulsión, $\$ \diamond D$; el del deseo, d ; el del síntoma, $s(A)$; el del fantasma, $\$ \diamond a$; el de las identificaciones imaginarias, $i(a)$. Y será distinto que al lugar del síntoma (lugar donde el sujeto habla en análisis) lleguen apremios pulsionales o mandatos superyoicos no trabajados por el inconsciente y su falta, o el fantasma en su versión pulsional (tiempo lógico del fantasma, en que la pulsión domina) a que lo hagan –y este es el objetivo del análisis– habiendo pasado por esa instancia. (6) Con tiempo pulsional o versión pulsional del fantasma quiero decir que, en su punto de fijación, el fantasma es aun preponderantemente respuesta del sujeto a la demanda del Otro. Implica en el grafo un recorrido que va directo de $\$ \diamond D$, o de A al ($\$ \diamond a$) sin pasar por el inconsciente y su falta: $S(\overline{A})$. En $s(A)$ se podrá leer, con su impacto en síntomas y distintas formaciones del inconsciente, la adherencia del sujeto al mismo guion fantasmático.

En una conferencia dictada en Buenos Aires, (7) Gérard Pommier lo planteó aproximadamente de este modo: desprenderse de la identificación pulsional con el objeto del campo del Otro al que el sujeto está fijado es “agregarle un sujeto a la pulsión”. Formulación un tanto extrema quizás, en tanto el sujeto de la pulsión seguirá siendo acéfalo, pero se entiende a qué apunta: trabajada en el análisis la fijación a ese objeto del campo del Otro, el fantasma será fuera de cuerpo y el sujeto en él estará dividido pero no acéfalo. El deseo correrá por los mismos carriles por los que antes circulaba la pulsión, propone Lacan en “Subversión del sujeto”.

En el seminario “Momento de concluir”, (8) Lacan nos dice que el inconsciente es precisamente la hipótesis de que no se sueña solo cuando se duerme. Cuando despertamos, despertamos al sueño... del fantasma. Vivimos en el fantasma, manera de decir que nos pasamos la vida soñando. Hacia ahí apuntará el análisis, hacia la construcción de ese lugar fantasmático. El análisis nos despierta de ese sueño continuo. Construirlo, lo que equivale a atravesarlo, es una de las maneras con que Lacan presenta el fin de análisis. Esto no quiere decir que atravesado el fantasma vivamos fuera de él, sino que, recorrido una y otra vez para desprenderle la posición de

objeto que fuimos para el Otro primordial, pasado por la instancia del S(A), el dispositivo fantasmático articulará el deseo, en tanto el *a* estará en causa. La pulsión será su fuerza.

En *El seminario 11* (9) el inconsciente se presenta como pulsación temporal. A partir del discurso en transferencia se abre, emerge alguna formación, alguna repetición o algún trozo de ese discurso que remite a la Otra escena, y vuelve a cerrarse. Apertura y cierre: esta es la forma en que se presenta el inconsciente en este seminario. Es también aquí, como mencioné antes, donde Lacan trabaja la importancia de la presencia del analista. El analista es *testigo de la pérdida*, de aquello que no puede decirse porque escapa a la articulación en palabras, pero se acumula en los decires del sujeto como producto de ellos; aquello que *ex-siste* a las palabras, y se escribe en el discurso en raras escrituras cifradas: el objeto *a*.

El inconsciente se abre, emerge un sueño. Un sueño es ya un cifrado que hizo el inconsciente, trabajó mientras nosotros dormíamos, tomó una serie de significantes, los entretejió, armó con ellos distintas escenas –figuraciones posibles de esos significantes–, veló lo Real con más o menos eficacia de acuerdo al tiempo subjetivo puntual en que ese sueño se armó. Ese tejido imaginario y simbólico que veló un poco lo Real, permitió que el sujeto pueda seguir durmiendo. En sesión, ese sueño –cifra que arrojó el inconsciente– es relatado. Nuestra tarea como analistas es tratar de descifrar la cifra, apuntando a *la beldad detrás de los postigos*. Ahí tratamos de dirigir nuestra escucha. ¿Y a qué apuntará esta imagen tan bella y atrayente que propone Lacan? Vamos entonces a otra definición que da en este seminario: “El inconsciente es el discurso del Otro, pero el discurso del Otro que hay que realizar [no es que está realizado, hay que realizar, el tiempo verbal sugiere que hablando se realiza], no está detrás del cierre, está afuera. Y es quien pide *por boca del analista* que vuelvan a abrir los postigos” (las itálicas son mías). Esta definición de inconsciente le da cuerpo a lo que plantea Lacan en su escrito “Posición del inconsciente”: (10) el analista formando parte del concepto de inconsciente porque a él se le dirige el discurso. Y dado que a él se le dirige, el analista intervendrá en ese discurso, con una

puntuación, una pregunta, un juego homofónico u homonímico, un corte de sesión, etc. Y es mediante esas intervenciones que ese discurso se va a reconfigurar. Si en nuestro horizonte prevalece la orientación hacia la *beldad detrás de los postigos*, incitamos al analizante a que siga diciendo. Es así como el discurso del Otro (11) que es el inconsciente se va realizando, no sin la intervención del analista sobre aquel. Que el analista forme parte de la noción de inconsciente remite a que su lugar sea soporte de la Otra escena. Cuando lee en lo que se le dice una localización del sujeto, una posición fantasmática, es en su decir interpretante que ese sujeto se localiza, que esa posición fantasmática se encuentra con las palabras que la recortan.

Lacan resalta el inconsciente como *producción*. De la red de significantes que en tanto saber no sabido se van articulando en el decir, el acento está puesto en la *producción* como efecto de lectura. La lógica del inconsciente no es entonces para Lacan una lógica de profundidades, sino una lógica que opera a nivel de la superficie del discurso.

La idea del inconsciente como producción se apoya fuertemente sobre la mencionada noción freudiana del *après-coup*: es a posteriori de su lectura que la letra habrá sido letra; aquello que circulaba sordamente en el decir, se ilumina y adquiere su estatuto de significante que representa al sujeto a partir de su lectura. La lectura tracciona hacia atrás el texto interpelando al sujeto en su decir. Con Lacan –y esto sitúa una diferencia importante en cuanto a la dirección de la cura respecto de Freud–, en la lectura de síntomas, de formaciones del inconsciente, el analista subrayará la presencia del rasgo de separación. El sujeto del inconsciente se separa con su lenguaje cifrado del imperio de los S_2 que lo habitan.

Son muchas las maneras en que Lacan se refiere a esto. En *El seminario 11*, por ejemplo, dice que, tanto en la intensidad como en la extensión, nuestras intervenciones no solo sacan a la luz la realidad del inconsciente sino que, hasta cierto punto, la engendran. (12)

Si bien la formalización del inconsciente como producción es de Lacan, bien se ve qué quiere decir su relectura de Freud. Es subrayar en Freud lo que ya estaba en él pero hidratando el alcance del concepto al punto de hacer de la producción en transferencia el

pivote de la propia concepción lacaniana del inconsciente. Lacan procede con el texto freudiano a un trabajo de subrayado, puntuación, corte y, por lo tanto, producción. Lacan progresa releyendo el texto freudiano y esta relectura devendrá en escritura de su propia teoría.

Su único invento, reiteró Lacan, fue el objeto *a*. Objeto que centra decididamente la teoría en el eje de lo Real, del goce. Ese objeto es, justamente, aquello que debe reinar en el lugar del analista. El matema del discurso del analista así lo indica (ver dinámica de este discurso en p. 31):

$$\frac{a}{S_2} \rightarrow \frac{\$}{S_1} \downarrow$$

¿Y qué de la posición del analista para poder acoger el objeto en transferencia, para hacer de caja de resonancia de la dimensión del objeto en tanto vinculado a la repetición, al goce? Se trata de una posición habilitada por la función deseo de(l) analista. (13) Y esta proviene no solo de la formación y la práctica, sino de la plasticidad y disposición que surge del propio análisis del analista, de la posibilidad que este aporta para escuchar por fuera del propio fantasma. La transferencia es, así, el lugar donde el objeto ha de alojarse, precisamente en el lugar, en el “*sillón*” del analista, si la posición inadvertida de deseo de analista es la que comanda, otra manera de señalar lo incauto en la posición del analista. Que el objeto se aloje en la transferencia será un precipitado de la repetición, un producto del recorrido simbólico del análisis, y con él habrá que operar no solo en la equivocación de la interpretación, sino jugándolo en la escena transferencial.

Si bien Freud no tenía esta formalización teórica del objeto, ¿no está aludiendo a ello cuando en su artículo “Lo inconsciente” (14) hace esa iluminadora distinción entre lo que es oír y lo que es vivenciar en la transferencia? Con el vivenciar parece aludir al efecto de conmoción de la interpretación cuando pone en juego la fijación al objeto, cuando muerde ese Real. Cuando esta, al decir de Héctor Yankelevich, (15) “hace aparecer” el objeto.

El analista bien situado es quien, habitado por los significantes de cada análisis, puede producir la reapertura del inconsciente en tanto lo hace desde el interior de la transferencia. Y aquí interior no implica que pensemos al inconsciente como una esfera, un reservorio de contenidos, una bolsa. El inconsciente no constituye una entidad ontológica. Lo pensamos con Lacan, vuelvo a decir, como lo que se *produce* en transferencia. No es que no haya marcas y significantes que den cuerpo a los síntomas que, como analistas, tratamos de descifrar y relevar permanentemente. Pero que el inconsciente se produzca en transferencia implica que se ordena como discurso en ese encuentro con el analista. Y ese discurso incluye, o más precisamente, en ese discurso irrumpe, aquí y allá, puntualmente, el goce. Casi podría decir que el goce que irrumpe desordena el discurso, lo que Lacan acentúa con el tropiezo, lo equívoco, *l'une bévue*.

En el encadenamiento de los significantes, eso que *ex-siste* al discurso, que de él se va desprendiendo, el objeto, es acogido entonces en la transferencia vía la escucha de aquello que resuena, haciendo borde a los significantes. Estoy aludiendo a la letra, como ese borde de goce en los significantes, letra que al ser leída agujerea el saber a la vez que sitúa un goce.

La formalización del discurso (16) del analista muestra, en la aparente simplicidad de la escritura lógica, esta operatoria. Desarrollemos su dinámica:

$$\frac{a \rightarrow \$}{S_2 \leftarrow S_1} \downarrow$$

Desde la posición de acogimiento del objeto por parte del analista la intervención produce la división subjetiva, y esta división en el sujeto generará un nuevo significante, que estará en relación con la verdad del sujeto en cuanto al goce. Goce que solo se interpela, nos dirá Lacan, desde el semblante. Que el analista esté situado en el discurso psicoanalítico implicará que en su palabra operen los tres registros. Que desde el semblante la palabra del analista agujeree lo simbólico del significante y lo real del goce no es sin hacer caer lo imaginario del sentido que el enunciado del analizante pone en

juego. Tocado el goce, advendrá un nuevo efecto de sentido para el sujeto. Y esta operatoria del discurso analítico sucede como en un *relámpago* que afecta la posición del sujeto en análisis y sorprende al propio analista. “¿Saber algo no es siempre una cosa que se produce en un relámpago?”, se pregunta Lacan a la altura de *El seminario 16*. (17) Ajustada manera de transmitir de qué modo el analista forma parte del inconsciente del sujeto: el saber precipita en él de golpe. Él es, en su decir interpretante, un producto de su operatoria. Si el inconsciente no es una entidad, tampoco es una profesión la de analista. Es en la puntualidad del acto que se *produce* analista. Lo cual no invalida todo el tiempo que fue necesario interrogar, hacer hablar, producir discurso, para generar las condiciones del acto.

Más aún, en *El seminario 18* Lacan precisa: “El inconsciente es un lenguaje que en medio de su decir produce su propio escrito”. (18) Escritura que se revelará como tal al encontrarse con la lectura en transferencia. Y esa lectura no es reveladora de una verdad, sino desencadenante de una verdad. La dificultad es que no siempre nos encontramos en el discurso con retoños. Mucho de lo que sucede en un análisis viene en condición de signo, no siempre posible de llevar a la condición de significante, mucho más cuando esos signos nunca han pasado por el procesador del inconsciente, S(~~A~~). Pulsiones o mandatos superyoicos desenlazados –con la complicación agregada, según puntualiza Freud, de que cuando las pulsiones se presentan así, desenlazadas, se transforman, paradójicamente, en órdenes de gozar, en signos que comandan al sujeto hacia el goce–. (19) También los rasgos de carácter que no han accedido a la condición de síntoma, sino que envuelven un goce resistente a lo paradójico, requieren tiempos del análisis en que la intervención, al no poder servirse aún de la metáfora, debe ensayar otras entradas.

¿Qué dice Freud al respecto? En “Lo inconsciente” (20) se pregunta qué es la represión. Es, nos dice, que la representación-palabra se despegue o no acompañe a la representación-cosa, lo que produce un rehusamiento de la traducción en palabras de la representación-cosa. Esta representación no aprehendida en palabras queda atrás, como algo reprimido, en el interior del aparato

psíquico. No vamos a seguirlo a Freud en esta imagen que nos propone del inconsciente, porque es lo que nos lleva a pensarlo como un reservorio de contenidos, como una cuestión esférica. Pero sí puntualicemos que de lo reprimido solo tenemos los retoños. Y ello bajo la forma de síntomas, formaciones, de alguna letra que se pueda escuchar en el discurso. ¿De qué manera se refiere Freud a aquello que tiene sus efectos en el sujeto, pero no bajo la dimensión del retorno; a aquello que es de la temprana dimensión de “lo visto y lo oído” y que sin embargo produce fijación de goce? El concepto freudiano ineludible en estos casos es el de *trauma*. Esa fijación se repite para pedir inscripción. La compulsión a la repetición que ello implica, según Freud, dará ocasión, tarde o temprano en el análisis, a que esa repetición se encuentre con las palabras que la nombren.

En definitiva, y con Lacan, se trata de que el trabajo en análisis se oriente hacia el buen enlace de los registros. Esto quiere decir que allí donde el goce se hace presente desamarrado, pueda enlazarse a palabras; que allí donde el Goce del Otro predomine, el trabajo en análisis pueda inscribir algún significante que agujeree lo real de ese goce; que allí donde lo Imaginario no se presente agujereado, el trabajo analítico pueda acotarlo, y que lo Simbólico desenlazado, una orden superyoica, por caso, también admita el límite de lo Real y de lo Imaginario. Se trata de operar a favor de que cada registro haga de Nombre del Padre para los otros.

Es en la palabra y la posición del analista que la estructura triple del sujeto se hace presente, que la cura se orienta hacia la noción de inconsciente anudado.

La interpretación como reescritura

El inconsciente supone al lenguaje, el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Repetidamente hemos leído en Lacan esta relación, esta inherencia entre lenguaje e inconsciente. Nos cabe especificar qué del lenguaje nos incumbe como analistas. La lengua que nos interesa, a la que nos dedicamos es la que, en su despliegue hablado, produce equívocos, sufre de lapsus, de repeticiones, de retornos. Nos dedicamos a la singularidad con la que se le habló a cada sujeto, con la que se armó *lalangue*, ese sustrato caótico primario de la polisemia de nuestra lengua materna. Nos dedicamos a la enunciación que se deja oír en lo que se dice.

“El inconsciente no es del orden del ser ni del no ser, es del orden de lo no realizado”, innova Lacan en *El seminario 11*. El inconsciente “se realiza” en el habla. Y que se realice en el habla es que produzca sus escrituras, que escriba sus jeroglíficos, porque el inconsciente cifra. Leer ese cifrado hace a nuestra escucha. Ella está atenta a eso que se solapa en el decir produciendo escritura. La lectura en transferencia, la escucha como letra, borde de goce en los significantes del discurso. En ese movimiento de lectura lo dicho se configura como escritura. En esta línea, en *El seminario 18* leemos: “El inconsciente está estructurado como un lenguaje, que en medio de su decir produce su propio escrito”. (21)

La escucha está atenta también a todo aquello que se deja oír en el discurso o es mostrado en la escena a veces, pero que el yo no ha pensado aun. Es lo que viene del Ello. Y ahí la intervención promoverá que eso no pensado aún pueda ser pensado y pueda entrar entonces en el terreno significativo. Poder pensar lo no pensado aún hace operante la falta. Le hace perder ser al “Yo no pienso”. Retomaré esto más adelante.

El inconsciente produce, entonces, escrituras. El inconsciente escribe. El asunto para nosotros, analistas, es cómo acceder a esas escrituras, cómo descifrarlas y producir con nuestra lectura una reescritura que, apostamos, modifique la posición del sujeto en relación al goce. Parafraseando al mismo Lacan: no solo entender

por qué “la hija se le volvió muda sino hacerla hablar”. (22) Y si operamos sobre estas escrituras inconscientes es porque no solo suponemos que el sujeto del inconsciente lee, apostamos con el análisis a que pueda leer de otra manera (*lire Autrement*). (23)

Leemos esas escrituras, privilegiadamente, en las formaciones del inconsciente, a las que entendemos como productos del inconsciente. Y las leemos, como queda dicho, en el discurso en general que se despliega en transferencia, que excede las propias formaciones; en sus acentos, en sus giros inesperados, en sus vacilaciones, en sus tropiezos, en las modulaciones de la voz, en las repeticiones. “El lenguaje divide al sujeto y satisface por un lado la palabra y por otro la escritura”, recorto de *El seminario 18*. (24) Del muro del lenguaje, (25) donde las palabras articuladas en cadena producen determinadas imágenes, precipita por una rendija la letra. Siguiendo esta grieta en el muro, abrimos nuestra escucha al dominio de lo Real. (26) “La escritura viene de otra parte que el significante”, (27) sitúa bordes, trozos de lo Real.

Construcción del concepto de letra

“La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud” (28) es el texto donde Lacan hace sus primeras puntuaciones del concepto de *letra*. Si hacemos una lectura del título, instancia alude, por un lado, a autoridad con poder de decisión. La letra, entonces, domina, rige –diríamos– en el inconsciente. De ello se desprende que hacia ahí debemos orientar la escucha. Por otro lado, salvo por una sílaba, instancia desliza a insistencia, insistencia de la letra. La letra insiste hasta que es leída. Freud, y a eso apunta la segunda parte del título de este escrito, descentra el saber. El saber, a partir del *acontecimiento Freud*, es del inconsciente. Es un saber que no se sabe. Y es en el despliegue del discurso de un sujeto en análisis que el saber del inconsciente retorna y se hace audible, para quien lo sabe escuchar, como letra. Es en este texto donde la letra asume la caracterización de aspecto material del significante.

¿Qué es el aspecto material del significante? Su sonido fonemático. Al incorporar el lenguaje, las partículas fonemáticas de

las palabras van siendo captadas y grabadas en el sujeto, en sus sonidos. Más tarde se incorporarán sus significados. Esto da el soporte material a la escritura del inconsciente, a la operatoria de la instancia de la letra.

A la altura de *El seminario 18*, letra designará esa zona del habla donde están concernidos significante y goce. La letra los sitúa en el discurso, en una paradójica temporalidad: habrá sido letra una vez leída. Los significantes en su enlace crean sentido y la intención consciente del analizante tiende a eso. La hipótesis de que el inconsciente escribe coloca la escucha analítica orientada hacia el recorte de letras, dado que estas, en su escritura jeroglífica, enlazan una verdad del goce, que solo puede *medio decirse*.

Leyendo a la letra, el analista da a leer “algo que está más allá de lo que se ha incitado al sujeto a decir”. (29) Equivocar, cortar, subrayar una parte de lo dicho son algunas de las operaciones de lectura que escriben sobre lo escrito. La lectura, que se dice en la interpretación, es reescritura del discurso analizante. Si esta operación de lectura no se produce, la letra estará en suspenso, o mejor, suspendida, en espera (*en souffrance*, dirá Lacan, equivocando con “sufrimiento”).

En “Lituraterre”, (30) el título llama a una deconstrucción. Surge como un lapsus burlesco, según Lacan, que está en la misma línea que el equívoco en Joyce: de *letter* a *litter*: de “letra” a “basura”, de las “luces” a lo “inmundo”. *Litura* es “tachadura” en latín, cuyo equivalente en francés es *rature*. “Lituraterre” juega con *rature*, tachadura y *terre*. Es aquí donde Lacan sitúa a la letra como litoral entre significante y goce; entre saber, dominio de lo simbólico, y goce, dominio de lo real; entre inconsciente y libido, para decirlo en términos de Freud. Lacan diferencia litoral de frontera. Una frontera, dice, es atravesable; un litoral hace borde a los dos territorios o dominios que en él se encuentran y no son recíprocos. De ahí que la letra, que dibuja ese litoral, tenga un costado significante y un costado real, de goce. La letra hace borde al saber, dibuja el borde de goce en el saber a la vez que, leída, agujerea el goce.

Momento productivo en un análisis es aquel en que, por efecto de la lectura analítica, el sentido se quiebra, y queda aludido el goce que intenta escribirse. Lo que se escucha es –lo diría de este modo–

un encabalgamiento de goce sobre el significante. El efecto de reescritura de la lectura analítica es lo que opera esa ruptura del sentido, generando un instante de tribulación subjetiva: el goce ha quedado aludido y el sujeto advertido, lo cual no necesariamente implica que el goce se haya soltado. La fijación, razón de la adherencia al goce, es lo que hace a la tarea analítica un camino en vueltas sucesivas.

Dicho de otro modo: leer es no aturdirnos con el sentido que los significantes arman en su encadenamiento, no fijar la escucha en la comprensión. Leer eso que se escucha como letra produce al unísono ruptura de lo fenoménico, del sentido de los significantes. La letra, dice claramente Lacan en “Lituraterre”, simboliza todos los efectos de significante, pero no es primaria en esos efectos, ya que ella adviene por un procedimiento de lectura. Se recorta en el mismo acto de su lectura, se recorta como letra al leer “el litoral en lo literal”, (31) al leer la repetición que insiste en el retorno del S_1 conmemorando una irrupción de goce. (32) En “Lituraterre”, Lacan apela a distintas imágenes para transmitir su concepto de letra. Tomo la de las nubes que se acumulan y precipitan en lluvia cuando el significante (semblante) se quiebra. Es la lectura la que produce esta ruptura y de ella precipita lo que Lacan llama “materia en suspensión”, las letras. Ampliando esta imagen de Lacan podemos decir que es función del análisis propiciar la acumulación de nubes, el despliegue del discurso, para dar lugar al precipitado de letras que adviene por la ruptura de los significantes. La letra tacha lo fenoménico del sentido y evoca el goce. Lacan destaca aquí la oposición entre lo real de la letra y lo simbólico del significante.

En “La tercera” (33) Lacan le da a la letra dos caracterizaciones opuestas. Viene hablando del Gocce del Otro como fuera de lenguaje, fuera de Simbólico y dice que “solo cuando se pesca aquello que en el lenguaje hay de más vivo o de más muerto, a saber, la letra, únicamente allí tenemos acceso a lo Real”. Creo entender que letra muerta es una manera que tiene Lacan de hablarnos de aquellas situaciones clínicas en que el sujeto es mero soporte de lo que *estaba escrito*, como una letra que, acéfala, dicta su destino, lo hace actuar, sin pertenecer aún a la dimensión de los pensamientos inconscientes. Es, paradójicamente, marca viva por

su eficacia, aunque muerta por su fijeza de marca. Letra viva, en cambio, es la que litoraliza lo real del goce, en tanto ya hay sujeto del inconsciente que la escribe. Aquí el sujeto ya no es soporte pasivo, portador de una letra, sino que, al cifrarla, la vivifica. Aquí el sujeto es escriba. (34)

Puedo a esta altura hacer una precisión: el analista es *el lugar* que propicia, con su lectura, que se reescriba lo que el inconsciente había escrito. En la interrogación analítica, en el subrayado, en la equivocación, se estará trabajando a nivel de la grieta en el muro del lenguaje, y esa lectura reescribirá la escritura que en el discurso se había producido. El presupuesto para esta lectura en la grieta es, como decía, no comprender sino dejarnos sorprender. Abro aquí un paréntesis para decir que la escucha analítica no es efecto, por tanto, de un cálculo, depende más bien de la disposición a que algo de lo escuchado haga eco en el lugar del analista; dependerá, en definitiva, de lo incauto de su posición.

Volviendo a “La tercera”, allí queda escrito Ciencia en el registro de lo Real, indicación de que son las letras de las fórmulas científicas las que producen agujero verdadero en el campo de la vida, que Lacan ubica en la dimensión de lo Real en esta conferencia. Es con las letras de las fórmulas científicas que se podrá operar sobre el dominio de lo real de la vida.

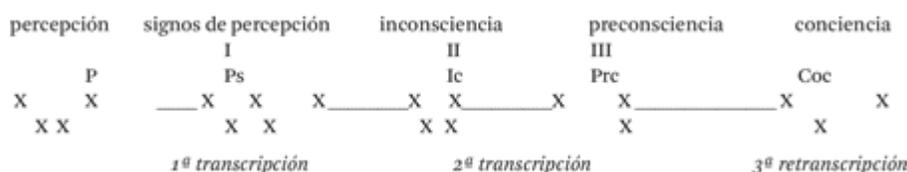
Figura 1.3

La operación analítica reescribe al leer y esa reescritura habrá sido eficaz si mordió bordes de lo Real. Sus efectos se harán ver en la redistribución de goce.

La escritura en Freud

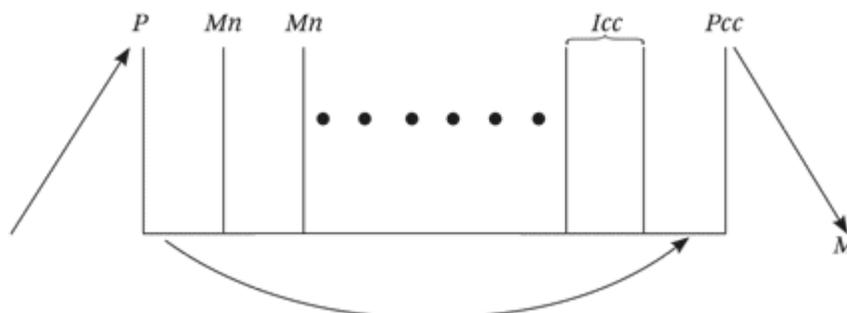
Freud fue el primero en interrogarse por esta cuestión de la escritura. El tema de la inscripción lo desvelaba de la siguiente manera: se preguntaba si había una doble inscripción, si cuando una determinada representación pasaba a la conciencia, quedaba inscrita en ambos registros, consciente e inconsciente o si se borraba la primera inscripción. ¿Se trataba de una doble inscripción o de una retranscripción, como lo formula en la “Carta 52”? (35)

Figura 1.5



Veámoslo en los esquemas del *peine*:

Figura 1.6



El *peine* presenta un polo perceptivo y un polo motor, que Freud asimila a lo preconscious/consciente. Los estímulos, ya sean

internos o externos, entran al aparato por el polo perceptual, → constituyen los signos perceptivos que se van acumulando como huellas mnémicas, Mn, y salen por el polo motor, M. La dirección es siempre: polo perceptual → polo motor. Pero el trayecto se complejiza al instituirse el inconsciente y el preconscious, en tanto enlace con palabras. El fin del recorrido es el acceso a la consciencia. ¿Qué efectos se dan a leer? Que aquello que entra al aparato nunca va a salir de la misma manera que entró. Porque al instituirse la instancia del inconsciente, esos trazos acumulados en lo que Freud llamaba las huellas mnémicas van a ser trabajados por el inconsciente, lo que les dará su singularidad. En el registro, esos trazos de la percepción quedan asociados solamente por relaciones de contigüidad espacio-temporal. Con este esquema, Freud está diciendo que la conciencia no es tribunal de última instancia. En términos de Lacan: lo que emerja por el polo motor lo hará como el fantasma de cada uno, que dará cuenta de lo singular del trabajo sobre esos trazos del Otro que se han inscripto, que han quedado registrados y acumulados en archivos. Cuando el inconsciente empieza a funcionar, esos trazos pueden virar a significantes y cifrarse en formaciones del inconsciente. Algunos de ellos, lo que Freud ubicaba como “lo visto y lo oído”, no virarán a significantes y solo podrán, en sus términos, “ser asequibles al recuerdo a través del análisis”. Freud le da a estas vivencias tempranas el estatuto de trauma, por ser “impresiones de naturaleza sexual y agresiva” y “mortificaciones narcisistas”, precoces daños del yo. Estas impresiones son eficaces porque producen fijación, es lo que Freud llamaba “fijación al trauma”. Esa fijación lleva a la repetición, uno de cuyos sentidos es revivir la vivencia olvidada “dentro de un vínculo análogo con otra persona”, pero esta repetición es fallida en la medida en que no logra ligarse como recuerdo. Se configura así una *compulsión a la repetición*. Estas tempranas impresiones pueden adscribirse al yo como rasgos de carácter, cuya inmutabilidad solo el análisis puede tallar. (36) Siguiendo la bipartición Ello/Inconsciente que muestra Lacan en los gráficos del semigrupo de Klein, (37) corresponden a la dimensión del ser sin pensar, del Ello, primera instancia constitutiva del sujeto, efecto del primer movimiento fundante, el pasaje al acto de la alienación. El análisis tiene que dar

la oportunidad de hacer pensar esas marcas vivas del Goce del Otro, que también se hacen oír en el superyó y se muestran en las impulsiones, para disolver lo automático de su eficacia.

El Goce del Otro y las escrituras del inconsciente

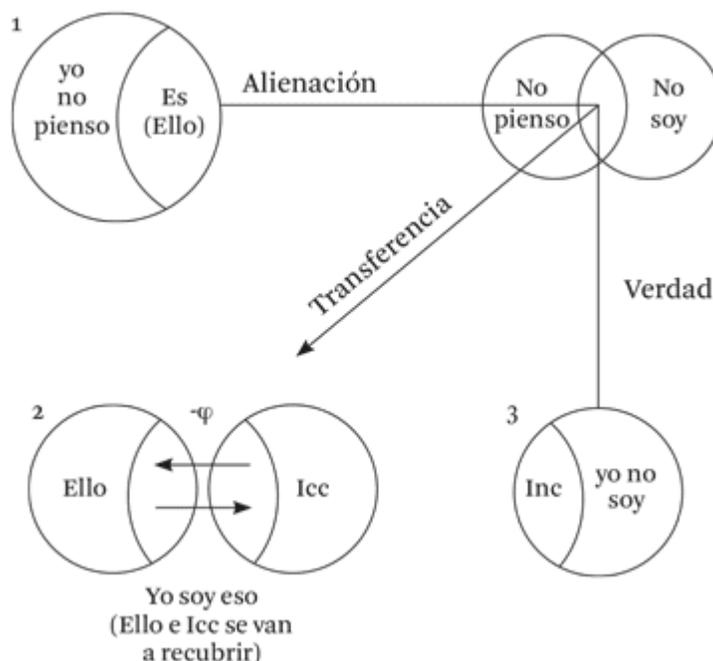
La notable perspicacia clínica de Freud asume en Lacan, según mi lectura, una condensación conceptual y una formalización lógica en su ya mencionada propuesta del Goce del Otro, goce que escribe en el Nudo Borromeo, en la intersección entre Real e Imaginario (véase figura 1.4).

Y cuando ese Goce del Otro se activa, se derrama como angustia sobre lo Imaginario. No es, entonces, que exista, más bien *ex-siste* a los significantes, queda fuera de los significantes, formando parte del Ello como huellas, trazos de goce que no han encontrado aún su ligazón a significantes. Es en el análisis donde ese Goce del Otro irá disolviendo su eficacia a medida que se localicen los significantes que lo perforan.

Demos otra vuelta sobre el Goce del Otro. En Freud, decíamos, ciertas vivencias tempranas quedan impresas, sin ligazón a palabras. Lacan las nombra *trace de pas*, huellas de paso. ¿A qué se refiere esto? Hay algunos apólogos a los que Lacan apela en su enseñanza. En “El seminario 9”, (38) el apólogo de Robinson Crusoe en la isla introduce la cuestión del significante. Robinson supone que está solo. En un recorrido por la isla ve una huella en la arena que indica el paso de alguien, de un sujeto humano. Deduce entonces que no está solo, que hay alguien que dejó impresa esa huella. Ve un signo de esa presencia. Cuando vuelve a pasar por ese lugar, ve que esa huella está borrada; sobre ese borramiento de huella se podrá inscribir un trazo. Es un apólogo que toma Lacan para transmitir cómo solo borrando las huellas del paso del Otro, el sujeto escribe sus trazos significantes. No sin esas huellas, pero ya trabajadas por su inconsciente. La noción de significante que representa a un sujeto para otro significante no es sin borramiento de huella. El significante que se inscribe sobre ese borramiento

transforma el *trace de pas* en *pas de trace*. (39) Esta transformación requerirá luego la lectura analítica para que el sujeto sepa de su saber no sabido. Cuando lo que impera en el discurso son huellas no pensadas aun por el sujeto, dominio del Ello, es el análisis el que las recorta para que, trabajadas, queden a cuenta del sujeto. Es lo que en el semigrupo de Klein se ubica en el punto 2, donde Ello e Inconsciente se recubren, donde se anota “Yo soy eso”. El trabajo de análisis hace que los restos de objeto que persisten en el sujeto pasen por el hueco de $-\varphi$ y entren entonces al dominio significante. “Siempre lo supe pero nunca lo había pensado” es una de las formas que asume para algunos analizantes, bajo la pluma de Freud, el impacto de ese trabajo.

Figura 1.7



Asimismo pasará por $-\varphi$ en el análisis todo aquello que ya implica fantasma, pero en él predomina aun la demanda del Otro y no el deseo del sujeto (punto 3).

Propongo a continuación una serie homológica. Al trazo o huella del paso del Otro también lo podemos llamar *signo*, también lo podemos llamar *Ello* en tanto ser sin pensar, también lo podemos

llamar *pulsión* no enlazada. Todas estas maneras de nombrar son homólogas, no idénticas sino homólogas. ¿En qué se homologan? En que la falta no está operante aún. En tanto que, si el analizante adviene a la dimensión de la palabra y no solamente habita el campo del lenguaje, el *trace de pas* se transforma en *pas de trace*. Ha habido borramiento, estamos en el dominio significante, ya es fuera de cuerpo, hay cifrado, S_1 ; ya hubo lectura inconsciente del sujeto, que así se ha descontado del S_2 . Como analistas, ayudamos a que eso que eran las huellas del paso del Otro –esos trazos inscriptos en el sujeto pero que están fuera de palabra, que son marcas de Goce del Otro, como decía– reciban su conexión con las palabras. Si lo Real no cesa de no escribirse, el trabajo del análisis va en la dirección opuesta: que esos pedazos de real puedan pasar a la *lectoescritura*. Con la salvedad de que no todo podrá escribirse vía interpretación simbólica, en algunos casos, a esos pedazos de real a los que el sujeto responde de distintas maneras, habrá que abordarlos por vía imaginaria o con intervenciones en lo real de la escena, modos, a veces, de afectar ciertos goces. El análisis apunta a que el cuerpo no esté tomado por la perentoriedad pulsional, obligado a impulsiones, a *actings*, a mandatos.

Las huellas del goce del Otro pueden afectar, a veces, el propio cuerpo no fantasmaticado, pueden escribirse allí de una manera que saltea radicalmente al sujeto del inconsciente, conformando una escritura que no es para leer. No al menos hasta tanto el trabajo analítico logre *inventar el inconsciente*. Es el amplio territorio de las afecciones psicosomáticas. (40)

El inconsciente, entonces, produce escrituras. Con relación a la lectura de esas escrituras, de esas letras, Lacan retoma en “L’insu...” (41) la relación del S_1 y el S_2 . Dice ahí que el S_1 toma su lugar cuando se puede abrir el S_2 a la significación doble, escrita en el 2 del S_2 . Hace con ello una lectura a la letra de este 2, que ya no significa solamente todos los otros significantes que habitan al sujeto, los significantes letales, afanísicos, sino un significante con significación doble. Trabajada esa significación doble en análisis, es que el S_1 toma su lugar.

Retomemos aquellas presentaciones clínicas que surgen más del dominio del Ello, de la dimensión del ser que no ha sido pensado aún, dimensión en la que la letra no circula sino que se porta en un rasgo de carácter –rigidizaciones de la imagen o de las respuestas del sujeto a ciertas situaciones–; actos impulsivos, pasajes al acto y toda manifestación clínica proveniente de la dimensión del Ello requerirá que el análisis opere mayormente con construcciones en este nivel dado que no son aún marcas subjetivadas, no estamos todavía en el nivel metafórico propio del síntoma. Esos rasgos adscriptos al yo, esas coberturas imaginarias de un goce pulsional desenlazado, podrán ser historizadas en esas construcciones. Aquella letra que, escuchada, permitió hacer este trabajo sobre el dominio de lo no pensado, quedará, descoagulada, a disposición del sujeto. Recordemos “lo visto y lo oído” freudiano, pero con un matiz que le agrego: su no conexión con palabras no depende exclusivamente del factor temporal, de impresiones recibidas en tiempos en que el sujeto no disponía aún de la palabra. Se pueden haber recibido miradas de desamor, gestos de indiferencia reiterados, trazos que, registrados en las vivencias, no fueron subjetivados o, en todo caso, constituyen apenas un esbozo de fantasma, y a los que el sujeto responde con un rasgo de carácter –desconfianza y dureza en el trato con otros, por ejemplo– que se da a leer en el lazo social. Solo el trabajo en análisis permitirá que ese monumento mudo del rasgo de carácter como respuesta a esas vivencias se junte con las palabras que, situando minuciosamente el perfil del Otro, disuelvan a veces, atenúen otras, su eficacia.

El superyó envía al sujeto mandatos con estructura de letra fija, cristalizada. Como si fuera una letra impresa que no fluye. Tiene siempre estructura de mandato, otra de las presentaciones de la letra en su faceta de “estaba escrito”. La operatoria analítica intentará llevar los sintagmas superyoicos al dominio significante. Siendo el superyó un Simbólico no acotado por lo Real o lo Imaginario, la operatoria analítica con estas zonas del discurso ensaya/inventa muchas veces su ablandamiento por vía del humor. Son, en mi experiencia, situaciones clínicas que desafían fuertemente al analista a operar lo que Lacan llamó “manejo de la transferencia”, (42) para que esta no se transforme en una reedición

de la clave superyoica en la que el goce afinca al sujeto. (43) No se trata de un manejo en términos yoicos, sino de una operatoria que concierne al semblante. No se puede decir que el sujeto afectado severamente por el superyó no haya hecho lectura del campo del Otro. Sucede que en la dimensión superyoica el sujeto, todo él, se hace objeto de los mandatos del Otro rebajados a su dimensión sígnica; la obediencia, la sujeción a lo que viene del Otro no ha dejado resto subjetivo. La operatoria analítica tendrá que apelar a entrar por otros lados, el humor, como queda dicho, la ternura, la ironía dosificada, para que el yo no se ofenda.

La operación Transferencia escrita en la diagonal del semigrupo de Klein (véase figura 1.7) también hará pasar por el $-\phi$ escrito en el punto 2 aquel falso ser que la figuración objetal del sujeto en el fantasma comporta. Sucede con el fantasma que, si bien el sujeto ha recortado el S_1 que rodea determinado objeto del campo del Otro, esa lectura es usada regresivamente, por lo que el sujeto en el fantasma queda pegado acéfalamente a la demanda del Otro, obedeciéndola. Es hacia la castración de ese Otro que reina completo en el fantasma que se dirige la cura.

La dimensión del ser sin pensar trae una dificultad mayor para el avance subjetivo cuando las marcas de goce del Otro tocan lo que Freud describe como las tempranas mortificaciones narcisistas, sostenido en impresiones –lo visto y lo oído freudiano, no ligado aún a palabras– que, como decía, comportan lo traumático en Freud y llevan a la repetición compulsiva. (44)

Estas diferentes instancias desde donde el sujeto queda tomado en la dimensión del ser no son sino una manera de aludir a la dialéctica entre el Goce del Otro que resta más eficaz cuanto menos subjetivado, y aquello que el sujeto es capaz de escribir con su síntoma, y que fija algo de ese goce. La escritura del síntoma hace de Nombre simbólico del Padre a ese goce, lo acota. Ahí donde “estaba escrito”, el sujeto escribe con su síntoma una letra propia que hace *fixión*, (45) término con que Lacan equivoca fijación (*fixation* en francés) y ficción. (46) La intervención analítica, como decíamos, propiciará luego la reescritura de esa letra del síntoma.

Sobre la letra... aún

El presupuesto de la letra que se lee en el discurso está en *El seminario 17*, con la precisión de que el saber del inconsciente es medio de goce. Desde nuestra “debilidad mental”, tendemos a pensar que por un lado están los significantes y por otro, el objeto de goce. No, nos dice Lacan: es en la propia maquinaria significante donde habita el goce. Es lo que *ex-siste* al significante. Leer en los significantes ese goce que se monta en ellos a medida que el discurso se articula es leer a la letra. Es en el mismo seminario 17 donde queda dicho que es el S_1 el que emite la castración hacia el saber inconsciente. Si no hay recorte de S_1 , el goce del Otro acumulado en el saber nos goza.

En “El seminario 24” escribe Lacan: “Lo que se escucha tiene que ser tomado al pie de la letra”. El pie de la letra indica la dirección al suelo, nos dice. Es una de las metáforas para señalar que la dirección de la cura es hacia lo Real. Tenemos que tener en nuestra escucha la disposición a acoger en los significantes que leemos, en alguno de ellos, goce. Disposición a escuchar con “la tercera oreja”, (47) a nivel de la grieta en el muro.

Demos otra vuelta. La letra, entonces, indica lo Real. ¿Y qué quiere decir que indica? Que la lectura analítica releva esas puntas de Real que la letra trae en un doble movimiento: al leer, escribe. Leer es escribir sobre el discurso mismo. Operando entre la cita y el enigma, (48) la lectura *reformatea* el texto escuchado. Y si puede leer/escribir es porque, como lo dice en “Posición del inconsciente”, (49) el analista forma parte del concepto de inconsciente. Esto configura una revolución en la manera de entender cómo se accede a algo. No es que hay un analista en un lado y un paciente enfrente (o acostado) y, circulando entre ambos, la famosa comunicación, lo intersubjetivo. No. Sino que, si el deseo del analista está vivo, este se deja habitar por los significantes del sujeto, y es desde allí que eventualmente puede, a partir de esos significantes –por eso lo de la cita–, descoagular alguna significación y abrir algún enigma. No sin la *captura* del analista en la oquedad del *a*, que hará presencia desde el decir interpretante, (50) apuntando al goce. Interesante

este término, *oquedad*, que alude a un vacío en un cuerpo sólido. Retomaré esto más adelante.

Eso que se escribe en el decir, la escritura, es el hueso (51) del sujeto, su goce. Su carne sería el lenguaje. Y el goce se escribe cifrado, en tanto es interdicto. El lenguaje solo le da habitación. La cifra inconsciente resulta una composición significativa que atañe al goce (puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente, decía Lacan en *El seminario 11*). Es preponderantemente a nivel del sonido que escuchamos lo que se escribe en homofonías, homonimias, acentos, entonaciones. También lo leemos en repeticiones, en anagramas, en fallidos. La letra que escuchamos se asienta en el significante, se escribe en un sonido. Al escucharla como letra que escribe un retorno, se quiebra el sentido común que el encadenamiento significativo hacía. Una cascada de letras lloverá y de ellas alguna permitirá que, por un instante, el sujeto se asome a la verdad de su goce. Escuchar/leer la letra que se escribe en medio del decir es borrar huella del paso del Otro para que advenga el trazo del sujeto.

Lectura analítica y poesía

En “El seminario 24”, Lacan brinda riquísimas precisiones en relación a la lectura analítica. Esta queda equiparada con la poesía. ¿Por qué? Porque ambas se fundan sobre la ambigüedad significativa. En estos tiempos se ha perdido el hábito de leer poesía, pero si tenemos el gusto de hacerlo, comprobamos que, de a ratos, se nos hace necesario detener la lectura, hacer una pausa para dar lugar a lo aludido, al sentido doble: el lenguaje poético va en contra de lo previsible, va contra natura. A ello se refiere Roland Barthes cuando nos dice que al leer poesía nos vemos llevados a levantar la vista del texto, a darnos el tiempo necesario para asimilar ese descentramiento y poder entonces retomar la lectura. La poesía opera un forzamiento de la lengua natural, desbarata sus sentidos. Cuando el poeta escribe, se arrima a un borde del lenguaje, que lo hace sonar de una manera inédita. De lo contrario, no es poesía.

En este seminario, Lacan se lamenta de no ser suficientemente *poâte*, inventando una nueva palabra que incluye el *a* en la posición

del analista como poeta. (52) Lacan nos invita a inspirarnos en la poesía como analistas. Apuntar a la significación doble, a la conclusión inesperada, descentrando, con este proceder poético, al sujeto de sus sentidos. Si hacemos una lectura que rompe la habitualidad del sentido y abre a un nuevo sentido que toca al goce, el sujeto queda descolocado. Esto es inspirarnos en la poesía. No se trata de que seamos poetas, pero sí que podamos jugar con el doble sentido, juego serio porque incumbe al goce. Justamente en “La tercera” Lacan dice que la interpretación va contra natura, contra la naturalidad del sentido que los significantes arman. La interpretación descoloca, corta, molesta. Afectado el goce, este se redistribuirá.

En el prefacio a la edición inglesa de *Los cuatro conceptos...*, Lacan da otra vuelta más sobre este punto al decir que el analista es un poema... y que se escribe. ¿Qué cambió de poeta a poema? Apenas una letra, pero el cambio de verbo de *hacer poesía* a *ser poema* (53) para mí indica fuertemente el alojamiento del objeto en el lugar del analista. Es la forma más clara en que Lacan nos transmite la función del semblante, la presencia del objeto en el lugar del analista. Tomado en la oquedad del *a* –recordemos las palabras de *El seminario 16*– aquí el analista, afectado en su cuerpo por el decir analizante, hace una captación directa de la fijación objetal del sujeto, que retornará en las palabras de la interpretación. Recordemos cómo se refiere Lacan a la pulsión en “El sinthome”: (54) eco en el cuerpo de un decir. Propongo leerlo así en la dirección de la cura: el decir hace eco en el cuerpo... del analista, y desde allí, desde la afectación que el borde pulsional del decir hace en su cuerpo, surgirá la lectura. Ese decir interpretante puede no necesariamente ser una construcción poética, podría ser apenas una puntuación, un subrayado de lo dicho por el analizante, pero que enmarca y señala el goce que hizo eco en el cuerpo del analista.

En “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis”, (55) Lacan diferenciaba palabra plena de palabra vacía. Esto queda retomado (como mencioné en “El seminario 24”) bajo esta nueva precisión del S_2 como un significante con significación doble, cuyo trabajo en análisis permite que el S_1 tome

su lugar. “Significante con significación doble” es una nueva manera de decir palabra plena... de sentido, por fuera de la relación biunívoca de una palabra con su significado, que sería palabra vacía.

Veamos todo esto en el discurso del analista:

$$\frac{a \rightarrow \$}{S_2 \leftarrow S_1} \downarrow$$

Arriba a la izquierda, lugar del agente (precisado como lugar del semblante en *El seminario 18*); abajo a la izquierda, lugar de la verdad; arriba a la derecha, lugar del otro, también del trabajo sobre el goce del Otro; y abajo a la derecha, lugar de la producción, también indicado como lugar de la pérdida.

El analista deja que en su lugar “reine el objeto *a*” que el decir del sujeto va depositando en la transferencia, siempre que se disponga a esta por fuera de su propio fantasma. En la interpretación este objeto quedará, como decíamos, articulado, comandando la intervención del analista. Y esto es así en tanto el saber está en el lugar de la verdad. Lo que implica la posibilidad de que el S_1 y el S_2 puedan producir algún tipo de juego poético. Lo poético de la interpretación no es mero juego significante. La metáfora del analista cuando lee no es una metáfora literaria, tiene que hacer cuerpo, tiene que tocar la materia, afectar el goce del sujeto. Es así que el S_1 toma su lugar al ser leído. Su lugar de afectar el goce, de emitir, como decía Lacan, la castración hacia el S_2 . (56)

Si el procedimiento que Lacan nos propone se inspira en la poesía, es en la estructura del chiste donde queda enmarcada para él la interpretación. Eso inesperado, eso sorprendente, incluso para el propio analista, que se dice/inventa en la interpretación, enmarca en la estructura del chiste.

Nuestra lectura es del saber textual. En la “Proposición del 9 de octubre...”, (57) este queda diferenciado del saber referencial, el de los textos, el de la teoría donde nos autorizamos. Si nos sujetamos a ese saber del texto que se va armando en transferencia, podremos operar leyendo a la letra. El saber referencial se combina con el textual cuando un analista escribe sobre su clínica y fundamenta en

distintos conceptos de la teoría la lógica de la dirección de la cura que está relatando. Pero estando en función de analistas, como decía Freud, hay que olvidar la teoría, el saber referencial queda de lado. Nuestro objetivo es abrir la oreja para el saber textual.

Sobre lo escrito

En la clase 3 de *El seminario, libro 20: Aun*, Lacan aborda la función de lo escrito. Alude con ello a lo que se escribe en jeroglíficos, acompañando el discurso consciente. Y dice ahí esta frase tan conocida: “No se trata sino de lo que se lee. Más allá de lo que se ha incitado al sujeto a decir”. Analicémosla. Se hace claro en consultantes no inscriptos aún en el discurso analítico. Preguntan: “¿Qué digo? ¿De qué hablo?”. O se disponen a ser interrogados como ante una anamnesis médica. “Diga cualquier cosa. Todo lo que diga va a estar bien. No se preocupe”, los invitamos. ¿Qué decía Freud? “Diga lo que se le ocurra sin ejercer ningún tipo de censura.” ¿Cuál es el presupuesto de la asociación libre? No solo que la articulación significativa produce goce, es la maquinaria donde el goce se revela; sino que diga lo que diga, igual se va a llegar a algún centro importante, a algún centro neurálgico. No sin que el analista haga alguna puntuación o alguna pregunta bien orientada. A poco que el analista empiece a interrogar, a puntuar, el discurso se encaminará hacia un punto de implicación subjetiva: ha habido lectura en la escucha analítica.

Nos recuerda Lacan en esta clase que lo escrito es la lectura del significante, no del significado. Que, en todo caso, el significado advendrá por la relación entre significantes. Es un efecto segundo. ¿A qué apuntamos con “leer en el discurso”? Lo digo así: apuntamos a lo interdicto, a lo interdicto como prohibido, como reprimido; y a lo inter-dicto, aquello que inter (entre las líneas, entre los significantes) se va escribiendo. Si el paciente nos cuenta un sueño, que es una escritura en imágenes, primero tendremos que hacer un trabajo de transliteración (58) de las imágenes al lenguaje en palabras. Por eso pedimos asociaciones, hasta que en un determinado momento se produce la lectura. El sueño y las asociaciones nos revelarán que eso que se escribía en imágenes

puede aludir a un sentido que adviene por la lectura de los significantes. Un analizante sueña que la mamá le daba guiso de lentejas y él lo rechazaba. En el trabajo con las asociaciones emerge la potencia de *lalangue* de cada uno: *lentejas*, la legumbre con la cual se hace un guiso, es también en el castellano porteño una manera de decir *lento*. Su sueño escribe que él ya no quería más esa cosa *lenteja* a la que la madre lo invitaba. Fue necesario todo un trabajo con las asociaciones para que ese significante arroje su significación doble; con lo cual el S_1 , su sueño en este caso, toma su lugar, poniendo en escena su rasgo de separación.

Es posible atender en otro idioma si uno conoce bien esa otra lengua, pero si esa lengua no constituye al analista en tanto *lalangue* se pierde finura en la lectura.

El sujeto del inconsciente sabe leer

Cuando producimos una lectura, tenemos un presupuesto y es – como quedó ya dicho– que el sujeto del inconsciente al que nos dirigimos es un sujeto del inconsciente que sabe leer. Es un sujeto que, en tiempos muy tempranos, se ha debido contestar ficcionalmente cuál era su lugar en el deseo del Otro. Ha producido una lectura inconsciente y se ha figurado ser ese objeto que leyó para él en el campo del Otro, que extrajo del enigmático deseo del Otro. Lectura que va a dar la materia prima para la posición fantasmática.

El sujeto del inconsciente sabe leer, y también puede aprender a leer. Si ofrecemos análisis es porque suponemos que el sujeto puede aprender a leer. Es decir, puede hacer ese efecto de borramiento de las huellas del Otro, del exceso del Otro, de los trazos del Otro, para inscribirse allí como sujeto del significante. Con la lectura de la letra hay un sujeto que emerge.

¿Qué es lo que le enseñamos al sujeto a leer en tanto suponemos que el sujeto del inconsciente puede aprender a leer? Dice Lacan en el seminario 25, “Momento de concluire”: “Si la transferencia es el Sujeto supuesto Saber, apostamos a que este sujeto supuesto pueda saber leer *Autrement*”. Dijimos que el equívoco en francés alude, por un lado, a “de otra manera”, y por el

otro, a “el Otro miente”. Ese Otro que habita al sujeto miente; en tanto alienado a ese Otro, no emergió sujeto aún. En el mismo seminario, Lacan afirma: “El analista troza (corta). Y entre paciente y analista no hay más que intercambio de letras”. Y agrega: “El analista participa de la escritura”. Es lo que hemos ubicado como la reescritura en la interpretación. Con el presupuesto, vuelvo a decir, de sujetarnos puntualmente a la letra del analizante, a ser hipnotizados por su letra, como precisa en *El seminario 11*. Otra vez un descentramiento: no es el analizante el hipnotizado por el saber del analista. El hipnotizado es el analista, por la letra que se filtra entre significantes.

Para no inducir inhibición en los analistas que se inician, es bueno recordar que hay veces –y muchos analizantes lo necesitan más que otros– que es necesario cierto tiempo para permitir que el discurso se desplace, se arborice hasta que, en un momento u otro, se presenta la ocasión de una lectura. Me refiero sobre todo a aquellos analizantes cuyo discurso es muy aplanado, y es nuestra lectura la que habilita la apertura hacia otro nivel. No es esta una ciencia exacta, pero tenemos que tener claro hacia dónde nos dirigimos. Cada uno encontrará, con el tiempo, su propio estilo de lectura a la letra y de intervención. Lacan tenía el suyo y vaya si lo tenía. Uno de sus analizantes, Gérard Haddad, cuenta en *El día que Lacan me adoptó* (59) que su analista leyó en alguna ocasión el diario mientras lo escuchaba. Intervención que, en acto, dice: “Vamos, decídase, hable de algo comprometido”. Lacan se permitía este tipo de intervenciones.

La escritura del síntoma y el equívoco en su interpretación

El síntoma es una interpretación que hace el inconsciente. Interpretación que Lacan caracteriza como escritura salvaje. (60) A esta escritura responderá el analista con otra escritura, que si es poética, afectará la que “salvajemente” hizo el inconsciente. Esta referencia a una escritura salvaje parece un oxímoron, una contradicción en sus términos, en tanto el solo hecho de que sea

una escritura no condice con lo de salvaje. Creo, sin embargo, que lo salvaje de la escritura del síntoma es una referencia al goce que palpita en esa escritura, a ese material quemante con que se escribe el síntoma, al retorno de lo reprimido, que se cuaja en esa escritura. Esto la hace jeroglífica, no asequible al sujeto, pero que pulsa por decirse. Lo que no cesa de escribirse en el síntoma, esa repetición que no cesa, comporta lo salvaje del síntoma, que solo la poesía de la interpretación extingue. La escritura, recordemos, viene de otro lugar que el significante.

Una analizante consulta en dos tiempos diferentes. En ambas ocasiones, la consulta se produce en medio de una angustia muy fuerte y acompañada de un síntoma conversivo, una sensación de ácido en la zona genital, que retroalimenta esa angustia. En ambas ocasiones, además, la equivocación significativa en la intervención analítica produce un alivio de la angustia, extingue el síntoma, no aún aquello que ha dado razón al mismo. Y es lo que se pone a trabajar en el análisis.

Lo interesante –y que propongo como hipótesis a partir de mi experiencia– es que el síntoma establecido como escritura, acompañado de angustia y vivido como cuerpo extraño, es aquello que la estructura ha podido establecer por sí misma, sin análisis. De hecho, las dos ocasiones en que este síntoma se presenta, en dos tiempos diferentes de la vida de una analizante, es lo que da pie al comienzo del análisis. Recordemos: en “El seminario 24” Lacan ubica la interpretación que hace efecto en el síntoma como poética. Lo poético en la interpretación que apunta al sentido doble, escrito en el 2 del S_2 . Y habrá sido poética si produjo un efecto de sentido diferente al compacto del síntoma, con lo cual se restituye el agujero simbólico, se reabre el juego significativo. Y si la interpretación poética extingue el síntoma es porque toca, afecta ese real que se escribía en el síntoma.

Si el analista es un poeta en su interpretación, lo es por fuera del cálculo, incautamente. Lo es, si en su presencia consueña el *a*.

La intervención inicial (que da comienzo al primer tiempo de análisis) ocurre a continuación de haber interrogado algo del territorio del fantasma –¿alguna pregunta conmovió algo de ese fantasma tan cristalizado?–. Y concluye cuando, tratando por vía del

humor de desdramatizar la densidad de la angustia, adviene el equívoco en la interpretación, *ha sido* en lugar de ácido. El efecto es que se fractura el presente continuo de la angustia al quedar ubicado –según informa la analizante– lo que sucede en el pasado, con lo cual se abre también la dimensión del futuro, así como la transferencia y el análisis.

Consulta por segunda vez, varios años después, con el mismo síntoma y, otra vez, con fuerte angustia. La intervención apuntó a que esa angustia caía de Otra escena, ya transitada en el primer tramo de análisis, lo que dio lugar a un trabajo asociativo que permitió producir otro equívoco, *asida*, en lugar de ácido. Se abrió decididamente el análisis en relación a lo *mal asida* en el Otro, al mal alojamiento en el Otro. La ruptura sin palabras que había producido su pareja –el real que determinó esta vez el segundo tiempo de escritura del síntoma y la segunda consulta– la arrojaba a lo peor de su fantasma: a no haber sido bien asida, bien amada por el Otro.

La pregunta es: ¿esto no había sido trabajado en el primer tiempo de análisis? Sí, lo fue, con los límites que la fragilidad narcisista de la estructura imponía en ese tiempo. Ese primer tramo del análisis transcurrió bajo el signo de la perentoriedad de la construcción de un *sinthome*, que dio sus frutos subjetivos y tomó la forma de una publicación. Quiero acá recordar unas palabras de Lacan: “El artificio puede apuntar expresamente a lo que se presenta primero como síntoma. El arte, el artesanado, puede desbaratar, si así puede decirse, lo que se impone del síntoma, a saber, la verdad”. (61) Entiendo “desbaratar” como encauzar la verdad del goce en otro plano, lo que en el propio hacer del artificio coloca la verdad como causa.

Volvamos al síntoma y su extinción vía la interpretación poética. No me parece una expresión menor que Lacan diga de la equivocación significativa que “apaga” o “extingue” el síntoma. Es una referencia, me parece, a lo ardiente del síntoma, a la dimensión real del objeto que arde en el síntoma. Si la equivocación de un significativo con sentido muy compacto apaga el síntoma, es porque restablece el agujero de lo Simbólico, al descoagular esa representación única y congelada del sujeto en el significativo del

síntoma, haciendo retroceder al unísono la angustia. Despejado el síntoma, la analizante puede, tanto en el primero como en el segundo tiempo del análisis, salir de la inhibición subsidiaria al síntoma que el goce/sentido había producido en el juego de lo Simbólico. Es la inhibición que si bien limita al sujeto, hace de Nombre del Padre en lo Imaginario, lo protege de lo que aún no puede encarar. Restablecido el juego simbólico, aliviada la angustia, se disipa la inhibición y la analizante puede generar hechos en su vida que reacomodan las cosas.

¿Cuál es el espacio imaginario que producía esa escritura sintomal? Lo diría así: en ambos tiempos, la inminencia acechante de una pérdida arrojaba al sujeto a lo más doliente de su fantasma. En el primer tiempo, era una amenaza; en el segundo, la amenaza se había hecho realidad. El espacio imaginario que ese Real producía era su versión del trauma. La escritura sintomal es la misma, pero, diría, en su *variedad*. Si formamos parte del concepto de inconsciente, en tanto que a nosotros se dirige la pregunta que es el síntoma, la variedad del mismo, como verdad variable, puede ser captada en la lectura. Lectura en *variedad*, de acuerdo al contexto de goce y de discurso de cada momento.

El síntoma como jeroglífico que, una vez establecido, inhibe el juego simbólico en la medida en que produce un sentido compacto y viene, al mismo tiempo, acompañado de angustia, y con la vivencia de cuerpo extraño, es la versión de síntoma que Lacan comparte con Freud. Y, recuerdo, es en mi experiencia, lo que la estructura compone espontánea y salvajemente sin análisis.

Lacan tiene una versión más amplia, más inespecífica del síntoma y no por ello menos ajustada a la realidad de la clínica: la del síntoma como todo aquello que hace hablar al sujeto, que lo interroga y lo articula a la dimensión de la causa. En distintos tramos del texto que escuchamos, aunque no se haya establecido una escritura sintomal como la que hasta aquí vengo trabajando, recortamos alguna letra haciendo borde a algún significante, señalamos así el goce ahí donde, en algún tramo de ese discurso, se plasma una escritura que, como decía antes, viene de otro lado que el significante, y que conforma esa concepción más amplia de síntoma que alude a aquello que se escribe en el habla, bajo la

forma de lapsus, de un decir enigmático o insistente, de un símil neologismo a veces, de un acento, etc. Interrogada esa escritura, la lectura estará guiada por las asociaciones, esos cabos que el propio analizante aporta para propiciar la poética de la interpretación. En ese sentido, Lacan puede decir que la praxis analítica es complemento del síntoma, que nuestra forma de interrogar el sufrimiento neurótico es lo que completa en la cura la sintomatología. Nos está diciendo que lo que acentuamos en nuestra lectura, o lo que equivocamos, lo que dejamos caer, lo que resaltamos es nuestra manera de tomar parte en el síntoma. Otro modo de decir que formamos parte de la noción de inconsciente, porque a nosotros se dirige el discurso.

Poder leer esa escritura depende del deseo del analista, y que esta función opere hace que el analista reciba, se disponga, se deje tomar por el objeto en juego. Esto es, que en el cuerpo del analista algo del decir pulsional haga eco. Y cuando digo “cuerpo” no me refiero al organismo, desde ya, me refiero al lugar del analista, a su escucha. Que algo, la pulsión, ya fantasmaticada, haga eco en el cuerpo del analista habilitará la captación, en un decir, de esa pulsión pintando los bordes de algún significante. Afectada por la letra, entonces, la *poiesis* analítica la lee/escribe en la interpretación. Quiero decir que la lectura apunta a lo que “se escribe” y está infiltrado como goce en los significantes.

Extinguido el síntoma, tal como se había presentado también en el inicio del segundo tiempo de análisis, la analizante se pregunta qué la lleva a continuar en esa relación que tanto la hace sufrir. Un sueño escribe una posible respuesta: entra al baño, la madre está mirándose en el espejo y no percibe que ella entró. Como uno de los comentarios al sueño, dice que se confunde y cuando quiere llamar a su pareja, llama a su madre. Su inconsciente responde: su pareja está en el lugar de una repetición acéfala. Ella repite dolorosamente con él ese no ser para el Otro, ese no ser registrada por el Otro. No perder a esta pareja, teniendo en cuenta que esto ya le había sucedido en una pareja anterior, es esencial para ella: es poder no encarnar definitivamente la que no es mirada/registrada por el Otro, la mal asida, la que más que hacerle falta, le sobra.

En tanto función, el deseo del analista comanda la intervención en forma inadvertida por la persona del analista. Tomado el analista en la oquedad del *a* –recordemos las palabras de Lacan en *El seminario 16*–, la operación analítica se dirige hacia la figuración objetual del sujeto. Ese objeto *a*, que le da un falso ser al sujeto, hará presencia desde el decir interpretante.

El *a* al que el sujeto está fijado es respuesta fantasmática del sujeto a la demanda del Otro que lo habita, resto de lo que no se ha podido forcluir de los sentidos del Otro. A ese *a* que resta y que el sujeto hace *ex-sistir* en sus síntomas o en su yo como rasgo apunta la función deseo del analista. Porque el síntoma tiene la siguiente particularidad: es una transacción entre goce fálico y goce del Otro. Freud lo decía a su manera: transacción entre deseo y defensa. Hago la siguiente puntuación: para Lacan, el Goce del Otro no existe, no existe en el dominio significante, no hay significante que nombre como a un todo a ese Real, que lo abarque. A ese Goce del Otro habría que encontrarle un significante para perforarlo, porque que no exista no quiere decir que no haya. De hecho, Lacan escribe no *ex-siste*, indicando que existe por fuera, *ex*, del significante. El síntoma, que es una construcción significante, aquello que no cesa de escribirse de lo Real, lo fija al escribir sus letras jeroglíficas. En su costado de escritura, el síntoma es Nombre simbólico del Padre y en tanto tal le pone a ese Goce del Otro que arrasa sin límite un significante que lo perfora; lo hace así agujero verdadero. Agujerea la verdad de ese goce que, una vez fijado, se puede trabajar en análisis.

Las dos veces que la estructura había armado esa “salvaje” escritura sintomal, si la equivocación en la interpretación fue eficaz, lo fue porque hubo un terreno fertilizado por el trabajo que acompañó ese tiempo: preguntas que el sujeto no se había hecho prepararon para que la equivocación muerda un Real.

Se interroga Lacan cuál es la interpretación justa –retomo lo dicho en “L’insu...”–. (62) Es, afirma, la que apaga o extingue el síntoma. Hago una lectura: es la que *ajusta* de otro modo el nudo, en tanto impacta en la estructura del sujeto. En la última etapa de su enseñanza, Lacan llamó a la estructura Nudo Borromeo, que anuda la dimensión de lo Imaginario, de lo Simbólico y de lo Real, y en el

calce entre las tres, el objeto *a*. Esto es sujeto. Una interpretación justa, entonces, es la que ajusta de otro modo el nudo porque mueve los enlaces RSI, mueve la estructura; esa es la que podría eventualmente extinguir un síntoma. El sujeto habla desde su Imaginario y el analista hace patente en su interpretación cómo el Otro que lo habita está operando, cómo queda sentido del Otro aún adherido en los dichos del analizante. Se empalman ahí Imaginario y Simbólico. La interpretación justa es, entonces, la que advierte al sujeto la relación del síntoma –tomado acá en su segunda acepción como todo aquello que interroga al sujeto y lo hace hablar– con lo Real, la relación de lo Simbólico con lo Real. Trabajamos RSI, dimensiones que no tienen una ontología, pero se hacen presentes en la posición del analista.

Retomo el concepto de formación del inconsciente, para puntualizar que puede ser entendido también como genitivo objetivo, en la medida en que la intervención analítica “forma” al inconsciente. Y esta es la idea de formación que me parece tributaria del concepto de letra.

$$\frac{S_1}{S_2} \uparrow$$

Lacan anota: “Cuando veo venir un S_1 –cuando lo escucho–, lo veo venir como letra”. Este S_1 se recorta del S_2 . Un síntoma, un sueño, un fallido, formaciones del inconsciente son escuchados como S_1 , como un rasgo distintivo del sujeto del inconsciente, que se recorta del S_2 . Al expresar “Cuando veo venir un S_1 [...] lo veo venir como letra”, se remarca la importancia de la letra que retorna en el S_1 . Leído este como letra, queda situada una referencia al goce.

Vuelvo a *El seminario 11*: “El inconsciente no es del orden del ser, ni del no ser, es del orden de lo no realizado”. ¿Qué quiere decir “lo no realizado”? Que no tiene una ontología. Se realiza en el habla, ahí se presenta el inconsciente; no sin, como ya mencioné, esa incitante idea de que el analista forma parte de la noción de inconsciente. En sus lecturas –con sus cortes y sus

reordenamientos— va formateando, hablando en términos tecnológicos, ese discurso. Formar parte de la noción de inconsciente es también, entonces, desencadenar la emergencia del inconsciente. ¿Dónde? En el habla. El inconsciente, que no es del orden del ser ni del no ser, que es del orden de lo no realizado, se realiza en el habla. Participamos de la producción del texto con nuestra intervención.

La novela *Rayuela*, de Julio Cortázar, se puede leer toda de corrido o siguiendo las indicaciones de Cortázar: interrumpir un capítulo, saltar algunos, retomar con uno posterior. El texto se va componiendo de otra manera, es diverso. Del mismo modo, el analista, lector en transferencia, reformatea el texto escuchado. Reformatearlo es estar dispuestos a que la huella se borre, a borrar huella. Huella del Goce del Otro. Huella, asimismo, de la comprensión, huella del sentido consciente que el sujeto le quiere dar a su discurso. Borrada esa huella en nuestra escucha, se da lugar a la emergencia del sujeto. (63)

La escritura en el sueño

Un sueño es una escritura en imágenes, afirma Freud. Un *rebus* o adivinanza, que mal llamamos jeroglífico, basado en analogías fonéticas, que utiliza imágenes o símbolos. Sueño, *rebus*, que hay que entender al pie de la letra porque, nos recuerda Lacan, en él la instancia literante, la instancia de la letra, toma al significante como cosa.

La puesta en escena, medio figurativo por excelencia del sueño, arroja un texto, el contenido manifiesto. Produce una escritura que es necesario asociar en sesión, para que su letra circule en el decir, trabajada por las leyes del significante: la metáfora y la metonimia.

Para el inconsciente, la palabra puede ser un elemento de puesta en escena como los otros. La escritura en imágenes que es el sueño es una escritura que pone en juego *lalangue* del soñante. Y las ideas latentes, que se alcanzan por las asociaciones, permitirán subrayar segmentos de esa *lalangue*, que indican la rendija hacia lo Real que afecta al sujeto.

Cuando Freud dice que el sueño es una realización de deseos, nos señala que el sueño articula restos diurnos con pensamientos y con marcas, signos del Otro que habitan al sujeto, en escenas oníricas, donde, en jeroglíficos, el deseo se escribe. Eso es la realización. (64) Pensamientos del sujeto y marcas del Otro que el sujeto del inconsciente lee y articula, y que, al realizarse escénicamente, al adquirir una figuración onírica, llaman a la asociación. El sueño es, así, una escritura del inconsciente en cuyo relato y asociaciones la intervención analítica leerá letras del sujeto. Letras que el sujeto del inconsciente escribe pero que será necesario que la interpretación en transferencia subraye, recorte, equivoque, para que el sujeto *sepa* de su saber no sabido. A esto alude el aforismo de Lacan: el deseo es su interpretación. El curso de un análisis va configurando, entre lecturas, escrituras y reescrituras, una suerte de palimpsesto. (65)

Un fragmento de un sueño de una analizante: va caminando por un jardín en dirección a una casa a través de cuyo ventanal ve al muchacho que le gusta haciendo el amor con la novia. En el camino, se encuentra con una profesora de francés colgada de un árbol. Agrega, esto es ya una asociación, que se trata de una colega con la que no tiene una relación particular. “Es solo una profesora de francés”, aclara. Súbitamente comienza a reírse y se interpreta: “No es muy sutil mi inconsciente, ¿no?”. Se ha dado cuenta de que es ella “la colgada”, letra que el tiempo previo de análisis había leído ya para definir su posición frente a su ex marido. Ella “se colgaba” mientras él hablaba, y al rato, “despertaba” y se daba cuenta de que no sabía de qué había estado hablando él. Este “colgarse” es una letra que bordea asimismo un lugar incestuoso con el que ella respondía a la convocatoria materna, como la obediente, calladita, que no cuestiona, “colgada” de las decisiones maternas. Prosigue el sueño: “Dejo atrás a la profesora de francés colgada –ya sabe que es una autorrepresentación onírica– y entro a la casa”. Se disipa la imagen de la novia y es ella la que termina teniendo relaciones con el muchacho de sus sueños.

“Cuando dejás atrás a la colgada, cuando te despertás, podés ser vos la protagonista de la escena de tus sueños”, fue la interpretación. Lo interesante de este sueño es que muestra cómo

las ideas latentes sufren una transliteración: “dejo atrás” es, en el sueño, una referencia espacial; en la interpretación se lee como letra del sujeto, ya no en una referencia espacial sino como paso subjetivo. Lo mismo para lo que se escribe en la aclaración “es *solo* una profesora de francés”. En el tiempo en que produce este sueño, la analizante ha comenzado a trabajar en su análisis que ya no se conforma con ser solo una profesora de francés. Quiere ser algo más.

La interpretación de un sueño no solo va a revelar la adherencia inconsciente del sujeto a goces que lo retienen, sino cómo en el interjuego entre escritura, relato e interpretación el S_1 descuenta al sujeto del Otro que lo habita. Quedará, de cualquier manera, ese remanente en el sueño que nunca será reductible a un saber articulado e interpretable, el ombligo del sueño, como indica Freud.

En la marcha de una cura, los sueños de un analizante irán escribiendo las distintas posiciones subjetivas alcanzadas por el sujeto en el recorrido de su análisis. Pero así como este no implica un limpio camino hacia adelante, sino un trayecto con quiebres, retrocesos, insistencias, los sueños también reflejarán este movimiento en su escritura. Habrá sueños en los que el sujeto del inconsciente desliza por los significantes, donde la dimensión del deseo se da a leer, y otros en los que se escribe el regreso del sujeto a posiciones de atrapamiento en el Otro. Los sueños dan a leer, entonces, tanto los tiempos de apertura al deseo como los de regresión a momentos en los que predomina el Otro, lo que indica que en un análisis hay que pasar varias veces por el mismo lugar para que el goce se gaste y redistribuya.

La escritura en el juego

Dos palabras sobre la particularidad de la escritura inconsciente en niños. Si bien los niños hablan, están en el lenguaje y hasta pueden hacer juegos significantes, su palabra aún no escribe. Es una palabra de la que el sujeto todavía no se puede hacer responsable. El niño, por su dependencia, está sujeto a goces del Otro, actuales, quiero decir, que lo afectan y lo determinan en la actualidad de su vida. Tiempo más adelante, y ya como marcas

incorporadas de lo real del Otro, formarán parte del acervo del saber inconsciente.

Con lo que el niño, su inconsciente, escribe, es con la grafía y con el juego. Y es ahí, en ese nivel, donde se debe localizar la intervención analítica. Sostener una cura de niños solo en la palabra es, por tanto, violentar al niño. Su síntoma está en el lugar de una articulación fallida de los padres entre sí respecto a ese niño, o en el lugar del fantasma materno. (66) La cura propiciará el juego y el dibujo mediante los cuales, con trazo propio, trazo subjetivo, que el analista leerá en las producciones lúdicas o gráficas, el niño articulará su malestar y sus deseos –función que antes había señalado para los sueños– y pondrá en juego también, intervención analítica mediante, una vía de salida.

Los padres de Agustín consultan por una presunta homosexualidad de su hijo de 4 años. Ya con 5 años, en un dibujo de Agustín, aparecen las tres generaciones: los abuelos, los padres –representados solo por la madre–, los hijos y bebés. Una bruja escondida detrás de las cortinas comanda con su voz, “Uh, Uh...”, a todos los personajes. Estos son literalmente hablados por la bruja: abren la boca y de sus gargantas sale la voz de la bruja. En otros gráficos, es ella quien se come a los nenes, a los que cocina en grandes cacerolas. La intervención apuntó a que esa bruja se creía muy poderosa, solo se escuchaba su voz, se comía a los chicos, ¡había que salvarlos! Para eso, íbamos a quitarle el poder a la bruja. Armamos un paquetito con las varitas mágicas que siempre acompañaban los dibujos de la bruja y otro con las piedras de plastilina que, a cambio de nenes, le dimos para comer. Hicimos un breve juego al respecto y guardamos ambos paquetes en la caja de juegos.

El tema de las brujas dejó de insistir. Aparecieron niñas traviesas, piratas, ballenas.

Tiempo después, mientras miraba sus trabajos, Agustín se topó con el de la voz de la bruja. Agregó un papá, Juan, de 50 años, mientras afirmaba que no era la bruja la que mandaba ni su voz la que salía por la garganta de todos.

Jugar desde el lugar del analista –¡Basta con la bruja mandona! Démosle objetos de plastilina en lugar de nenes para comer.

¡Salvemos a los niños!– permitió, en un segundo momento del análisis, que apareciera la voz faltante, la del padre.

El niño me sigue en esta propuesta de desactivar el poder fálico de la bruja; se ubica lúdicamente en una misión compartida, la de ponerle coto al avance de la bruja y en este mismo acto, se produce un corrimiento fálico. Él pasa de *ser* bocado para la voracidad materna a *tener* armas para luchar contra los avances desmedidos de la bruja; de hecho, en las siguientes secuencias gráficas, él se identifica lúdicamente con el pirata que lucha –con sus armas– contra la ballena. *Va-llena* a la que jugando y dibujando vacía de su poder.

La intervención analítica con niños se produce en el terreno lúdico. Su eficacia se lee, sin embargo, en un más allá del juego: construye sujeto.

Escritura del fantasma (67)

Partimos de las marcas del Otro constituyente y del borramiento de esas marcas que el sujeto ha podido hacer para escribir a partir de ellas sus síntomas, sus sueños. Otro nivel es qué se escribe *en* un análisis, en el sentido de qué queda a disposición del sujeto a partir del análisis. Un testimonio de fin de análisis puede situar tres cosas. Pero tres cosas que cambiaron la vida del sujeto. Mientras tanto hubo una cantidad de texto que se fue desplegando, que fue necesario arborizar a lo largo del análisis. Pero lo que se escribe es donde una marca, trabajada, queda a cuenta del sujeto. Me resulta fundamental por ello enfocar la escritura en términos de lo que se escribe en un análisis en relación al fantasma. Porque al fantasma, en tanto dispositivo que articula, sostiene el deseo y permite hacer frente a lo Real, primero hay que construirlo/escribirlo en el análisis. No es que esté dado para el sujeto, no es que el sujeto sepa de entrada de qué padece, cuál es el fantasma que lo tiene tomado, cuál es el guion, podríamos decir, que comanda su vida. Construirlo es hacerlo evidente en el análisis en sus efectos sintomales, hasta que su lectura puntual pueda sobrevenir, bajo la forma de una frase axiomática leída en el decir del sujeto o mostrada en su devenir sintomal y hecha letra por el análisis. Construir en el análisis ese

argumento fantasmático libera fijación, permite que el goce se suelte de ese lugar donde hacía consistencia, comandando, acéfalo, la vida del sujeto, otra cara del sostenimiento del Otro como completo. Sorpresa, incredulidad, novedad, liberación son algunos de los afectos por los que transitan los analizantes cuando su trabajo en análisis ilumina ese saber no sabido que los tenía cautivos.

Lo que se escribe en medio del decir

En el discurso del analizante la letra no está reconocida como letra, está en suspenso, no entregó aún su mensaje, está ahí como herramienta instrumental del habla. Es la interpretación la que la revela como letra del sujeto. La que le da a la letra su paradójico estatuto temporal: habrá sido letra una vez leída en transferencia. Aludo aquí a toda la concepción del *après-coup* o efecto retardado: lo que estaba antes al sujeto le llega después, con retardo. La lógica del *après-coup* es subsidiaria del hecho de que en el comienzo está el Otro. Pero esto el sujeto lo sabe después, en un análisis. Volvemos así a echar luz sobre la cuestión del estatuto ontológico del inconsciente. El sujeto del inconsciente escribe, pero es en transferencia donde se *realiza* hablando y donde el analista lee lo escrito y al leer reescribe. El inconsciente es del orden de lo no realizado, evasivo en su manifestación óptica. Si hay un estatuto del inconsciente, en Lacan es ético: apunta a ese motor del juego significativo que es el deseo.

Apuntamos a que un trozo de Real, con este movimiento de lectura a la letra, se escriba. Lo Real no cesa de no escribirse, pero vía la lectura del discurso le arrancamos cada vez un pedazo a lo Real que el síntoma escribe. Los pacientes hablan creyendo decir su verdad, pero –afirma Lacan– “hablan al costado de lo verdadero”. Por dos cuestiones: una, que la verdad se dice no-toda en el síntoma, en el discurso. De la razón de aquello que los hace sufrir, $\frac{\$}{n}$, matemizado como el *a* bajo la barra en el discurso histérico, no se tiene idea al comienzo. Habrá que ir poniendo en forma el síntoma, habrá que ir despejando, como en matemáticas, esa incógnita del goce. El movimiento discursivo del análisis, en su

producción, va escribiendo puntas de lo Real del goce. Y en la interpretación se trata –insisto– de que la metáfora del analista cuando lee, “haga cuerpo”, (68) afecte la materia del goce.

Lo que el paciente diga, y aquello de lo que sufre, va a estar enraizado en la estructura del Edipo, sus raíces tejidas en las estructuras elementales del parentesco, como las nombró Lévi-Strauss. Freud imaginaba que lo verdadero era el núcleo traumático. Sin desdecirlo, Lacan acentúa que la incorporación de una lengua entre otras, de lo que para cada uno es su *lalangue*, constituye ese núcleo traumático. Y es allí que tendremos la posibilidad de aferrar algo de lo Real. La lengua, precisa en “L’insu...”, (69) es una obscenidad, trae la *Obtrecena* –palabra nueva que resulta de embutir “obscena” y “Otra escena”–. Esto es, hunde sus raíces en la estructura elemental del parentesco, en el Edipo. Por eso no es necesario hacer una anamnesis, la sola lengua en su movimiento traerá algo de la verdad de la historia en el síntoma.

“¿El discurso es siempre adormecedor?” se pregunta Lacan en “L’insu...”. “Es adormecedor si nos dedicamos a la comprensión. Pero ahí donde no comprendemos, nos despertamos.” Esta es su propuesta: dejarnos despertar por el discurso. Porque, ahí, algo de lo Real se presenta. Este efecto de despertar puede generar “la interpretación poética” o inspirada en la poesía, la que produce efecto de agujero y de sentido al mismo tiempo. Agujerea lo que había y, al juntar al sujeto con su goce, adviene un nuevo sentido.

En *El seminario 11*, se menciona a Tiresias, el adivino que también sabía del goce femenino porque, en un tiempo, había sido mujer. Ahí nos dice Lacan que para poder interpretar, no solo hay que hacerlo a nivel significante sino “tener tetas como Tiresias”. Leo: meter el cuerpo. Y en esto no hay fórmulas. Cada analista, si se deja tomar por los significantes y el objeto en juego, sabrá en qué momento meter el cuerpo. Como analista de niños hay que meter el cuerpo todo el tiempo. Asimismo se hace necesario meter el cuerpo como analista de adultos. A veces, un abrazo bien dado a un paciente que está desencontrado con su deseo es una manera de escribir letras en la escena: “Bueno, vamos, estoy con vos”. Un voto de confianza. Y esa intervención, lenguaje sin palabras como quería Lacan, no es sin lectura. Este es un nivel.

Meter el cuerpo alude, en un segundo nivel, a un plano más estructural, en la línea de analista-poema. Alude –así lo leo– a estar disponible para que el cuerpo del analista haga de caja de resonancia de la pulsión, como decíamos, eco en el cuerpo de un decir. Y desde allí, desde la afectación que el borde pulsional del decir hace en el cuerpo del analista, surgirá la lectura. Cada vez que la escritura se hace patente haciendo eco en el cuerpo del analista, cada vez que ella hace poema del analista que la lee, se instituye sujeto del lado analizante.

En *El seminario 16*, Lacan sostiene: “Debemos admitir que solo se interpreta en el análisis la repetición, es lo que se toma por transferencia”. No creo que Lacan esté subsumiendo la transferencia en la repetición. Por eso dice “es lo que se toma por transferencia”. “Por otra parte la captura del propio analista en la oquedad del *a* constituye precisamente lo ininterpretable. Lo ininterpretable en el análisis es la presencia del analista.” (70) ¿Qué nos dice apretadamente este párrafo? Que lo que se pone en juego en la transferencia es, básicamente, repetición. Captar y alojar esa repetición, eventualmente interpretarla, hacia ahí se dirige la cura. Y eso que se transfiere, que se deposita en la transferencia, tiene que ver con el objeto *a*. Es ahí, en la dimensión del *a*, que el analista queda tomado, capturado –recordemos que dice Lacan–, y la oquedad (71) de esa captura es lo ininterpretable. Sin embargo, con eso debemos operar. Lacan nos da una pista, nos dice: a nivel de la presencia del analista.

Precisamente un capítulo de *El seminario 11* se llama “Presencia del analista”. Lacan ubica allí al analista como testigo de la pérdida. Situemos entonces de qué pérdida se trata. Se trata de lo que atañe al objeto *a*, aquello que *ex-siste* al discurso, aquello que no se transparenta en las palabras, aunque está profundamente articulado en ellas y constituye la materia prima de la repetición. Todo el arte del análisis consiste en maniobrar con este objeto *a*. Y este objeto *a*, en cuya oquedad el analista queda capturado, habrá de ser jugado. Jugar la presencia.

En tanto función, el deseo del analista comanda la intervención en forma inadvertida por la persona del analista. Tomado en la oquedad del *a*, el analista opera haciendo una captación directa de

la figuración objetual del sujeto en el fantasma. Ese objeto *a* hará presencia desde el decir del analista. Aunque la interpretación no lo nombre, está articulado en ella. Y la sorpresa de las palabras que se dicen desde el lugar del analista es la puesta en acto del deseo del analista como función. Esa sorpresa, para ambos participantes del análisis, señala el punto de inflexión donde verdad y saber confluyen. Es lo que en el discurso del analista se escribe bajo la barra del *a*.

$$\frac{a}{S_2} \rightarrow \frac{\$}{S_1} \downarrow$$

El *a* al que el sujeto está fijado, y con el que se da a ver en su falso ser fantasmático, es resto de ese Goce del Otro que hay que perder y que es motivo y origen de los padecimientos y angustias. A ese *a* que resta activo y que el sujeto del inconsciente hace *ex-sistir* en sus síntomas apunta, insisto, la función deseo de analista. En *El seminario 23*, Lacan lo sitúa de este modo: “Lo Real se encuentra entre los embrollos de lo verdadero”. (72) Y es en el discurso en transferencia que esa escritura embrollada puede asomar entre los significantes.

Un analizante se encuentra detenido sintomáticamente en su desarrollo profesional. Su padre engrosa la tristemente célebre lista de desaparecidos de la dictadura militar. Hablando en análisis de su detención profesional, dice “no puedo seguir así, me tengo que *desaparecer* del negocio para avanzar en lo mío”. Enunciación que es escuchada en ardiente homonimia con la desaparición... del padre, ocurrida en sus primeros años de vida. Su inconsciente escribe que hay una identificación que soltar para no ser un desaparecido... de su deseo.

El plus de goce se cifra tanto en los significantes de las formaciones del inconsciente como en aquellos con los que se articula el discurso. Y podemos captar en una enunciación singular ese litoral en los significantes que trae amarrado goce: la letra. Enunciación singular que porta un goce que el deseo del analista capta como “en un relámpago”. (73) Habrá sido el instante del acto: un sujeto ha emergido con solo repetir esa enunciación para que

haga eco en su resonancia de letra. Son momentos de subjetivación en que me he sorprendido marcando lo fundante del eco de esa enunciación con el corte de sesión.

Gramática de la pulsión, retórica del inconsciente, lógica del fantasma reclaman, en su diferencia, nuestra escucha particularizada.

1- "Freud murió en Norteamérica", así titula Élisabeth Roudinesco un capítulo de su libro *¿Por qué el psicoanálisis?*, Barcelona, Paidós, 2000. El predominio de las neurociencias, que vuelve a poner el acento en el cerebro como centro anatómico de las cuestiones psi, corrobora esta afirmación de Roudinesco, por lo que tiene de movimiento aplanador respecto de la riqueza y complejidad de la propuesta freudiana.

2- Freud, Sigmund, "Lo inconsciente", en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984, t. XIV, p. 153. "Nuestra tópica psíquica [...] nada tiene que ver con la anatómica; se refiere a regiones del aparato psíquico donde quiera que estén situadas dentro del cuerpo, y no a localidades anatómicas."

3- Freud, Sigmund, "Proyecto de una psicología para neurólogos", en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, t. I, "Génesis de la compulsión histérica", p. 250.

4- Salvo en la psicosis, donde la relación del sujeto con el lenguaje hace que este sea intrusivo, justamente porque en el Otro que lo habita no impera la falta.

5- Trabajada en Lacan, Jacques, *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1964.

6- También Freud apela a una escritura: sus famosas tres versiones del *peine* en *La interpretación de los sueños*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, t. IV, y también en la "Carta 52", en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, t. I para indicar que los elementos acumulados como Hm sufren una transcripción al pasar por la instancia del inconsciente. Cuando la respuesta del sujeto emerja por el polo motor, será una respuesta condicionada por la escena fantasmática.

7- En el Centro Nacional de Reeducción Social (Cenareso), organizada por la Escuela Freudiana de la Argentina.

8- Lacan, Jacques, "El seminario 25: Momento de concluir", edición EFBA para circulación interna.

9- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ob. cit.

10- Escrito en 1964 a partir de su ponencia en el congreso de Bonneval. Lacan, Jacques, *Escritos II*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1980.

11- Ubicar al inconsciente como discurso del Otro alude también a lo transgeneracional que habita al sujeto (la generación de los padres y la de los abuelos) y que hay que investigar y relevar en el análisis.

12- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ob. cit., cap. 12.

13- Decir *deseo de analista* hace mayor justicia –entiendo– al hecho de que es una función, a que esta no se refiere a un deseo particular de un analista particular. Claude Dumézil así lo hace en francés, según comenta Robert Lévy, en su libro *Un deseo contrariado*, Buenos Aires, Kliné, 1998.

14- Freud, Sigmund, “Lo inconsciente”, ob. cit., p. 172, según la interesante lectura de Isidoro Vegh en su clase del seminario “Inconsciente”, Buenos Aires, EFBA, 2006.

15- En la mesa redonda con Alfredo Eidelsztein, “Sujeto y objeto en la clínica psicoanalítica”, Asociación Latinoamericana de Estudios Freudianos (ALEF), 2013.

16- Recordemos que esta formalización propone cuatro lugares por los que van circulando las posiciones respectivas en los cuatro discursos. Arriba a la izquierda, lugar del agente que se precisará como lugar del semblante en *El seminario 18*. Abajo a la izquierda, el lugar de la verdad. Arriba a la derecha, el lugar del otro. Y abajo a la derecha, el lugar de la producción. En el discurso del analista, el lugar del otro lo ocupa el sujeto dividido; puesto a trabajar en la transferencia, produce los significantes unarios que lo determinan a nivel de las identificaciones inconscientes. Por eso, el lugar del otro es también el lugar del trabajo. Finalmente, el lugar de la producción es asimismo el de la pérdida; es el sujeto que al trabajar pierde goce.

17- “El saber es esto –se les presentan cosas que son significantes, y, de la manera en que se las presentan, no quieren decir nada, y después hay un momento en que ustedes salen del atolladero, de golpe quiere decir algo, y esto desde el origen” (Lacan, Jacques, *El seminario, libro 16: De un Otro al otro*, Buenos Aires, Paidós, p. 185).

18- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 18: De un discurso que no fuera del semblante*, ob. cit.

19- Al respecto, Isidoro Vegh dice: “Si nada está prohibido, el goce es obligatorio”. Parafrasea así a Dostoievski en *Los hermanos Karamazov*, quien dijo que si Dios no existe, todo está permitido.

20- Freud, Sigmund, “Lo inconsciente”, ob. cit., cap. 7.

21- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 18: De un discurso que no fuera del semblante*, ob. cit.

22- Referencia a la obra de Molière *Médico a su pesar*, que Lacan cita en el prólogo a *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ob. cit.

23- Referencia con doble sentido en francés (“de otra manera” y “el Otro miente”) que Lacan presenta en “El seminario 25: Momento de concluir”, ob. cit. En *El seminario, libro 20: Aun*, Buenos Aires, Paidós, 1992, lo decía así: “Ustedes suponen que el sujeto del inconsciente sabe leer. Y no es otra cosa todo este asunto del inconsciente. No solo suponen que sabe leer, suponen también que puede aprender a leer”.

24- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 18: De un discurso que no fuera del semblante*, ob. cit.

25- Concepto trabajado ya en *El seminario, libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica, 1954-1955*, Buenos Aires, Paidós, 2008, que luego retoma en “El saber del psicoanalista”, charlas en Saint-Anne, contemporáneas al dictado de *El seminario, libro 19: ...o peor, 1971-1972*, Buenos Aires, Paidós, 2012.

26- En “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis” (en *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1977) alude a esta cuestión del siguiente modo: “Hemos aquí pues al pie del muro, al pie del muro del lenguaje. Estamos allí donde nos corresponde, es decir del mismo lado que el paciente, y es por encima de ese muro, que es el mismo para él y

para nosotros, como vamos a intentar responder al eco de su palabra”. Eco es el sonido que persiste una vez producida la palabra. Digamos entonces que persiste en la escucha del lector, muchas veces el propio analizante que se escucha; otras, en la escucha del analista.

27- “La letra no hace más que testimoniar de la intrusión de una escritura como otra (*autre*) –como ‘otra’– con, precisamente, una a minúscula. La escritura en cuestión viene de otra parte que del significante” (Lacan, Jacques, *El seminario, libro 23: El sinthome*, Buenos Aires, Paidós, 2015, clase 11).

28- Escrito y publicado por primera vez en el volumen 3 de *La Psychanalyse et sciences de l’homme*, en 1957.

29- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 20: Aun*, ob. cit.

30- Charla de 1971 que luego fue incluida como la clase 7 en *El seminario, libro 18: De un discurso que no fuera del semblante*, ob. cit.

31- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 18: De un discurso que no fuera del semblante*, ob. cit., clase sobre “Lituraterre”.

32- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1999.

33- Llamada así porque es la tercera conferencia que Lacan dio en Roma, en 1974. Lacan, Jacques, “La tercera”, en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial, 1988, p. 106.

34- Véase Silvia Amigo en una nota al pie de su libro *Clínicas del cuerpo*, Buenos Aires, Letra Viva, 2013, p. 10.

35- Esta preocupación de Freud se puede seguir en los esquemas del *peine* (sobre todo el último, que es el más elaborado) del capítulo 7 de *La interpretación de los sueños*, y también en “El block maravilloso” o “La pizarra mágica” (depende de la traducción), así como en la “Carta 52”, que es fundamental en lo que respecta a la idea de retranscripción.

36- Todas estas referencias freudianas se encuentran en Freud, Sigmund, *Moisés y la religión monoteísta*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996, t. XXIII.

37- Lacan, Jacques, “El seminario 14: La lógica del fantasma”, inédito, y “El seminario 15: El acto psicoanalítico”, edición EFBA para circulación interna.

38- Lacan, Jacques, “El seminario 9: La identificación”, edición EFBA para circulación interna.

39- *Trace de pas*: huella de un paso en *pas de trace*: borramiento de trazo o de huella.

40- Este tema tendrá mayor desarrollo en el capítulo 3.

41- Lacan, Jacques, “El seminario 24: L’insu que sait de l’une-bévue s’aile à mourre”, edición EFBA para circulación interna.

42- El manejo de la transferencia, nos indica Lacan en “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos I*, ob. cit., está limitado por el desdoblamiento que en esta sufre nuestra persona; anticipación, según mi lectura, del concepto de semblante, que va a formalizar en *El seminario, libro 18: De un discurso que no fuera del semblante*, ob. cit.

43- Recordemos el caso de Margaret Little: recién cuando la analista confiesa no saber qué más hacer o decir y la enorme pena que le da ver tan dolida a su paciente, produce un giro en esa cura, en tanto pone en juego su castración y da alojamiento al sujeto. Es este un ejemplo muy gráfico de lo que es el “manejo de la transferencia”. Claro que, en este caso, sin que la analista tuviera la menor idea de la lógica de su intervención.

- 44- Véase el punto “C” Analogías, de Freud, Sigmund, *Moisés y la religión monoteísta*, ob. cit.
- 45- Lacan, Jacques, “El atolondradicho”, en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, cap. 7.
- 46- Recordemos que lo primero que dijo Lacan de la verdad es que tiene estructura de ficción. Alude aquí a la verdad del goce que se repite por fijación.
- 47- Lacan cita a Theodor Reik y su propuesta de escuchar con la tercera oreja en *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ob. cit., pp. 266-267, y Moustafa Safouan en su libro *Jacques Lacan y la cuestión de la formación de los analistas* también lo cita. Reik recomendaba a los analistas jóvenes escuchar con la tercera oreja, es decir, prestar oídos a lo que queda ahogado en los procesos conscientes para escuchar hablar al inconsciente.
- 48- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis*, ob. cit.
- 49- Lacan, Jacques, *Escritos II*, ob. cit.
- 50- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 16: De un Otro al otro*, ob. cit.
- 51- Referencia que trae Lacan en *El seminario, libro 18: De un discurso que no fuera del semblante*, ob. cit., cap. 9. Habla ahí de la ruptura del semblante en relación con la imagen romántica de la luna. Esa ruptura la propiciaría el alunizaje del hombre. La cita completa sería que el lenguaje le da habitación al Otro del goce, para siempre interdicto, proveyéndolo de escafandras. Es una manera de decir que nuestro aire es el lenguaje. Y que lo que el goce escribe “viene de otro lado que el significante”, por eso las escafandras.
- 52- Y en *poáte* se escribe también *até*, ese territorio al que, para los griegos, el ser humano no podría ingresar por mucho tiempo. Constituía para ellos un nudo que incluía la falta cometida, el castigo y la desgracia que este acarrea. Lacan trabaja este tema en *Antígona*, cuya tragedia se desencadena al estar ella tomada por la *até* familiar, la maldición, el destino, lo que ubica en *El seminario, libro 7: La ética del psicoanálisis* (Buenos Aires, Paidós, 1990) como un Otro sin mediación; podemos leer allí el goce del Otro no subjetivado que empuja a una acción irrefrenable.
- 53- Si bien en ese texto utiliza esta figura para la posición del fin de análisis.
- 54- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 23*, ob. cit.
- 55- Lacan, Jacques, *Escritos I*, ob. cit.
- 56- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 17*, ob. cit., p. 93.
- 57- Lacan, Jacques, “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, en *Otros escritos*, ob. cit., parte V.
- 58- “Transliteración”, para Jean Allouch (en su libro *Letra por letra*), es el nombre de la equivalencia del cifrado y el desciframiento.
- 59- Haddad, Gérard, *El día que Lacan me adoptó. Mi análisis con Lacan*, Buenos Aires, Letra Viva, 2006.
- 60- Lacan, Jacques, “El seminario 22: RSI”, edición EFBA para circulación interna, clase 4.
- 61- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 23*, ob. cit.
- 62- *Ibíd.*
- 63- Esta referencia a *Rayuela*, novela de 1963, no es casual. Creo que se trata del mismo movimiento de lectura. Los vasos comunicantes de las tendencias de la época están

presentes tanto en la propuesta de Cortázar como en la de Lacan. En este no es solo tendencia sino que todo indica que es hallazgo duradero para la dirección de la cura.

64- El juego infantil cumple la misma función.

65- Manuscrito que aún conserva huellas de escrituras anteriores en la misma superficie, pero borradas expresamente para dar lugar a la actual.

66- Según los términos de la carta de Lacan a Jenny Aubry, “Dos notas sobre el niño”, en Lacan, Jacques, *Intervenciones y textos 2*, ob. cit.

67- Este punto será ampliamente desarrollado en el siguiente capítulo.

68- Lacan, Jacques, “El seminario 24: L’insu que sait de l’une-bévue s’aile à mourre”, ob. cit.

69- Ídem.

70- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 16: De un Otro al otro*, ob. cit., clase 22, “Paradojas del acto analítico”, punto 3.

71- Como mencionamos antes, *oquedad* alude a un vacío en un cuerpo sólido, producido natural o artificialmente. Buena caracterización de la posición esperable del analista en la dirección de la cura: por fuera de su propio fantasma.

72- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 23*, ob. cit.

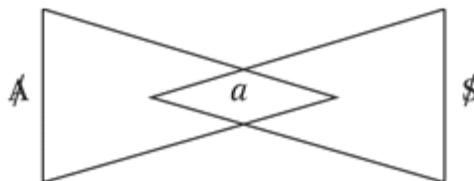
73- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 16: De un Otro al otro*, ob. cit., cap. 12, clase del 26 de febrero de 1969.

2. FANTASMA Y ESCRITURA

Objetos en escena

El objeto se produce en el encuentro del sujeto con el Otro. Es del sujeto pero indica la relación al Otro. Por eso del objeto en sus distintas presentaciones clínicas se podrá, más tarde o más temprano, tejer una historia. La figura del quiasma lo muestra:

Figura 2.1



Acercaré algunas puntuaciones en relación al objeto voz. Y lo voy a hacer en distintas escenas, a la manera de un *collage*, artificio que, propone Lacan, si nos despreocupamos de los empalmes, deja pasar la falta.

Escena constitutiva

Nuestra condición de *parlêtres* no se reduce a que estemos parasitados por la palabra del Otro y que esta, vehiculizada por el deseo materno, nos constituya en tanto inconsciente. Ser *parlêtres* toca principalmente la incorporación del objeto voz. La voz, dirá Lacan, no se asimila sino que se *incorpora*. (74) Me interesa, en ese sentido, ensayar el relato de las condiciones, de alguna manera míticas, para que el *infans* se vaya apropiando del lenguaje, no sin apropiarse primero de los sonidos, no sin jugar con el objeto voz. (75)

Para desarrollar sus futuras potencialidades como sujeto, el *infans* requiere un cuidado singularizado. El primer lugar que lo anticipa como sujeto es la demanda amorosa que el Otro le dirige

desde su falta. Si no es desde su falta que el Otro lo arrulla en su palabra, el futuro sujeto no podrá hacer la identificación primaria a lo real del Otro real, al lenguaje. Y para apropiarse del lenguaje, el niño jugará primero con los sonidos que su voz emite en respuesta a los que le son dirigidos en esa lengua materna inventada, ese *babish* – lengua que se desprende del idioma natal–, suerte de donación lúdica y amorosa de la madre. Esta, a su vez, le reenviará al *infans* los sonidos, anudando unos con otros. De esta forma el lenguaje se va incorporando, en primer lugar, como sonidos sin significación, aunque con sentido (lúdico, amoroso), que luego el Otro irá significando, al escandirlos, al repetirlos, permitiendo que el niño vaya logrando apropiarse de la primera oposición fonemática: *Fort-da*, germen de toda la estructura del lenguaje. Esta se incorpora en la singularidad de la voz que le habla al futuro sujeto. El *babish*, esa *lengua materna* de amor y de goce, es la *madre de la palabra*, según dijera acertadamente Héctor Yankelevich. Deberá perderse. Sus restos, sin embargo, como trazo imborrable, le darán a cada uno una voz singular.

La presencia de esta lengua materna es entonces primordial en tanto *hace cuerpo*. Que al niño se le hable es lo que hace cuerpo, lo que lo arranca de la dimensión de organismo y lo instala en la dimensión de cuerpo erógeno, cuerpo libidinal. El lenguaje entonces se *incorpora*, no en el sentido de introducir un objeto en un cuerpo sino en tanto genera un cuerpo libidinal. Toda la erogenización del bebé tiene como condición la palabra materna. Si a la madre su niño le *hace falta*, al *infans*, la voz materna le *hará cuerpo*.

Como afirma Lacan en *El seminario 10*, el “primer modelo de la identificación es la identificación de la voz, la *Einverleibung*, la incorporación, lo que distingue a esta primera forma de la identificación de las otras”. También dirá que una voz no se asimila sino que se incorpora, lo que puede darle la función de modelar nuestro vacío. La voz, transitando lúdicamente por nuestro vacío, lo perimetra dibujándolo propioceptivamente y produciendo goce.

El objeto oral llena el territorio que comparte con la pulsión invocante. Una y otra pulsión, la oral y la invocante, se diferencian en sus zonas erógenas y en sus objetos pero comparten tramos de sus recorridos. En este sentido, resta mencionar que, si la pulsión se

inicia como demanda inconsciente en el campo del Otro, las distintas pulsiones parciales se van intrincando unas con otras. Si la madre le dirige a su bebé palabras en la mencionada *lengua materna*, lo hace al mismo tiempo que lo mira y le demanda una mirada, al mismo tiempo que lo sostiene y que lo higieniza, dibujándole con ello un cuerpo erógeno. Esto es lo que traza las rutas de la intrincación pulsional. Su entretejido es lo que hace que cada pulsión parcial acote a la otra, intrincación pulsional que no es sin que la medida fálica atraviese, a su vez, el campo pulsional materno.

La voz en la escena de la clínica

En cuanto a la pulsión invocante, Lacan propone diferenciar lo que es del orden de la palabra y sus posibilidades de sustitución y desplazamiento de lo que es propiamente la emisión vocal. “Se trata –cito– de una dimensión nueva, aislada” y –agrego– aislable. Me ocuparé de este punto más adelante.

La voz puede presentarse en la clínica de distintas maneras. Una de ellas, como una letra que se porta a nivel de la voz y que llamará en su momento al trabajo analítico, un timbre de voz femenino con una modulación masculina, por ejemplo. Digo “letra que se porta” porque se presenta como rasgo que no hace aún síntoma, que al sujeto no lo interroga, de esto no habla. Llegará un momento en que el movimiento del análisis permita que ese rasgo pueda ser interrogado, que esa cubierta imaginaria de un goce siempre igual a sí mismo quede trabajada por lo Simbólico. Habrá sido alcanzado por una lectura que lo descoagula: ya no será letra portada, será letra leída, que producirá una lluvia de significantes, en tanto que lo mínimo que podemos decir de la letra, una vez leída, es que localiza significantes. Esta lluvia significativa historizará eso que se escuchaba en la voz.

Freud no había separado la voz como objeto pulsional. Eso lo hizo Lacan. Lo que Freud hizo fue teorizar la libidinización de ciertos órganos y funciones que, en lo que a nuestro objeto se refiere, puede hacer que cuando la laringe como órgano de fonación

presenta disfunciones, como órgano erótico –diría Freud– está excedido: afonías, toses y carrasperas recurrentes.

Llegado el caso, estableció que el neurótico puede quedarse sin mirada (las famosas cegueras histéricas) y sin voz. Así pensó la ausencia de voz como respuesta histérica ante la ausencia del Señor K en el caso Dora. ¡Y vaya si todo lo que involucra al objeto voz tuvo su importancia en este caso!

Dora, ya adulta, con 42 años, consulta a Félix Deutsch por un molesto síntoma de Menier, (76) que ya en la primera entrevista es interpretado y despejado, dando cuenta de la transferencia que Dora seguía manteniendo con el análisis. Lo que le sucede a Dora en el canal auditivo, lee Deutsch, es una *belauschen*, un espiar con los oídos la, para ella, inquietante vida sexual de su hijo adolescente. Dora deja ver en este corto contacto con un analista mucho orgullo por haber *dado que hablar a los analistas*, por estar *en boca de todos*.

En el breve relato clínico de Deutsch se la escucha hablar a Dora casi más que en el largo relato freudiano. Deutsch le cede la palabra y cuando Dora la toma, aparece en su decir un personaje que en el historial original había quedado virtualmente de lado: la madre.

“Princesa de Clèves (77) presa de una mordaza infernal”, así define Lacan a Dora en “Intervención sobre la transferencia”. (78) Mordaza que no está desvinculada del atrapamiento transferencial del mismo Freud, que lo llevó a jugarse todas las cartas a la línea paterna en su manera de escuchar a Dora. La mordaza de Dora resulta entonces la respuesta del sujeto a la, digamos así, “sordera” freudiana. Sordera que le impidió reconocer –durante el análisis– que la pregunta de Dora era por lo femenino, que la Sra. K era su pregunta (aunque Freud tuvo la honestidad de admitir su error y corregirlo post scríptum).

Dora se había alejado del análisis “con la sonrisa de Gioconda”, dice Lacan en el mismo texto. Agrego: apretando entre sus enigmáticos labios lo que tendrá para decir a partir de entonces.

Acusada de fantasiosa por el padre, no escuchada o acallada por Freud –en cuanto a la investigación de la línea materna–, Dora aparece en el segundo sueño preguntando a la madre “cien veces”, sin obtener respuesta, dónde está la llave (¿la clave?).

Esta compulsión a preguntar, al no recibir su pregunta alojamiento en el Otro, se transformará en una compulsión a denunciar. Dora, a partir de entonces, se *hará escuchar*: será querellante, quejosa, será una voz molesta para su entorno, consigna Deutsch.

Su muerte significó un alivio para sus allegados. Dejó de aturdirlos, concluye Deutsch.

Seguimos en la escena clínica y en el collage

El psicótico está excedido de miradas y de voces. Si el Nombre del Padre opera, la voz queda como resto perdido, velada. De lo contrario el sujeto estará todo el tiempo expuesto al goce del Otro, bajo la forma de una voz sin puntuación. Al no haber ingresado el significante del Nombre del Padre, las voces retornan desde lo Real. Tienen una función restitutiva. Es lo que Lacan llama, en *El seminario 10*, “los desechos de la voz, sus hojas muertas, que se dejan oír en las voces extraviadas de la psicosis”.

La voz puede, en algunos casos extremos, ulcerar un cuerpo. Recuerdo el caso de una niña muy chiquita, de 3 años, que presentaba úlcera con sangrado, algo poco común en niños tan pequeños y que, en el trabajo con los pediatras del hospital donde se atendía, se detectó que estos evitaban hacerse cargo de este caso porque *no soportaban a la madre*, en un rasgo específico, la voz y su manera de hablar, sin interrupción. La niña estaba ante una voz materna imparable, sin escansión, aguda y excitada, a la cual no podía interrogar. Esa demanda unívoca, puro signo, interfería la función biológica. No instaurándose la dimensión sujeto, solo respondía el organismo en su lesión.

Cuando apuntamos nuestra escucha a la enunciación, más allá del enunciado, escuchamos asimismo la voz, su timbre, su modulación, su intensidad, a veces enlazada al dicho, otras, en franca oposición. ¿No es también a nivel de los movimientos de la voz que escuchamos la coloratura subjetiva? Conduciendo curas de neuróticos obsesivos, escuchamos a veces las revelaciones más graves con una voz neutra, despojada de cualquier referencia que implique al sujeto a nivel de la voz. En el límite, lo monocorde de la

voz produce efectos de somnolencia en la transferencia, de los que nos despertamos leyendo allí, a nivel de la voz, el grado máximo de desimplicación afectiva del sujeto.

Quiero tomar ahora otro aspecto clínico del objeto voz, que tiene que ver con la estructura del superyó. “En su fase más profunda – dirá Lacan–, el superyó es una de las formas del objeto *a*.” ¿De qué se trata el superyó sino de puras voces que comandan al sujeto, lo que Lacan llama “el carácter parasitario de la voz bajo la forma de los imperativos ininterrumpidos del superyó”? Se trata de mandatos que barran al sujeto, que lo alienan, que operan como un sello y lo arrinconan en su condición de objeto. Si el imperativo superyoico tiene estructura de palabra, es una palabra que no desliza, que no se articula con otras. Por eso digo “sello”, podría decir del mismo modo “sintagmas coagulados”. Su matema excluye la falta: A. En su fantasma, el sujeto “se hace ser esa voz imperativa”, tercer tiempo de la gramática pulsional. El sujeto ha hecho lectura del Ideal y se ha identificado fantasmáticamente a ese objeto con que el Otro que lo habita goza.

Una pequeña viñeta clínica al respecto. Se trata de una muchacha afectada por la prevalencia de la instancia superyoica en su estructura. Empieza el análisis y, pasado un tiempo, se pone de novia. Está muy enamorada y, sin embargo, escucho algo que me sorprende y es que la alivia saber que el muchacho que la enamora, en breve se irá a vivir afuera, a otra provincia. Un jeroglífico que permitió ubicar, en el trabajo en análisis, el mandato materno al que ella estaba satisfaciendo: era “las mujeres nos arreglamos solas”, frase de la madre que operaba para ella superyoicamente. De manera que le daba un poquito de satisfacción a su deseo de tener un novio pero... solo por un tiempo, para dejar tranquila a esa letra coagulada materna, sin dialéctica, que la comandaba. Es todo un trabajo en el análisis pesquisar cuál es esa voz que comanda, qué dice, qué ordena. Recién ahí puede virar hacia significantes escandidos, se puede historizar: la barra sobre el sujeto comienza a afinarse en tanto empieza a caer sobre el Otro.

La voz del analista es una de las manifestaciones de su presencia. Todos hemos tenido alguna experiencia con pacientes para los que, en determinados momentos de su análisis, la voz del

analista jugó un papel importante. “Escucho tu voz y me calmo”, decía una analizante que atravesaba un período de mucha conmoción subjetiva.

Lacan recorta la voz como aquel objeto más cercano a la experiencia del inconsciente, porque es el objeto del deseo del Otro. Y, en ese sentido, el orificio que responde en el cuerpo, a título de zona erógena, no puede cerrarse: el oído.

Lacan señala algunas características de los objetos: precipitan como resto de la constitución simbólica del sujeto en el campo del Otro; son del sujeto pero no entran en el campo especular; tienen una dimensión amboceptora, no desvinculada de los distintos vectores que habrá que poder leer y hacer operativos en la clínica: el goce, la angustia, el corte, la falta, el deseo. Además subraya la separabilidad, a la que llama *separtición*, dando a entender que se trata de separarse de algo propio, lo que tendrá su incidencia en la estructuración del deseo. En cuanto a la voz, no se trata de separarse de algo anatómico pero sí de separarse –en un análisis– tanto de los dichos del Otro como, en ocasiones, de lo imperativo de su voz.

Cierto fenómeno, en general tolerable, de angustia, cierto *Unheimlich* puede sobrevenir cuando uno escucha su propia voz (en un grito, en una grabación...) y no la puede hacer coincidir con la voz yoicizada. Cuando no queda recubierta enteramente por las imágenes sonoras yoicas que la recubren en tanto objeto.

Tan separable es una voz de un cuerpo que esta puede, bajo cierto artificio real, apenas alojarse en un cuerpo en calidad de huésped, diría, pero no acompañar el desarrollo de ese cuerpo. Me refiero a un hecho dominante en la ópera barroca, principalmente italiana, que es la institución de los *castrati*, los castrados, cantantes varones con voces de mujer debido a la extirpación de los testículos realizada en la infancia. Este fenómeno se ha explicado mayormente como consecuencia del hecho de que las mujeres no podían cantar en las iglesias y de esta manera podían ser sustituidas por varones con voces de mujer. Alessandro Moreschi, el último de los castrados, murió en 1922. Aquí reencontramos –no sin un tinte dramático– aquella característica anteriormente señalada con respecto a la voz como aislable.

El objeto en la escena pública

Son conocidos los efectos sobre el sujeto cuando se halla sometido a un ojo que lo mira permanentemente. Las experiencias carcelarias en donde los individuos están sujetos a la vigilancia del panóptico consignan, como mínimo, afecciones a nivel de la piel, toda vez que la intimidad está prohibida. Esta queda interceptada por ese ojo que no descansa en su acoso al sujeto.

Hay un fenómeno actual, al cual todos estamos expuestos, que es la presencia de una voz constante emitida a través de radios y televisores en bares, confiterías y espacios públicos. O de doble emisión radial en los taxis. Paradojas del progreso tecnológico. También a nivel de la voz se arruina cada vez más la intimidad en la escena pública. Las voces demandan ser oídas aun cuando, pobres ilusos, busquemos un momento de privacidad en la mesa de un bar. Una estridencia permanente ocupa en forma cada vez más insistente la escena pública: son voces que en general nadie escucha, pero que no dejan de imponerse en el lazo entre los sujetos, ni de impedir la anhelada intimidad.

Lógica y construcción del fantasma

Se pregunta Lacan, en la última parte de su enseñanza: ¿nos despertamos del sueño? Sí, se responde, al fantasma. Vivimos en el fantasma, él configura nuestra realidad.

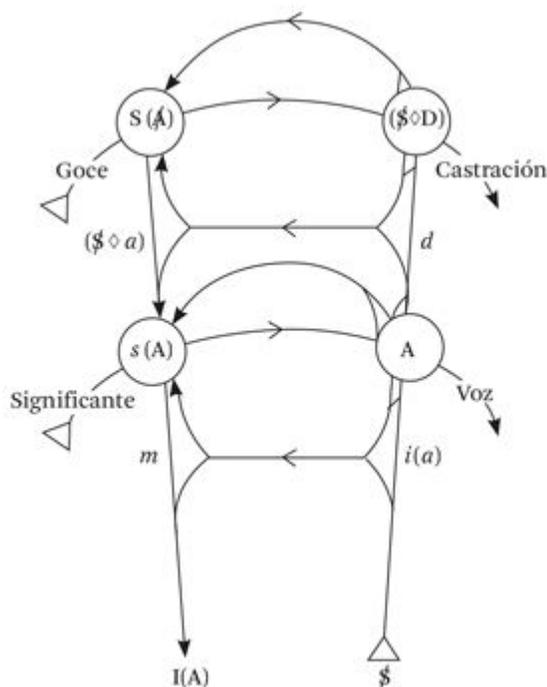
En la primera clase de su seminario sobre el fantasma, (79) Lacan está muy interesado en hacer un enfoque lógico, una lectura lógica del surgimiento del *a*, término del fantasma. Es un objeto lógico, nos recuerda, no es algo de la realidad. En todo caso, nos dice, se recorta del campo del Otro, y luego lo Imaginario se engancha allí, se acumula allí. Cada uno de los hijos viene a ocupar un lugar particular en la economía de goce del Otro materno, en el inconsciente del Otro materno. Tendrá, así, un valor fálico para la madre, y también un valor de objeto inconsciente. El sujeto tendrá que averiguar, en el recorrido de su análisis, ambas valencias en el inconsciente del Otro materno.

El futuro sujeto cae como objeto a , marcado fálicamente –en el mejor de los casos– en el agujero deseante del Otro. Cae ahí como a en tanto tal. (80) Para que este a que el sujeto es inicialmente, campo del Ello, (81) encuentre una escena donde vestirse de representantes y orientarse como deseo, el *infans* hará lo que Lacan ubica como *acting out* sobre el Otro (82) para darse un falso ser en la escena del fantasma.

Los niños hacen transferencia salvaje sobre el Otro, *acting out* –Lacan equipara estos conceptos–, montan la escena para averiguar algo del deseo del Otro que les concierne. Tratan de responder a eso que creen que el Otro demanda: se portan bien, son buenos alumnos –si creen que con esto satisfacen ese deseo–. O por el contrario, al no ubicar un lugar de deseo claro para ellos, se portan mal, molestan, piden así una inscripción en el deseo del Otro. (83)

En el grafo del deseo del sujeto:

Figura 2.2



Arriba a la derecha se escribe sujeto en relación a la demanda, $\$ \diamond D$, el matema de la pulsión. Ya no es el Otro real, es lo que queda

incorporado del Otro: la pulsión. El Otro ha debido demandar primero. Esto es fundacional. Si no hay demanda del Otro, la constitución subjetiva será sumamente fallida. El Otro tiene que demandar para que, de esa demanda, el sujeto extraiga rasgos para armar su propio deseo. En principio, el sujeto responde a la demanda del Otro como eso que cree que el Otro le demanda ser. Ha hecho lectura y ha respondido, esa respuesta podría propiciar que en ella se sostenga el deseo. Sucede que el sujeto hace en general un uso regresivo de esta respuesta fantasmática: se estaciona en esa forma de respuesta a la demanda, con lo que su deseo queda demorado.

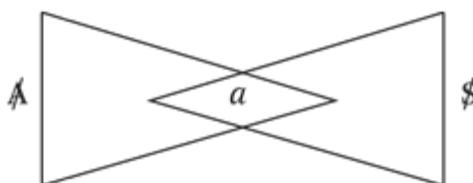
Abajo del matema de la pulsión en el grafo, del lado derecho, está escrito el deseo. Es de esperar que el análisis permita que el deseo esté articulado a la fuerza de la pulsión. Para ello, se deberá hacer pasar por el inconsciente y su falta, $S(\mathbb{A})$, toda figuración objetal del sujeto, de manera que el deseo se sostenga en el fantasma, dejando atrás los restos del Otro que carga el sujeto en posición de objeto. Por eso está anotado debajo del inconsciente y su falta el matema del fantasma. Hago acá una precisión. Lo que el *infans* recorta del Otro e incorpora como unario son significantes que rodean eso que llamamos objeto. Es Ideal subjetivado, tal como el grafo lo anota en el punto de llegada de todo el recorrido, $I(a)$, abajo a la izquierda. Y el análisis, vía el deseo del analista, procederá a separar el Ideal del objeto, (84) lo que abre a otro modo de vivir la pulsión, habiendo desprendido los ideales que restaban como incorporación del Otro. Esto es atravesar el fantasma, aquello que Lacan propone como uno de los criterios de fin de análisis. Sería atravesar el plano de las fijaciones en tanto separar de ellas los ideales que cargan con el peso del Otro, de modo que el objeto pulsional, desfijado, pueda tener otro movimiento, y su fuerza motorice el deseo.

Se entra al análisis por el lado del malestar, a veces de la angustia. Construir el perfil del Otro que habita al sujeto, hacia allí apuntarán los primeros tramos –pensado esto en tiempos lógicos, no cronológicos– de la dirección de la cura. Con “perfil” no me refiero solamente al Otro en relación al sujeto, sino al Otro en relación a su propia historia, a lo transgeneracional. Digamos, no

solo *mi madre*, sino *esa señora* en relación a su propia madre. Esta construcción, que es necesario hacer, abarca, por lo menos, tres generaciones. No se trata de una anamnesis, sino de una construcción con valor de verdad para el sujeto. Si todo este trabajo sobre el Otro es indispensable, lo es en tanto que el objeto que el sujeto se figura ser deviene de lo inconsciente del Otro materno. Y esto hay que construirlo.

La figura del quiasma lo indica claramente:

Figura 2.3



En él se ve bien cómo el objeto *a* surge de esta intersección entre el campo del Otro y el campo del sujeto. ¿De quién es? ¿Es del sujeto, es del Otro? Es de esa intersección. Es de ese campo libidinal armado en ese vínculo.

Lógica del fantasma

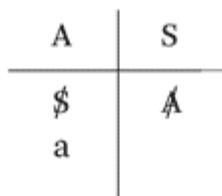
Retomo la pregunta inicial de Lacan: ¿despertamos del sueño? Sí, se responde, al fantasma. Con ello está aludiendo Lacan a la centralidad del fantasma. Él arma la neurosis. Es por eso que en la cura hay que llegar a construir esa instancia para luego –como ya mencioné– descomponer y separar sus partes. Y esto es hacer su lógica: leer aquellos lugares donde el discurso muestra la prevalencia de un objeto que el sujeto se ha figurado ser y el análisis revelará como falso ser. (85) Hacer la lógica del fantasma, nos indica Lacan, es construir el estatuto lógico del objeto *a*. Objeto *a* que surge de una operación lógica efectuada no sobre el viviente, no sobre el cuerpo biológico, sino sobre aquello que en el cuerpo se presta a lo separable, a esas piezas separables, desprendibles y a su vez profundamente ligadas al cuerpo erógeno, mirada, voz,

pecho, heces. Y esta operación dependerá, como hemos dicho, del valor del *infans* para el inconsciente del Otro materno. La teoría analítica clásica ubica al pecho como el primer objeto. Sin embargo, la voz y la mirada tendrían un valor prevalente en la constitución de los objetos pulsionales, no solo por su relación primordial con el fantasma, sino porque ambos interjuegan muy tempranamente en la vida del sujeto a advenir, antes de que el pecho se constituya, por su pérdida, en objeto separado ya del cuerpo del *infans*. La mirada y la voz materna se intrincan desde los inicios en el bebé (86) cuando este sigue con su mirada la zona de donde surge la voz materna.

Operaciones fundantes

En el seminario sobre la angustia, (87) Lacan propone unos esquemas para seguir la constitución simbólica del sujeto. Instituida la prohibición del incesto con las dos líneas del esquema, el sujeto se inscribirá dividido en el campo del Otro. Su inconsciente –del lado del sujeto en el esquema– constituido por el Otro y su falta y, como resto, el *a*, que también figura en el campo del Otro y que no queda cubierto ni por lo Imaginario ni por lo Simbólico. Si ubicáramos un *losange* entre $\$$ y *a*, tendríamos la fórmula del fantasma.

Figura 2.4

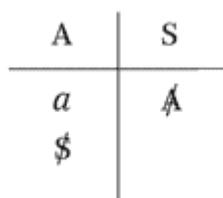


El segundo esquema (figura 2.5) muestra la inversión de dos de los términos. Es el tiempo que matematiza la posición en que el *parlêtre* llega al análisis. El segundo piso, tiempo de la angustia, muestra ese tiempo lógico del fantasma en que la condición subjetiva está demorada y el sujeto consiste en la fijación a un

objeto, garantizando así la completud del Otro. El análisis debiera invertir el orden de esos términos (a , $\$$).

Que Lacan anote angustia (88) en este piso refiere a aquello que sobreviene cuando alguna situación de la vida actualiza para el sujeto su posición de objeto.

Figura 2.5

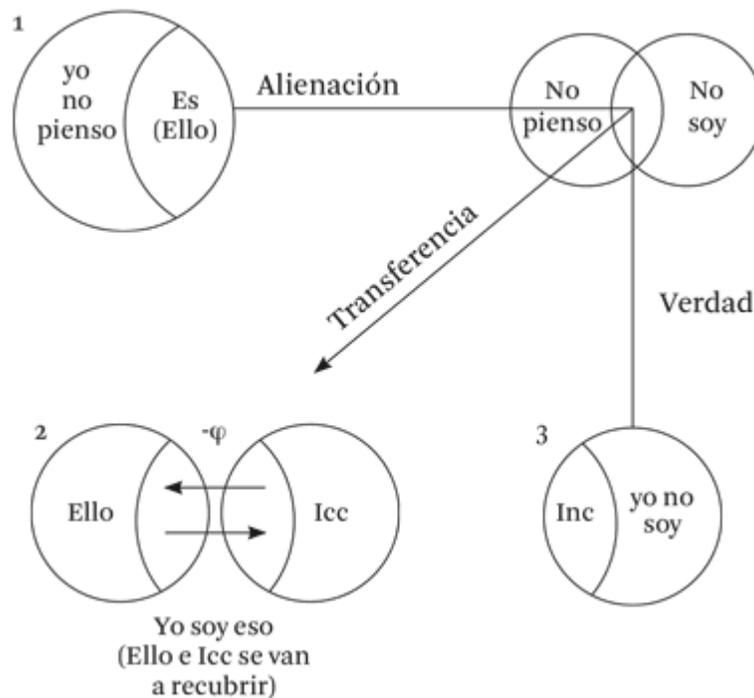


En “El seminario 14”, Lacan trae una novedad: la primera existencia del futuro sujeto es como a . En este seminario y en el siguiente, el del acto, Lacan se apoya en el semigrupo de Klein, figura matemática que le permite mostrar la diferencia topológica entre Ello e Inconsciente. El *infans* se arroja en el campo libidinal del Otro, se aliena ahí mediante el pasaje al acto constitutivo y encuentra un alojamiento como a , lo que le da un ser (véase figura 2.6). Recordemos acá lo que Lacan dice en su séptimo seminario: “El objeto a es lo que el sujeto no es en tanto no es el falo”. (89) Y ese ser de objeto se alojará en la vacuola de goce que el amor materno ofrece, vacuola cuyos bordes serán efecto del significante fálico en la madre. De hecho, Lacan equipara la vacuola de goce con el don de amor. (90)

Se parte de arriba a la derecha, donde el futuro sujeto está conminado a hacer una elección forzosa: o *no ser* o *no pensar*. No puede elegir no ser; es una contradicción en sí misma si de lo que se trata es entrar en la vida. Elige ser sin pensar. *Realiza* con este movimiento la falta del Otro. Es, en términos lógicos, una verificación de esa falta, de esa vacuola de goce donde se alojó. No podemos decir que esta elección forzosa implique efectivamente una decisión del futuro sujeto, es una lectura a posteriori del lugar que como a el sujeto vino a ocupar en el campo del Otro, una reconstrucción lógica del tiempo constitutivo de la alienación. (91) Y

será el análisis el lugar para averiguar qué objeto de goce fue el analizante para el Otro, sin que el Otro lo sepa.

Figura 2.6



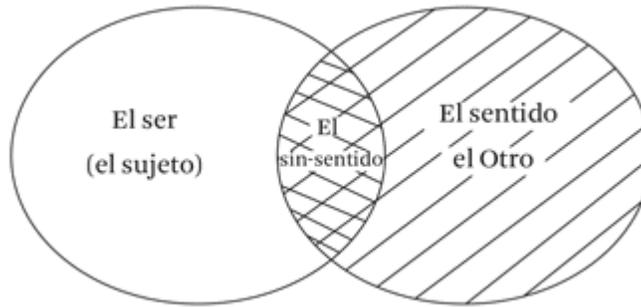
Y ese primer lugar donde como *a* el *infans* obtiene un ser constituirá el Ello, no pensable solo como instancia psíquica freudiana, como polo pulsional, sino como pensamientos que no son Yo: no es Yo (*je*) (92) quien piensa. El Ello se constituye como resultado de la alienación fundante. Lo fundante es que el Otro desea y goza. Si no, no habría sujeto. La argamasa del Ello es Goce del Otro incorporado, silencioso para el sujeto, no tiene representantes, *ex-siste* al significante. Es ese Goce del Otro lo que construye esos pensamientos que no son Yo. La constitución del "yo no pienso" es subsidiaria de la chance que da el Otro de que el futuro sujeto se arroje en su campo porque, como hemos dicho, cada hijo ocupa un lugar diferente en la economía libidinal del Otro materno. Y al sujeto le llevará toda la primera y, a veces, la segunda vuelta edípica situar qué objeto es para el Otro. De este lugar de la

alienación fundante surgirá, entonces, a partir de “El seminario 14”, la constitución subjetiva y el fantasma.

Para que pueda constituirse el sujeto como simbólico, el significante ha debido hacer su entrada en el cuerpo, expulsando el *a* en tanto tal, expulsando ese Goce del Otro que inunda el cuerpo del *infans*. Como Lacan lo muestra con los círculos de Euler en *El seminario 11* (véase figura 2.7), primero el sujeto se aliena en los significantes del Otro, se deja hablar y significar por el Otro, y queda así tomado por el sentido del Otro. A partir de allí, el sujeto en ciernes forcluirá, desalojará, el sentido de los significantes del Otro para encontrarles un sentido propio. Se habrá separado, habrá recortado el S_1 (cualquiera sea él), que hará de límite a los S_2 del discurso del Otro. (93) Y esta separación, segundo momento de la constitución simbólica como sujeto, no se dará sin haber interrogado los significantes del Otro para captar algo del deseo y, aun jugando a su propia desaparición, ir calibrando su lugar en el Otro: comienzos de la identificación fantasmática, primera respuesta al “*qué me quiere*”.

Con los círculos de Euler podemos seguir no solo la secuencia de los pasos de la constitución simbólica del sujeto, sino mostrar también cómo en el campo simbólico no hay sujeto sin que haya, en alguna parte, afánisis del sujeto. Se trata de la división fundamental, la alienación, que nos constituye en cuanto sujetos de lo Simbólico. Y de ella nos recuperamos con el segundo momento, el de la separación, que implica una suerte de torsión, efecto de la forclusión del sentido de los significantes del Otro, para aparecer como sin sentido para el Otro, campo del inconsciente, a nivel de la lúnula. A la inversa, si el sujeto queda capturado en el sentido del Otro, estará afanísico como inconsciente. Esta dialéctica es inherente al campo de lo Simbólico.

Figura 2.7



Con su constitución simbólica el sujeto portará las marcas del Otro, pero habrá constituido su inconsciente. El Gran Otro está incorporado con lo que resta de sus sentidos, de sus ideales, con sus marcas de goce, con el dibujo pulsional que portará el cuerpo del sujeto. El significante fálico ha operado repartiendo los lugares. El Gran Otro es ahora simbólico, habita al sujeto y subjetivarlo será tarea del análisis, pero ya se perdió en su realidad. El Otro con que contamos en análisis es un Otro construido a partir de los significantes con que el discurso lo presenta.

Perdido el goce mítico inicial, entonces, por la operatoria fálica, el sujeto ha construido su realidad humana, la otra cara de su deseo, con el fantasma. El montaje imaginario/simbólico que conforma su realidad es fantasmático. De lo Real presente en este dispositivo fantasmático nos enteraremos cuando el marco fantasmático vacile, vacilación que da paso a la angustia: el sujeto se asoma a su ser de objeto. Lo que da cuenta de que el fantasma es respuesta ante lo Real, defensa ante lo Real.

El fantasma en la dirección de la cura

Retomemos el semigrupo de Klein para seguir con él movimientos en la dirección de la cura. Allí Lacan anota una segunda posición (2), en donde Ello e Inconsciente se van recubriendo por efecto de la castración que trae el trabajo en análisis. En su transcurso, el analizante va subjetivando el “yo soy eso”, su falso ser de objeto. Este trabajo está señalado en la figura 2.8 con la diagonal que dice “Transferencia” y que apunta justamente a ese punto 2. Toda vez que actuamos sin pensar le damos consistencia a las marcas del Otro que nos constituyen y aún

no hemos podido pensar. Todo lo que llega al punto 2 desde la dimensión del “no pienso” es lo que podríamos ubicar como pulsión no fantasmaticada aún. En ella, el sujeto no está representado, no ha podido pensar aún todo aquello que lo comanda como goce y que eventualmente ha coagulado en algún rasgo de carácter o en impulsiones, dimensiones del ser. La intervención analítica, en este nivel, no podrá ser interpretativa porque el sujeto no está todavía representado en significantes. La castración, en este punto, está a la espera. El sujeto responde en la dimensión del “Soy, no pienso”. En el Ello se alojan las huellas del “capricho del Otro”, las huellas del paso del Otro, constituyendo un saber sin sujeto, un saber encriptado que deberá ser conquistado en análisis por el sujeto del inconsciente. *Wo Es war, soll Ich werden*, nos recuerda Freud. Construir en análisis el perfil del Otro que habita al sujeto es el camino analítico cuando el discurso pone en juego la prevalencia de las huellas del Otro que aún no han podido ser pensadas.

Cuando lo que predomina fuertemente es la dimensión superyoica, ha habido lectura del sujeto, este está representado, pero en marcada regresión, se ofrece todo él como objeto al goce de la demanda. Encalla en la demanda, entorpeciendo el camino del deseo. Los mandatos se presentan en su dimensión de signos y el desafío analítico es poder llevar esos signos a la dimensión significativa. La paradoja que instala el superyó es que la obediencia exigida deja al sujeto siempre culpable (culpa que Lacan nos enseñó a leer como culpa por faltar al deseo). Y, al mismo tiempo, al sujeto le resulta imposible desobedecer a esa instancia superyoica que siempre exige más.

Si ha habido poco amor del Otro y el sujeto armó un narcisismo frágil toda vez que no sintió haber representado claramente la falta del Otro, esto nos alerta en la dirección de la cura a efectuar intervenciones no necesariamente interpretativas cuya eficacia habrá sido movilizar, con presencia, lo real del goce. Y, es mi experiencia, no sin poner en juego la castración del lado del analista. De manera que la transferencia no se preste a ser una reedición en acto de ese Otro completo y gozador. Solo esa posición transferencial habilitará al sujeto a atravesar esas identificaciones onerosas para su dimensión deseante.

Quiero remarcar la importancia clínica del trabajo analítico a nivel de este tiempo (2) del cuadrángulo de Klein, (94) donde vez a vez nuestros analizantes trabajan el enfrentamiento con lo que ellos son como objeto. Trabajan subjetivando el “Soy eso”, lo que Lacan llama la positivación del Eso, del Ello, en su juego de recubrimiento con el no ser del inconsciente. “El no Soy no debe desalojar al Ello, sino ubicarse en su lógica.” (95) Porque, cuanto menos se es, se dispone de más libido para el deseo.

Recién cuando lo acéfalo de la dimensión del “No pienso” pasa por el hueco de $-\phi$ –punto 2–, se abre la dimensión significativa en donde el sujeto está representado. En el punto 3, punto del Inconsciente, el sujeto se representa por significantes en un “yo no soy”. Es una posición de apertura a los pensamientos inconscientes.

Lacan siempre subrayó la dimensión de separación que tiene el objeto, y en ello podemos armar una serie que va desde los tempranos juguetes que arman una zona de separación respecto del Otro, hasta los objetos intangibles del fantasma. En la dimensión del inconsciente (3), el sujeto ha recortado el rasgo unario que señala aquello que le da goce al Otro respecto del *infans*. Recortados los significantes que señalan ese objeto, el sujeto se figura ser ese objeto en el fantasma fundamental. Si bien ha habido ahí lectura del sujeto, esta abrocha al sujeto a ese objeto recortado y rodeado con significantes del campo del Otro. Es a lo que nos referimos al decir que el sujeto responde a la demanda del Otro. El análisis apunta a activar esa castración que está a la espera de su eficacia, a producir entonces una falta fálica en el goce que persiste. (96) En esta dimensión, podremos operar interpretativamente porque ya estamos en la lógica del fantasma, donde el sujeto está representado por significantes, ha hecho su propia lectura donde está representado, dirá Lacan, como *falso ser del fantasma*. La intervención analítica procederá despegando adherencias y retornos del sentido del Otro que puedan acompañar a los S_1 que arroja el trabajo del Inconsciente. En el “yo no soy” se escribe el “yo no pienso”. La lectura de la letra en la dirección de la cura es la vía para operar esos desprendimientos.

Figura 2.8



En el análisis –y así lo indica claramente el vector de la transferencia en el semigrupo de Klein– llega al punto 2 lo que se escucha tanto de la dimensión del “yo no pienso” como de la dimensión del “yo no soy” (líneas de puntos en la imagen). Son dos falsedades diferentes: la del Ello y la del fantasma. Y en varias vueltas de escritura, el deseo del analista separa el lugar de objeto del lugar del Ideal de modo que el goce se desprenda y pueda redistribuirse para que el sujeto advenga a su verdadero ser: el de la castración. Cuando se alcanza la verdad de lo que se era con el análisis, esa verdad es incurable, dirá Lacan. Ese objeto de goce que marcó al sujeto constituye una verdad con la que –análisis mediante– el sujeto hará algo diferente. Construir el fantasma es atravesarlo, es lo que Lacan llama caer del fantasma en un *pasaje al acto esclarecido*. Es el tiempo en que la condición fantasmática del sujeto pasa por $-φ$, en que ese objeto en que el sujeto se figuraba ser en el fantasma ha podido ser pensado y trabajado en el análisis. (97) Ha habido subjetivación del objeto del fantasma, lo que precede a su caída.

Todo este recorrido es la puesta en trabajo de una frase muy condensada que trae Lacan en *El seminario 11*:

Si la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y por esta vía, aísla el objeto *a*, lo sitúa a la mayor distancia posible del Ideal, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar. El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte a ese objeto *a* separador, en la medida en que su deseo le permite, mediante una hipnosis a la inversa, encarnar al hipnotizado. (98)

Descompongamos sus partes. La transferencia pone en trabajo la demanda inconsciente que lleva a la repetición. Es lo que está escrito en el matema de la pulsión, la demanda que habita ciegamente al sujeto. Al llevarla hacia la transferencia, se pone en juego desde el inconsciente del sujeto su deseo de ser amado por el analista, su deseo de ser *eromenós*, con lo cual tapona la falta. Esta demanda de amor no es respondida desde el lugar del analista, sino puesta a trabajar. Darle curso a la demanda de hacerse amar por el Ideal encarnado desde el inconsciente del sujeto en el analista encallaría toda la tarea del análisis. El deseo del analista tiende, por el contrario, a separar el Ideal del objeto, a operar la distancia absoluta (sin condiciones) entre ambos, a no encarnar ese lugar de Ideal al que es convocado, única manera de confrontar al sujeto con el significante primordial al que está sujetado. Solo esta posición del analista permitirá desprender los ideales que el análisis irá desgajando del discurso y explorarlos para darles otra eficacia, en tanto estos conllevan valencias fálicas del Otro. Y en ello, la lectura de la letra marcará el camino. Es lo que muestra el discurso del analista donde, desde el semblante, hace aparecer al objeto tanto en su tiempo no fantasmático (punto 2) como en el punto 3, el del inconsciente. En el primer caso, se tratará de llevar el “No pienso” a dimensión significativa, se tratará de ayudar al armado del fantasma, valiéndonos mayormente de construcciones, toda vez que lo que hay en el Ello son marcas eficaces, asociadas por contigüidad, no aún significantes. En el segundo caso, se tratará de hacer que el objeto en el que el sujeto consiste caiga de las redes del fantasma, lo que equivale a su atravesamiento. (99)

Freud estableció tres tiempos para la pulsión. Si tomamos el objeto mirada, los dos primeros tiempos –la vuelta contra sí mismo y

la transformación en lo contrario— se inscriben en la gramática pulsional y es recién en el tercero en el que podemos hablar de la lógica del fantasma, en tanto en él el sujeto se *hace* objeto. Ha podido extraer el unario que indica el objeto.

En la lectura de la posición fantasmática, habrá tiempos de la cura en que el objeto lo goza al sujeto (podríamos escribirlo invirtiendo el orden de los términos del fantasma, $a \diamond \$$), (100) tiempos entonces en que la dimensión del deseo está demorada. Y habrá tiempos en que el sujeto se articulará al objeto ya vaciado operando como causa, lo que dará curso al deseo.

Al ser el dispositivo fantasmático una respuesta del sujeto a la falta en el Otro, esa castración en el Otro es aquello que el sujeto no quiere saber. Lo digo de otro modo: en tanto el sujeto consiste en el objeto que extrajo del campo libidinal del Otro, no se entera en acto de la falta en el Otro, obtura con su ser de objeto esa falta en el Otro, lo hace Otro completo. Paga con su ser de objeto aportando esos fondos al síntoma. El análisis va tallando ese lugar, va ayudando al sujeto a franquear el plano de las fijaciones objetales, aunque, como hemos dicho, hay retornos. Y este franqueamiento no es —repito— sin trazar el perfil del Otro que lo habita. (101)

Un analizante descubre en análisis que trabaja para ser el mejor en todo y le es muy costoso admitir que hay otros igualmente capaces, porque así respondió a la demanda inconsciente de la madre, quien debía competir con su propio y exitoso hermano aunque muerto tempranamente, mediante la ofrenda de su brillante hijo. (102) Una gran conmoción resulta para el analizante cuando descubre su lugar fantasmático: buscaba sintomáticamente su lugar de brillante obedeciendo acéfalamente a la demanda materna que lo habitaba, sin saber que había venido ocupando un lugar de instrumento restaurador de una deuda impaga materna. ¿Qué efectos tiene descubrir esta “traición amorosa”? Que no está obligado a circular siempre por el mismo lugar pulsional, objeto brillante, mirada, lugar ruinoso de lo no castrado del Otro.

Atravesado el fantasma, ¿el síntoma estará solucionado? Digamos que tendrá una consistencia más flexible, no será algo rígido. En la viñeta referida, el sujeto no trabajará siempre de brillante, aunque habrá momentos de retorno. Pero ya será un

sujeto advertido. Advertido de su lugar fantasmático. Habrá caído como objeto de la red fantasmática, en lo que –recuerdo– Lacan llama *pasaje al acto esclarecido* (véase figura 2.8). Caído el objeto en que el sujeto consistía, se habrá destituido subjetivamente de ese lugar.

El desprendimiento de su ser de objeto es, en la puntualidad en que sucede, atravesamiento del fantasma y, por lo tanto, pase: el analizante es analista de su propia posición fantasmática. Caído el falso ser del fantasma, el sujeto podrá hacer circular su deseo en el carril primero de la pulsión. Liberada la fijación pulsional, otro será el modo en que se viva la pulsión. En tanto ya no estará capturada en el ser, será lo que empuja al deseo, su motor.

Un fantasma bizarro

El arrebató de Lol V. Stein, (103) la novela de Marguerite Duras, relata lo que ubico como tres tiempos en el derrotero de Lol, su personaje central, que, si algo sitúan en relación con el fantasma, es su fracaso, su imposibilidad.

El primer tiempo es el del acontecimiento desencadenante: las coordenadas desesperantes de la escena en que un grito se ahoga, una palabra no se articula, una reacción afectiva no se produce. El segundo tiempo, pasada la crisis, es el de la construcción de una vida que se arma como maqueta. Esta parte abarca en la novela diez años. Muerta su madre, Lol vuelve a vivir en su lugar de origen y en su casa de infancia, con su marido y sus hijos. Allí se desencadena el tercer tiempo, cuya primera parte es la errancia, ese dejarse llevar sin saber qué se busca, ese cuerpo sin centro, esa ausencia de objeto que lo ancle. Este tiempo concluye en la imposibilidad de prescindir de la escena de la realidad para armar – diríamos– un pseudofantasma, en tanto requiere el marco de una ventana real para incluirse como mirada en la escena deseante de los otros.

Duras sabe llevarnos de la mano, aunque por momentos nos tironea del brazo, por este doloroso recorrido de Lol, quien también perdió la *a*, letra final de su nombre (Lola), perdió en el sentido de que nunca tuvo la letra de su femineidad. (104) Le seguimos los pasos y súbitamente es Lol quien viene detrás de nosotros. ¿Quién cruzó al otro lado, ella, nosotros? La experiencia con la lectura de esta novela es que el rapto, el arrebató, no deja de afectarnos también a los lectores. El brusco cambio de sujeto gramatical, uno de los recursos de la sabiduría literaria de Duras, nos descoloca, nos desconcierta, como desconcertados están los personajes ante Lol, la *ravi*. Cierta efecto de rareza, de distancia se desprende de las iniciales dentro de los nombres propios (U. Bridge, S. Thala, T. Beach, Lol V. Stein); los nombres compuestos translingüísticamente impiden que nos situemos en la certidumbre de algo inequívoco

(Jacques Hold, Jean Bedford, Tatiana Karl, Anne-Marie Stretter).
(105)

Pero, a la vez, hay otro tipo de “saber” en Marguerite Duras, aquel que le hizo proferir a Lacan, con respecto a ella, la inquietante frase: “No debe saber lo que dice, se perdería”. Es un saber al que Lacan le rinde homenaje y le permite situar la satisfacción proporcionada por la sublimación como algo no ilusorio, sino que, concerniendo a lo Real, produce efectos en el cuerpo.

En el relato todo comienza con la desnudez sin anclaje en la que queda arrebatada (raptada, *ravi*) Lol cuando la mirada de su novio ya no viste su vacío narcisista con amor. Al desaparecer la mirada que le otorgaba alguna consistencia a su cuerpo, este revelará la vacuidad que siempre tuvo. Lol será como un vestido sin cuerpo. Es más, si había un *a* que le daba alguna consistencia, este lo aportaba la mirada de su novio. La tinta con que se escribía esa tenue, frágil consistencia narcisista se borró junto con el desvío de la mirada de Michael.

Será a partir de la escena traumática que Lol, hecha mirada, se prenderá a las parejas de amantes hasta requerir ubicarse, como queda dicho, en el marco real de la ventana del hotel que cobija los encuentros amorosos entre Tatiana y Jacques Hold.

Ese vacío al que se ve reducida cuando queda despojada de la mirada amorosa, la reencuentra con lo que se decía de ella previamente: que nunca estaba del todo ahí.

En el colegio –dice Tatiana–, a Lol ya le faltaba algo para estar ahí. Daba la impresión de soportar con un sosegado fastidio a una persona a quien debía parecerse pero de la que se olvidaba a la menor ocasión. [...] nunca pareció sufrir ni sentirse apenada, nunca se le vio una lágrima de muchacha. [...] Lol era divertida, burlona impenitente y muy aguda aunque una parte de sí misma estuviera siempre ida, lejos de ti y del momento presente [...]. (106) [...] parecía que las posibilidades de sufrir que Lol pudiera tener habían incluso disminuido, que el sufrimiento no había encontrado en ella dónde deslizarse, que había olvidado el viejo álgebra de las penas de amor. (107) [...] Lola Valérie [...], esa durmiente viva, ese continuo eclipsarse. (108)

Breve semblanza que escribe cómo el afecto resbala, no encuentra cuerpo en Lol, cuyo nombre es, irónicamente, el diminutivo de Dolores.

Si en el transcurso de la escena traumática ella es la mirada que acecha a la pareja de Michael Richardson y Anne-Marie Stretter, no es Lol quien mira, no está allí como *voyeur*, dirá Lacan. (109) Ella se realiza en el mirar, queda sumergida en una dimensión real: ¿qué es eso que mira en su mirar? Busca desesperada, arrebatadamente, acechando como mirada, reparar su vacío mirando el cuerpo enfundado en el vestido negro de Anne-Marie, primero, mirando la desnudez de Tatiana bajo sus cabellos negros, después. Desnudez que reemplazaría su propio cuerpo, más que desnudo desanudado, y que le permitiría, bajo la única condición de ser una mirada en el campo de deseo de otros, participar de algo de ese deseo, acceder, bajo este camino alternativo, a una porción de goce fálico. Una y otra mujer, sus cuerpos deseados por el hombre, le darían un contorno para su propio cuerpo vacío.

Si el acontecimiento resulta desencadenante es porque lo que se *desencadena* es la frágil consistencia narcisista de Lol, consistencia que, insisto, solo la presencia de la mirada amorosa de Michael sostenía. Su textura de acontecimiento no se la otorga la supuesta repetición del hecho, sino aquello a lo que Lol se consagra: a rehacer continuamente un nudo, nudo que, paradójicamente, encierra aquello que rapta. Y en esta escena que hará acontecimiento en la novela, sucede algo que preanuncia la gravedad de lo que está en juego. Entra al baile, quejumbrosa, la madre de Lol, increpando, injuriando –queda indecible en la novela a quién está dirigida esta increpación, esta injuria–, y se sitúa de tal modo que hace de pantalla entre Lol y la pareja conformada por su novio y Anne-Marie Stretter. Lol arroja al suelo a su madre, no admite que le oculten lo que desde ahora “debe” mirar. Grita, suplica a la pareja que no se vaya. Cuando esta abandona la escena, es Lol la que cae al suelo desvanecida. Cortada la posibilidad de ser una mirada en la escena de deseo de la nueva pareja, Lol cae de la escena: no se puede sostener allí.

Hubiera sido necesario amurallar el baile, construyendo este navío de luz en el que Lol se embarca todas las tardes [se refiere a la errancia diaria de Lol por las calles de S. Thala, lo que situé como tercer tiempo del relato], pero que permanece ahí, en este puerto imposible, amarrado para siempre y presto a abandonar, con sus tres pasajeros, este futuro en el que Lol V. Stein se halla ahora. (110)

El nudo que Lol debe atar para no caerse de la escena requiere la presencia concreta de la pareja ante su mirada. La escena traumática hace acontecimiento en tanto todo se detiene allí. (111)

Lo que sitúo como el segundo tiempo del relato, tiempo de la maqueta de vida, nos muestra a una Lol desafectivizada, ocupándose como autómatas de su casa y de sus hijos, de su jardín. Todo es desnudo, frío, *Stein*, piedra. No hay marca de estilo propio, la que devendría de los “restos del objeto, producto del goce perdido”. (112) “Lol solo imitaba [...], sus habitaciones eran la réplica fiel de la de los escaparates de las tiendas, el jardín, la réplica de otros jardines.” (113) La imitación es falla de la identificación. Es la mostración, en el terreno de lo Imaginario, de la falla de lo Simbólico. Un orden glacial organiza su casa y su cabeza en ese tiempo. Y el hecho de que el marido de Lol sea violinista juega un papel de sostén de la “estabilidad” de esta maqueta de vida, tal como señala acertadamente Antoni Vicens. (114) Él seguía haciendo sonar música en la casa, música que había cesado al término del baile donde Lol es despojada de su novio por la otra mujer. Vicens ubica el violín y su música como objeto auditivo que se instituyó como partenaire exitoso.

Finalmente, tercer tiempo, en su caminar sin rumbo, Lol busca sin saber qué busca hasta que encuentra a la otra pareja que, a partir de ahora, podrá hacer de prótesis para su fantasma. ¿Cómo encuentra a esta pareja? Sigue, en la calle, la mirada deseante de un hombre, Jacques Hold. “¿Qué es ese cuerpo del que se siente provista de repente?”, se pregunta con agudeza M. Duras. Guiada por la mirada deseante de un hombre, Lol sabe ahora qué mirar, adónde dirigir su mirada. Hay un efecto real: su cuerpo vuelve a sentir. Y es esa mirada la que la conduce hasta Tatiana, quien se convertirá, a partir de ese momento, en “condición” para Lol. Ningún reclamo amoroso a Jacques, que ahora se ha enamorado de Lol, ninguna escena de celos. Todo lo contrario, le pide que no deje a Tatiana, que la siga amando. Ella, Lol, ha de mirar, ha de dibujarse con los contornos del cuerpo de la otra mujer, amada, deseada por el hombre. El fantasma nunca será en Lol un “teatro privado”, que adorne el cuarto del amor, (115) necesitará –y en esto está su bizarría y su inevitable fracaso– la escena de la realidad de los otros

para sujetarse. De hecho, cuando Lol intenta protagonizar la escena amorosa, su fantasma no la acompaña sino que la enreda, no sabe si es ella, si es Tatiana la que está bajo las sábanas con Jacques. El precario equilibrio se fractura.

El tema de la ventana, en este admirable relato de Marguerite Duras, merece un comentario aparte. A través de ella, que le hace de marco, Lol intenta mirar, acostada en el campo de centeno, la desnudez de Tatiana, el amor y el deseo que circula en una pareja. Aunque lo *ravi* de su mirada no transporte una pregunta sino un goce desanudado, que intenta, aun en su bizarría, anudarse en su propio ejercicio. Ventana que enmarca la angustia de Jacques Hold cuando se ve siendo mirado por esa figura en el campo de centeno, angustia de la que se defiende suponiendo lo que sucede como campo de la visión.

No parece ajeno al tema de la ventana su frecuente inclusión en los pasajes al acto suicida como ese borde que el sujeto atraviesa para arrojarse al vacío. El sujeto abandona abruptamente la escena del mundo en tanto no se puede sostener allí historizado, sino como puro objeto. Atraviesa el marco real, la ventana, en una consumación de su condición de resto. El marco fantasmático dejó de funcionar.

El *losange* que enlaza en la fórmula del fantasma al sujeto con el objeto bien puede regular, hacer de marco (como el de una ventana) a la relación entre los dos términos del fantasma. El *losange* condensa por lo menos tres operaciones lógicas: mayor-menor; inclusión-exclusión; y la relación condicional reversible si... entonces. Este *losange* se desarticula cuando acontece la vacilación del fantasma, vacilación momentánea dentro del campo de la neurosis, o no termina de articularse, como en Lol. Porque, ¿cómo articular dos términos de los que no se dispone o, en todo caso, que presentan fallas? Si del lado del objeto ella es una mirada, (116) esta no está en el lugar de causa, es pura dimensión real, no vaciada. Del lado del sujeto, Lol es también aquella a quien le falta *una* palabra, lo que torna su hablar vano. Esa palabra que le falta contamina a todas las demás, escribe Duras. ¿Podríamos los analistas decir de forma más ajustada la falla a nivel del registro simbólico? “Ella ha creído, durante la brevedad de un relámpago,

que esa palabra podía existir. Sería una palabra-ausencia, una palabra-agujero, con un agujero cavado en su centro donde se enterrarían todas las demás palabras”, (117) dice bellamente Marguerite Duras. Esa palabra, “alef”, proferida por Lol hubiera detenido la partida de los amantes del baile en el Casino y ella podría por siempre estar allí con ellos, detenidos los tres en ese extraño barco, en ese extraño fantasma.

Si el fantasma tiene una lógica, esta es la que articula sus dos términos, sujeto y objeto.

De los tres tiempos de la pulsión que Freud introduce a nivel de la mirada, los dos primeros son pulsionales. Recién el tercero, en que el sujeto “se hace objeto”, se hace mirada, es aquel en que podemos hacer la lógica: seguir en los enunciados del sujeto aquellos acentos que nos indican de qué objeto se trata en su fantasma. Para la constitución de lo que conocemos como el matema del fantasma a Lacan le fue necesario avanzar hacia la ubicación lógica del resto, lo que cae como efecto de la operación de separación en el movimiento de constitución subjetiva. (118) Este avance teórico hacia la ubicación lógica del resto permitirá que cuerpo, goce y deseo sean articulables con el sujeto del significante en la fórmula del fantasma. La existencia lógica del sujeto tendrá, en adelante, cercana relación con el resto. A partir de esto, podemos leer la fórmula en su reversibilidad: si sujeto, entonces objeto y/o si objeto, entonces sujeto. Es lo que en Lol se muestra en fracaso.

Dirá Lacan de Marguerite Duras que ella evidencia saber sin él, lo que él enseña. Evidencia un saber que se adelanta a lo que Lacan enseña. Y eso que *sabe* Marguerite es un saber hacer, es un nudo, es su nudo, en el que converge la práctica de la letra con el uso del inconsciente. Y Lacan nos advierte que en el abordaje de una obra literaria no debemos hacer psicología: esto supondría el mismo error que hacer psicología con nuestros analizantes. Se trata, una vez más, de seguir el rastro de la letra, no de comprender. De hecho, es la comprensión de Jacques Hold en relación con Lol lo que – puntualiza Lacan– la enloquece. Digo entonces que cuando la literatura no es mero entretenimiento para el propio escritor, cuando repara la falla de su nudo, solamente ahí, y esto es extensible a cualquier *savoir faire* artístico, se adelanta al saber del análisis. Así

lo dice la propia Marguerite: “Si se supiera algo de lo que se va a escribir, antes de hacerlo, antes de escribir, nunca se escribiría. No valdría la pena”. (119) El anudamiento que comporta el sinthome es un “haciéndose al hacer”; es cada libro, cada cuadro, cada coreografía, cada dirección de la cura, con lo que comportan de riesgo y de apuesta. (120)

74- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 10: La angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

75- Agradezco, en esta primera parte del *collage*, las ideas de Héctor Yankelevich (“La langue maternelle”, en *Esquisses Psychanalytiques*, nº 21, septiembre de 1994), que permitieron darle forma a lo que yo pensaba.

76- Leyack, Patricia, “Notas al pie sobre unas notas al pie”, Biblioteca de la EFBA.

77- Madame de Lafayette, autora de la novela *La princesa de Clèves*, es una de las primeras escritoras francesas que en el siglo XVII escribe sobre el amor y sus penurias, y así da comienzo a la novela psicológica. La referencia de Lacan en relación a la “mordaza infernal”, tanto alude a la imposibilidad de Dora de alojar la pregunta sobre lo femenino en el Otro, como a la propia Madame de Lafayette, cuyo saber sobre lo amoroso femenino tuvo mucha popularidad en su época y, sin embargo, sus novelas se publicaban de forma anónima.

78- Lacan, Jacques, *Escritos I*, ob. cit.

79- Lacan, Jacques, “El seminario 14: La lógica del fantasma”, ob. cit.

80- Lacan, Jacques, “La tercera”, en *Intervenciones y textos 2*, ob. cit.

81- Véase figura 2.6, más adelante en este texto.

82- *Acting out* tomado en su sentido estructural, no patológico.

83- Retomaré esto más adelante.

84- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ob. cit.

85- Lacan toma este concepto de Donald Winnicott y lo emplea con relación al fantasma, tanto en “El seminario 14: La lógica del fantasma”, ob. cit., como en “El seminario 15: El acto psicoanalítico”, ob. cit.

86- Tal como lo trabaja Silvia Amigo en el primer capítulo de su libro *Clínica de los fracasos del fantasma*, Buenos Aires, HomoSapiens, 1999.

87- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 10: La angustia*, ob. cit.

88- La angustia es previa a la cesión de objeto (ibíd.). Y constituye, en la dirección de la cura, la oportunidad para trabajar esa posición objetal y que esta ceda.

89- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 7: La ética del psicoanálisis*, ob. cit.

90- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 16: De un Otro al otro*, ob. cit.

91- Lacan *despatologiza* ciertos términos, para subrayar su costado estructural.

- 92- El *je* corresponde, en francés, a la dimensión del sujeto.
- 93- Me parece interesante aclarar que estas dos presentaciones del tema de la alienación no se anulan una a la otra. La trabajada en *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (ob. cit.) remite al plano simbólico. La otra, trabajada a partir de “El seminario 14: La lógica del fantasma” (ob. cit.), proviene de la fina diferenciación topológica entre Ello e Inconsciente. En el semigrupo de Klein ya no está escrita la separación, aunque esta está lógicamente comprendida en el punto 3, el de los pensamientos inconscientes. En el cuadrángulo de Klein, Lacan anota la Operación verdad, situada en el lado derecho del gráfico, donde el sujeto ha interrogado qué es para el Otro, produciendo una coagulación fantasmática.
- 94- Véase figura 2.6.
- 95- Lacan, Jacques, “El seminario 14: La lógica del fantasma”, ob. cit.
- 96- Esquema extraído de Amigo, Silvia, *La autorización de sexo*, Buenos Aires, Letra Viva, 2014, cap. 5, con algún agregado a mi cuenta.
- 97- Que el fantasma pase por $-\phi$ (correlato imaginario de la castración simbólica) indica que hay pérdida en el narcisismo, que la castración será vivida como pérdida en el cuerpo propio, en las imágenes yoicas.
- 98- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ob. cit., cap. 20, “En ti más que tú”, punto 2, p. 281.
- 99- Véanse trabajos sobre el deseo del analista en *Cuadernos Sigmund Freud*, nº 23.
- 100- Curiosamente, este matema que escribo coincide con el de la perversión. Y le encuentro una lógica a esta coincidencia: Freud siempre dijo que la neurosis era el negativo de la perversión. Y Lacan nos recuerda, ya desde el análisis del fantasma “Pegan a un niño”, que el hacerse objeto del golpe del padre (fase 2 inconsciente de este fantasma paradigmático) connota un goce masoquista, extensible a toda posición de objeto en el fantasma.
- 101- Como diría Gérard Pommier, el sujeto no se entera de la falta en el Otro porque ha sufrido una “traición amorosa” (conferencia dada en el Cenareso, Buenos Aires, Biblioteca de la EFA).
- 102- “No hay tiempo en el inconsciente”, decía Freud. Tres generaciones están concernidas, como este caso pone en evidencia. Los efectos inconscientes son eternos... hasta que el análisis los historiza.
- 103- Duras, Marguerite, *El arrebato de Lol V. Stein*, Barcelona, Tusquets, 1987.
- 104- Véase la intervención de la Sra. Michèle Montrelay en la clase 24 (23 de junio de 1965) de Lacan, Jacques, “El seminario 12: Los problemas cruciales para el psicoanálisis”, inédito.
- 105- De hecho, en su texto “Le ravisement de Lol V. Stein” del libro *Jaques Lacan y los escritores*, Buenos Aires, EFBA, 2007, Héctor Yankelevich dedica todo un apartado al tema de los nombres propios en la novela.
- 106- Duras, Marguerite, *El arrebato de Lol V. Stein*, ob. cit., p. 10.
- 107- *Ibíd.*, p. 16.
- 108- *Ibíd.*, p. 28.
- 109- Lacan, Jacques, “Homenaje a Marguerite Duras, del rapto de Lol V. Stein”, en *Intervenciones y textos 2*, ob. cit., p. 69.

- 110- Duras, Marguerite, *El arrebató de Lol V. Stein*, ob. cit., p. 40.
- 111- Lacan, Jacques, "Homenaje a Marguerite Duras, del rapto de Lol V. Stein", ob. cit., p. 66.
- 112- Vegh, Isidoro, "Las psicosis", en *Matices del psicoanálisis*, Buenos Aires, Agalma, 1991.
- 113- Duras, Marguerite, *El arrebató de Lol V. Stein*, ob. cit.
- 114- Vicens, Antoni, documento preparatorio para la Journée du ravisement, París, Instituto del Campo Freudiano, 2001.
- 115- Lacan, Jacques, "El seminario 14: La lógica del fantasma", ob. cit., clase del 21 de junio de 1967: "El fantasma parece estar ahí como una suerte de muleta, de cuerpo extraño, algo para el uso, que tiene una función [...], subvenir [...] a una cierta carencia del deseo; en tanto que está puesto en juego, interesado, hace falta que lo esté, solo será para dar el paso de entrada, poner orden en la pieza, en la entrada del acto sexual".
- 116- Lacan, Jacques, "El seminario 12: Los problemas cruciales para el psicoanálisis", ob. cit., clase del 23 de junio de 1965.
- 117- Duras, Marguerite, *El arrebató de Lol V. Stein*, ob. cit.
- 118- Si bien en *El seminario, libro 10: La angustia* (ob. cit.) el *a* aparecía como retorno de la inicial *Verwerfung* del ser y como lo que restaba de la constitución simbólica del sujeto en el campo del Otro, es en "El seminario 14: La lógica del fantasma" (ob. cit.) donde ubica al *a* en la intersección de los dos círculos de Euler, en su lúnula central, ahí donde en *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (ob. cit.) había ubicado el inconsciente como el campo del sinsentido (para el Otro). La formalización que aporta "El seminario 14" es que la primera existencia del futuro sujeto es la de objeto del Otro; mediante el pasaje al acto fundacional al campo del Otro, obtendrá un ser. Su ser de objeto cubrirá en principio la falta del Otro. Hará luego el *infans* un recorte del unario que rodeará algún objeto parcial con el que se identificará. Con este paso lógico se habrán echado las bases de la posición fantasmática.
- 119- Duras, Marguerite, *Escribir*, Barcelona, Tusquets, 1994, p. 56.
- 120- También pueden estar en el lugar de sinthome toda actividad que direcciona el deseo en tanto repara la falla del nudo.

3. LO QUE SE ESCRIBE, NO PARA SER LEÍDO... AÚN

Cuerpos tomados

Un prurito pertinaz se acrecienta de noche. Por indicación médica, se le cubren las manitos con guantes antes de dormir. El diagnóstico médico indica *eczema atópico*. La dermatología la define como una enfermedad constitucional.

“Brazo ejecutor del hermano”, así lo define el padre, “brazo armado, a veces” –agrega– y guantecitos de noche “para que no se lastime”. Atópicamente ubicado en el interior de esta tenaza, es Juan, de 4 años, quien queda fuera de lugar. Ubicar lo atópico en el discurso mismo de los padres fue la primera maniobra analítica.

El abuelo materno abandonó a la familia ni bien casó a su segunda y última hija, la mamá de Juan. Dice el padre: “Una vez que apareció un hombre, yo, él se mandó a mudar”. El padre de Juan queda así atópicamente ubicado como “el hombre de la familia”. ¿De cuál? Ciertamente, no solo de la que funda con su mujer. Debe hacerse cargo también de su suegra, su cuñada y un sobrino adolescente, quienes viven en la casa de al lado.

Su cuñada sustrae un dinero en el trabajo y es el padre de Juan quien debe saldar la deuda. La cuñada, avergonzada, no aparece, “no se muestra”.

Ricardo, el hermano mayor de Juan, de 8 años, hace tratamiento psicoanalítico por enuresis nocturna –así dicen los padres– desde los 5 años. Niño cauteloso, tímido, manda a Juan al frente, ahí donde él no se anima. Brazo ejecutor del hermano, dice el padre, avanzada de un deseo ajeno, es así como Juan pone su cuerpo, se pone él en el punto en que el hermano vacila. ¿Cómo sustraerse a esta oferta que se le hace y que engrampa con su tan freudiano “deseo de ser grande”? También Juan paga deudas ajenas. Pero con su cuerpo.

En la primera y única entrevista que tuve con él, Juan arma dos muñecos de nieve con plastilina. Curiosamente, los muñecos no tienen brazos ni manos. Tampoco pies. No son autónomos. Algo de esto le digo: “¿Y qué hacen si se quieren mover, si quieren correr, si se quieren rascar, si se quieren pelear?”. Arma entonces una breve

escena de lucha, donde ambos muñecos quedan estropeados, desarmados, sus cuerpos mezclados y confundidos. Y junto con esta mezcla informe, un punto de angustia: Juan se quiere ir, dice que tiene mucho calor.

Anotemos al margen cómo el registro de la angustia es corporal. Interrumpo ahí la entrevista diciéndole que yo también me sentiría mal si no pudiera moverme sola o cuando quisiera y si al pelearme me desarmara toda, solo que yo no llamaría calor a eso que siento. Diría que me pone un poco triste y un poco asustada.

Supe por un llamado de la madre, al regreso de las vacaciones, que por el momento no iban a iniciar tratamiento, que Juan estaba bastante bien de su problema en piel y que ellos estaban muy atentos a que se discriminara –así dijeron– de su hermano, que se ubicara en *su* lugar.

¿Qué fue lo específico de esta intervención analítica en que la consulta se plantea a partir de una lesión corporal en un niño? Lo “atópico” escuchado como letra, encarnado dolorosa y enigmáticamente en el cuerpo de Juan, se deslizó a distintas situaciones familiares. Juan estaba atópicamente ubicado como brazo ejecutor de un hermano temeroso, tanto como el padre lo estaba en el papel de hombre de la familia... ampliada.

También Ricardo aparecía ubicado –en el relato– como enurético, quedando atópica en este relato su marcada prevención frente al deseo, desde donde convocaba a su hermanito a que lo representara.

Creo que el trabajo con el niño y la familia permitió, a partir de la resonancia significativa de lo “atópico”, que el cuerpo se descargara de ofrecerse como *única* superficie para implantar un exceso que hasta el momento no había sido interrogado.

Cuando el cuerpo está tomado bajo la forma de una lesión psicosomática, habrá que pensar que este responde en su carácter de organismo y no en su carácter fantasmático. La dificultad, en este terreno, es equivalente a la que encontró Freud ante los ataques histéricos: había que constituir síntoma para poder analizar. Había que hacer hablar a las histéricas, sacarlas de la dimensión de escenificación y mostración. El fenómeno dermatológico psicosomático también se muestra, “se da a ver”, aunque este

“darse a ver” no conlleve ningún fantasma atrapado. Es un dar a ver ahí donde no se pudo hablar, donde no se pudo soñar, donde no se pudo jugar, donde no se pudo hacer síntoma, donde no hubo trabajo del inconsciente.

Los fenómenos psicossomáticos suceden como al costado del inconsciente, no son formaciones del inconsciente. Lacan sitúa la ausencia de intervalo entre los significantes de la demanda del Otro, la holofrase, como la falla simbólica que origina la respuesta psicossomática. Al no operar el sujeto del inconsciente en un tramo de la cadena, eso que viene del Otro irrumpe –en términos freudianos– sin la protección de la “barrera antiestímulo”. Al no poder ser interrogado, eso que viene del Otro irrumpe, entonces, como goce. Goce que no se evacuará fantasmáticamente. Será el cuerpo real, no el cuerpo fantasmático, el que quedará afectado, ofreciendo un lugar de inscripción de eso que viene del Otro, como mera cantidad cuando pierde su característica significativa.

Lo que se inscribe sobre el cuerpo real será un jeroglífico del orden de la cifra, y que comporta un goce que Lacan ubica como específico. “El cuerpo se deja llevar a escribir algo del orden del número”, (121) nos dice, y habrá que abordar ese goce específico, apostar a su descongelamiento a través del trabajo analítico, lo que abrirá –eventualmente– la reabsorción de lo congelado en las vías del trabajo asociativo.

Que haya lesión será exigible, aunque no suficiente, para hacer el diagnóstico diferencial con la histeria, con la hipocondría o con trastornos funcionales pasajeros.

Lacan hace una distinción entre una lesión psicossomática y un psicossomático o *el psicossomático*. En este, todo aumento de tensión emocional provoca un recrudecimiento de la lesión psicossomática. Solo el viejo concepto de neurosis actuales, en su rasgo específico de imposibilidad de tramitación psíquica, puede ser eficaz para pensar estos casos. La angustia señal no funciona como posibilitadora de una respuesta psíquica a lo traumático. Estos sujetos exhiben, por lo demás, una pobreza representacional, onírica y fantasmática, que plantea, en sus formas extremas, un límite para el psicoanálisis. Límite que, mi experiencia me informa, no debe ser pensado como las clásicas resistencias, sino como una

identificación del psicósomático a la enfermedad, que le proporciona un falso Nombre del Padre.

Y en la dirección de la cura es importante no promover sentidos, ni intentar desembarazar al sujeto de su lesión, más aún si esta tiene una larga historia y, concomitantemente, una larga historia de recorrido médico. Hay algo del ser que se amarra imaginariamente a la lesión: es el caso de un paciente que se presenta diciendo: “Soy psoriático”, en lugar de “Tengo una psoriasis”.

Otro es el campo en aquellos casos en los que se produce un fenómeno psicósomático aislado que, en el transcurso de un análisis, puede histerizarse. Aquí, el fenómeno psicósomático ataca al sujeto del inconsciente como por detrás. Se trata de fenómenos locales; está presente en ellos la problemática del objeto, no la del significante, son movimientos no represivos. No hay producción de sujeto, hay localización corporal de un objeto de goce. Son reacciones psicósomáticas que se presentan como episodios únicos y puntuales, que acompañan a las estructuras. Lacan advierte que el fenómeno psicósomático comporta una inscripción que no podemos leer. No hasta tanto –propongo– el deseo del analista abra un campo que propicie la reabsorción del fenómeno en las redes del significante. En mi experiencia, a menudo es necesario explorar, en la aparición del fenómeno, el enfrentamiento del sujeto con algo del orden de lo *inasimilable*, que deja puntualmente fuera de juego a lo Simbólico. Es tal vez por ello que Lacan dice que lo psicósomático está profundamente arraigado en lo Imaginario.

Las ocasiones en que los psicoanalistas nos vemos convocados, en la mayoría de los casos, son aquellas en las cuales, armado el circuito, este se fija y se repite. Muchas veces es posible ubicar un lazo especial con alguien cuya proximidad física o mental no es indiferente en la reaparición del fenómeno psicósomático. Evoco aquí el caso de un adolescente con asma desde muy pequeño, y que a los 20 años se fue a vivir a una provincia del interior, donde sus episodios asmáticos desaparecieron. Cada vez que regresaba de visita a la casa de su madre, volvía a sufrir crisis asmáticas. Contra la opinión corriente de que “el aire” de la provincia era propiciatorio para su problema asmático, es interesante aclarar que la opresión respiratoria comenzaba a presentarse en el micro que lo

traía de regreso, antes de estar expuesto al “aire” de la capital. Muchas veces es la separación geográfica lo que produce una suspensión –artificial– de la afección.

Retomando esta idea para las lesiones psicosomáticas, según la cual no es el cuerpo fantasmático el que se lesiona, deberíamos construir un origen en una suerte de goce impuesto al cuerpo, contrario a la satisfacción del deseo, una inscripción directa –así lo dice Lacan– de ese goce del Otro en el cuerpo, toda vez que la función subjetiva ha quedado fuera de juego. En la medida en que ese exceso que viene del Otro no logra ser interrogado, quedamos expuestos a la mera cantidad, cantidad que impacta directamente en el cuerpo. En la medida en que la respuesta a ese exceso no alcanza una dimensión significativa, produce una lesión.

Una niña de 3 años, enviada para una interconsulta pediátrica, presentaba una úlcera gástrica con sangrado, fenómeno muy raro en esa edad. Los médicos no le encontraban la vuelta a esto y reunida con ellos me doy cuenta de que van pasándose unos a otros esta consulta, como si nadie quisiera hacerse cargo. No entiendo muy bien por qué hasta que uno de ellos dice: “Lo que pasa es que la madre es insoportable”. Pregunto qué tiene de insoportable la madre y la respuesta es: “Habla todo el tiempo, es imposible pararla: habla, habla y habla”. Voz imparable de la madre que funcionaba casi como un timbre permanente, sin escansión. La niña no podía interrogar esa voz materna permanente.

Esta no interrogación de lo que viene del Otro está más facilitada en niños por la relación de dependencia al Otro, dependencia que puede, en ciertos casos, deslizarse al sometimiento a los caprichos del Otro. El cuerpo del niño puede quedar así más desubjetivizado, desapropiado, un cuerpo que no queda resguardado por el sistema de representaciones del sujeto. Un chico expuesto temprana y reiteradamente a este tipo de cosas, muchas veces entrega su cuerpo al Otro, ya no registra si siente calor o frío, si tiene hambre o no; queda funcionando casi como cuerpo/apéndice del Otro.

El cuerpo de la lesión psicosomática degradado en organismo y no enlazado a representaciones es experimentado como cuerpo no-propio. El cuerpo de la lesión es un cuerpo ajenizado, extrañado de sí mismo. Por eso Lacan dice: “El cuerpo, en el fenómeno

psicosomático, se deja llevar a escribir”. Una paciente mira noche a noche en el espejo su cuerpo invadido por placas psoriáticas y dice: “Esta no soy yo”. Este dejarse llevar a escribir evoca la “complacencia somática”, si bien Freud recortó este fenómeno para la conversión histérica. Complacencia o sollicitación somática es la traducción del término alemán *Entgegenkommen*, que significa: “ir uno al encuentro del otro”. Encuentro, para la histérica, entre una predisposición patológica somática previa y representaciones reprimidas. Freud también utilizó el término *Entgegenkommen* para referirse al encuentro entre la neurosis y la presencia del analista, cuyo resultado es la neurosis de transferencia, y para el encuentro entre los restos diurnos y el deseo inconsciente del sueño.

No se trataría, en lo que hace al fenómeno psicosomático, como en los casos anteriores, de un encuentro en el nivel del trabajo del inconsciente. Propongo pensar este *Entgegenkommen* en la lesión psicosomática como una complacencia, un encuentro entre el cuerpo como superficie de inscripción, y un goce que, al no mediar la “intervención del inconsciente” –según Lacan–, se espacializa en el cuerpo, se localiza en la lesión, no se evacúa por vía de zonas erógenas, ni se tramita vía fantasma. Es, entonces, un encuentro entre cuerpo y goce que resulta un atentado localizado en el cuerpo.

Quiero, por último, situar mi posición respecto de la psicosomática en la infancia. No creo –como expuse en párrafos anteriores– que el mecanismo de producción de la lesión psicosomática en niños sea diferente del que se presenta en adultos. Lo que sí es diferente es que, por la original indefensión infantil y la consecuente dependencia del Otro, el niño queda más fácilmente expuesto a una cierta objetalización, que puede deslizarse hacia un marcado no reconocimiento del niño como sujeto. La respuesta desde el lado médico, por su parte, puede hacer perseverar al niño en esta posición. En el niño, a su vez, la mencionada dependencia puede hacer obstáculo a la necesaria interrogación de los significantes de la demanda del Otro, para que además de un niño haya un sujeto.

Para el campo médico, la psicosomática traza un límite a su saber. Ahí donde el cuerpo resiste a las terapéuticas, donde las afecciones no remiten, sino que insisten en seguir planteando su

enigma a la episteme médica, ahí los psicoanalistas tenemos algo que hacer.

Una hermosa muchacha de 15 años presenta un incipiente vitíligo en la cara. Algo empieza a suceder cuando se puede detectar el nombre familiar que se le daba a la afección, despegado del diagnóstico médico, que sellaba la cuestión; se la designaba como “las manchas”. (122) Escuchada como letra, esa denominación pudo ser llevada al campo significativo y articularse entonces con una cargada historia familiar entrevista y a la vez negada por la niña. La madre había tenido una hija antes de casarse, *mancha* que se implanta –goce impuesto, dice Lacan– en el rostro de su hija legal, cuya incipiente sexualidad resultaba, para la madre, altamente peligrosa. “Las manchas” resultó una letra en la que ardía esa densa historia familiar. Es interesante comentar que el vitíligo se desencadenó cuando la hija que la madre había tenido de soltera y que vivía en el campo con los abuelos, la media hermana de la muchacha en cuestión, decidió venir a vivir con su madre y la nueva familia materna a la capital. También acá, al dejar de operar la distancia geográfica, lo inasimilable precipitó, bajo la forma del vitíligo, una inscripción directa.

Que el deseo del Otro resulte opaco, indiscernible, al punto que irrumpe como goce, abre la pregunta por la ubicación de la falla, ¿está en el sujeto?, ¿está en el Otro? Esto es en muchos casos indecidible. Aun así, la presencia del Otro puede operar perfectamente como desencadenante del fenómeno psicósomático. No es otra la cuestión que sitúa Lacan cuando, analizando la experiencia de Pavlov, dice: “El Otro está ahí”. Su presencia, sostén de un enigmático deseo, doblemente enigmático para el perro que no puede por estructura interrogarlo, interfiere la necesidad biológica. En esta intervienen una serie de órganos coordinados para una determinada función. Se trata de una organización compuesta, que la inducción significativa descompone.

Que un sujeto esté fantasmáticamente bajo la mirada de Otro, ofreciéndose a su mirada, esperando su reconocimiento, su amor, o temiendo su rechazo, es algo que puede perfectamente recortarse en el discurso de un analizante. En cuyo caso, sueños, inhibiciones, síntomas pueden articularse a ese lugar de objeto pulsional.

Ubicado ese lugar de fijación que detiene al sujeto, la interpretación puede operar propiciando su desgaste.

Bien diferente es el caso en que la carne, en este caso el rostro, *hace mancha* para la mirada de Otro, pero sin la participación del sujeto del inconsciente, sin el sujeto separado de la alienación al Otro. En estos casos, sobre el cuerpo como superficie de inscripción, se implanta un goce pulsional anómalo. Anómalo porque la pulsión se juega electivamente en aquellas zonas de borde corporal ofrecidas por la anatomía y que son las zonas privilegiadas del contacto con el Otro. Así, borde de la zona oral, anal, genital, auditiva, palpebral, o borde general del cuerpo, la piel, configuran el mapa de las zonas erógenas, donde se localiza el sujeto acéfalo de la pulsión. Y el *Drang* pulsional, el empuje, parte de la zona erógena –fuente– y hace un trayecto contorneando el vacío del objeto *a* que cualquier objeto puede ocupar. Y es en el regreso a la fuente que se produce la satisfacción pulsional. En psicósomáticas no hay caída, desprendimiento, del *a* en la medida en que no hay sujeto del inconsciente, sino un goce del Otro no interrogado que se implanta en el cuerpo y genera un cortocircuito pulsional.

En la respuesta psicósomática la fuente –órgano o zona afectada– y el objeto coinciden, configurando así un cortocircuito pulsional, un goce achatado sobre la fuente misma (achatamiento homólogo al de la holofrase, como pegoteo significativo). Se trata del “goce específico”, ya mencionado, que interrumpe la regulación fálica. Si no se produce el efecto sujeto, no hay caída del objeto *a* en ese punto específico. La pulsión no funciona enlazada al deseo, contorneando un objeto extra corporal. Esta no localización del sujeto del inconsciente impide que se pueda dar respuesta al goce del Otro. En la psicósomática vera, más que de respuesta de un sujeto se trata de reacción de un cuerpo.

Todo lo excluido de lo Simbólico retorna, nos recuerda Lacan, en lo Real, en este caso, lo real del cuerpo. ¿Qué implica la holofrase? Que los significantes de la demanda del Otro operan –en un tramo específico de la cadena– en masa. El sujeto no puede descompletar esta demanda porque no ha podido situarse como sujeto del inconsciente, desvanecido entre significantes, en los intervalos significantes. No podrá, entonces, ofrecerse como objeto que suture

imaginariamente la falta del Otro (como es –decíamos– el caso en neurosis). Y es solo el objeto que le falta al Otro el que puede dar cuenta de la pregunta del *che vuoi*, la pregunta del deseo. La falla de la función afánisis del sujeto en la respuesta psicósomática es otra manera de decir que nuestra niña, más bien su rostro, su hermoso rostro, es ofrecido no como lo que le falta al Otro, sino como superficie de inscripción directa –sin dialéctica– de la inducción significativa holofrásica que viene del Otro. La función afánisis del sujeto es la que se pone en juego cuando el sujeto puede jugar a faltarle al Otro, puede interrogar su demanda.

En *El seminario 11*, Lacan dice de la libido que

ser irreal no impide a un órgano encarnarse [...] una de las formas más antiguas de encarnar, en el cuerpo, este órgano irreal es el tatuaje, la escarificación. La incisión tiene precisamente la función de ser para el Otro, de situar en él al sujeto, señalando su puesto en el campo de relaciones del grupo.

Con “las manchas” la niña había situado su lugar en el Otro. La letra materna tatuada en el rostro de la niña situaba –de manera presubjetiva para ella– su puesto en el Otro. Huella corporal de una pregunta no formulada, las manchas hacen signo en el cuerpo de la hija de un exceso del Otro que no ha podido ser interrogado. Colisión entre lo Real y lo Imaginario, en un punto en que lo Simbólico está en falta. Tal la indicación que da Lacan en la Conferencia en Ginebra en el sentido de que lo psicósomático arraiga en lo Imaginario.

En estas afecciones “el eslabón del deseo está conservado”, nos indica Lacan. Se trata, entonces, de un deseo no encadenado, apenas subsiste el eslabón. El análisis, en su función interrogativa tendrá, tal vez, efectos de descongelamiento subjetivo. Así, el deseo, del que solo se presentaba un eslabón, podrá hacer cadena, cadena significativa, podrá articularse. La preocupada mirada materna derramada sobre la hija (vehiculizada en restricciones, prohibiciones y controles a las salidas y, básicamente, al encuentro heterosexual) más la presencia de esta hermana, perteneciente al mismo complejo, operaron como inducción significativa. La falla simbólica –el análisis lo indica– está, en este caso, fuertemente

arraigada en lo que la niña vivía como una paradójal orden superyoica de corte renegatorio: “No sepas lo que sabés”.

Es mi experiencia que en psicopatología en niños y adolescentes, cuando el diagnóstico médico es puramente técnico redobla la holofrase: resulta ininterrogable por el sujeto. Las familias, sin embargo, le dan, en general, un nombre doméstico a la afección. Y es por ese sesgo que se puede, cuando se puede, avanzar. Es ahí donde es posible recortar el latido de una letra que, sorda para los actores, hace eco en el único inconsciente que, en el punto de la lesión, está presente: el del analista. Y si bien Lacan advierte que la inscripción no es significativa, que es un jeroglífico “no para ser leído”, también expresa, como recordamos más arriba, que el “eslabón del deseo está conservado”. Mi propuesta es que se conserva congelado en una letra en el lugar del Otro (“las manchas”, en este caso). Que esta sea, muchas veces, su manera de estar conservado, permite apostar a que el inconsciente del sujeto –la invención del inconsciente, en términos de Lacan– se haga cargo. Un claro avance subjetivo se constató cuando la niña se pudo generar un espacio propio: en el sótano de la estrecha vivienda familiar se armó un escritorio donde pudo dar curso a su gusto por dibujar... y soñar. Su producción gráfica se componía de cuerpos femeninos marcadamente sensuales. Otra comenzaba a ser la superficie de inscripción cuando, sustraída de la mirada materna, daba curso a sus ensoñaciones diurnas.

Cuando el médico, sabedor de sus límites, deriva al psicoanalista, el sujeto sube a escena y el cuerpo puede ir retirándose del escenario. Lo cual se sitúa en la línea de lo que Lacan ubica en términos de “falla epistemológica”, aquella que se produce entre el acelerado avance del conocimiento médico respecto del cuerpo y el paralelo desconocimiento del cuerpo como cuerpo de goce. Aquello que el saber médico excluye retorna en los cuerpos mortificados de la psicopatología.

121- Lacan, Jacques, “Conferencia sobre el síntoma en Ginebra”, en *Intervenciones y textos 2*, ob. cit.

122- El vitiligo es una afección dermatológica en la que se deja de producir melamina en ciertas zonas de la piel, lo que produce manchones de coloración más blanca.

4. EL SINTHOME, UNA ESCRITURA POSIBLE

La disposición sinthomática

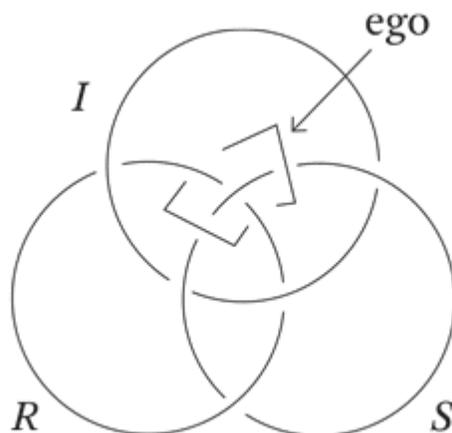
Lo que en este capítulo pretendo indagar no es el *sinthome* que se constituye como efecto del trabajo de análisis, sino aquel que determinadas estructuras encuentran/inventan para responder al exceso, ahí donde la función del Nombre del Padre está en falla. Pueden encontrar así una o varias canalizaciones al goce, que les permite remediar esta *père-versión*, (123) instituyendo con este artificio la falta que permite abrir la vía del deseo. Y me estoy refiriendo específicamente a esas estructuras donde queda indecible si se trata efectivamente de psicosis, dado que no se constató un desencadenamiento franco. En paralelo con la exploración de estos *sinthomes* espontáneos indago también la operatoria del jugar infantil, a la que defino como “disposición sinthomática”.

En el lugar del significante del Nombre del Padre hay, en las psicosis, un agujero. Este significante está forcluido (*verworfen*) de la cadena simbólica. Esto da razón a la estructura. Hará falta, sin embargo, el encuentro con Un-padre en lo Real, en oposición simbólica al sujeto, para que se produzca el desencadenamiento. El sujeto no puede enfrentar a ese Un-padre –no necesariamente el padre del sujeto en cuestión– y ahí desencadena. La pregunta que se hace Lacan, y hacemos nuestra, es si se puede considerar psicótico a aquel sujeto que no ha desencadenado y que parece haber encontrado una manera de “hacer su nudo”, es decir, de mantener las cuerdas juntas –lo que Lacan llama *mentalidad*– aunque haya forclusión del Nombre del Padre. A la altura de la teoría nodal, la función del Nombre del Padre queda distribuida en tres: los Nombres del Padre. Cada registro hace de Nombre del Padre a los otros.

El accidente mayor del significante del Nombre del Padre se muestra en el Nudo Borromeo con la interpenetración de lo Simbólico y lo Real, lo que anula sus respectivos agujeros. El *sinthome* remedia esa falla de lo Simbólico, justamente en el lugar del error. Con este dispositivo se mantendrán los anillos enlazados,

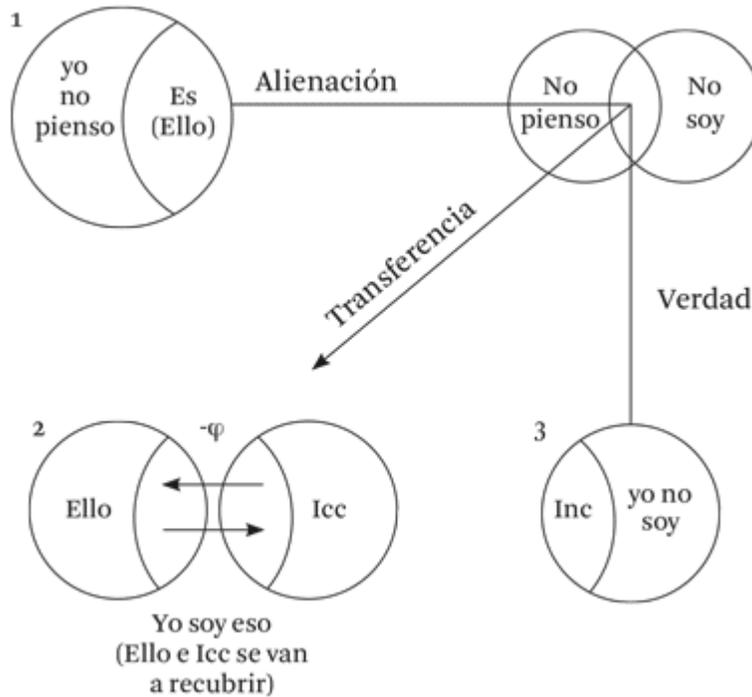
es decir, se conservará la mentalidad, aunque el nudo no sea borromeico. Es lo que Lacan trabajó con Joyce.

Figura 4.1



Cada escritura tiene sus límites. Así, no queda escrito en el Nudo Borromeo lo que sí se muestra en el semigrupo de Klein en relación a la diferencia topológica entre Ello e Inconsciente: que las huellas mnémicas que constituyen el Ello, eso que no piensa yo (*je*), (124) no pasan todas al inconsciente, no todas podrán, entonces, ser trabajadas por la falta, por el equívoco, por lo paradójal. Eso que persiste del Ello, “lo maldito del objeto”, (125) puede tener su lugar – y de hecho lo tiene– en toda neurosis, sin impedir que se constituya el nudo como Borromeo. Pero requerirá darle, con el análisis, un cauce posible a eso que no cesa de no escribirse de lo Real. Y aun habiendo sido trabajado por el análisis, *Eso* insiste enredándole al sujeto los pies. De acuerdo a los tiempos del análisis, distintas serán las respuestas del sujeto.

Figura 4.2



En los tiempos finales del análisis, el sujeto estará advertido y podrá hacer algo con eso, sabrá arreglárselas con su síntoma. Esto requeriría mayor desarrollo, pero al menos adelanto mi postura sobre un tema muy controvertido y discutido que se resume en: ¿con qué se identifica el sujeto al final del análisis: con el síntoma o con el sinthome? (126) Se identifica con su síntoma, pero “tomando sus garantías de la distancia con él”. (127) El síntoma está suficientemente identificado por el sujeto, es lo que más conoce, nos dirá Lacan, y sabrá, al final del análisis, maniobrar con eso, desembrollarlo, *savoir y faire avec* es la fórmula en francés: sabrá arreglárselas con eso. No se trata de una identificación a lo padeciente del síntoma, se trata de tenerlo identificado en tanto se lo conoce íntimamente. Se lo ha trabajado y gastado suficientemente en el análisis. Lo que no excluye alguna repetición puntual del mismo. Esa es mi lectura: la garantía es la distancia con el síntoma otorgada por el trabajo analítico. El sinthome estaría en el lugar del saber hacer con eso que había armado síntoma.

Salvador Dalí carga un muerto sobre sus hombros. La pintura, en el lugar de sinthome, le permite enfrentar ese peso trastocándolo en reapertura permanente de la falta. Si Joyce sufría una *Verwerfung* de hecho, con un padre carente, indigno, en Dalí tal vez se trate de

lo mismo, pero a partir de un padre excedido, que conformando la figura de un padre terrible, goza, entre otras cosas, de un autoritarismo tenaz. (128) Un punto a señalar en este exceso tiene que ver con una falla en la *función de nominación*. El padre no se ha privado de nombrar a Salvador, su segundo hijo, con su propio nombre, el mismo que le donara también al hijo mayor, muerto a los 7 años –antes del nacimiento del pintor– e intensamente idealizado por ambos padres. Si donar el nombre paterno al hijo mayor es una de las marcas del Nombre del Padre en la cultura española, donar el mismo nombre al segundo es poner en acto la renegación de la muerte del mayor. Renegación cuyo costo paga el propio Salvador Dalí III, quien afectado de cargarla pesadamente sobre sus espaldas, dedica su vida a desembarazarse de ese peso muerto.

La desesperación de mis padres se calmó con mi nacimiento, pero la tristeza impregnaba todas las células de sus cuerpos. En el vientre de mi madre yo sentía ya su angustia. Mi feto se bañaba en una placenta infernal, y esta angustia no me ha abandonado jamás. Esa continua presencia de mi hermano muerto la he sentido a la vez como un traumatismo –como si me robaran el afecto– y un estímulo para superarme. Desde entonces mis esfuerzos tenderían a reconquistar mis derechos en la vida, en primer lugar provocando la atención, el interés sostenido de mis familiares hacia mí, mediante una especie de agresión constante [...]. Al nacer puse los pies sobre las huellas de un muerto a quien adoraban y al que, a través de mí, se seguía amando más aún tal vez. Aprendí a vivir llenando con mi amor por mí mismo el vacío de un afecto que no me daban. Así vencí por primera vez a la muerte: mediante el orgullo y el narcisismo. (129)

Nominarlo Salvador pondrá en juego, no el vacío esperable en una función paterna nominante, sino el lleno y pesado de objeto que soporta ese nombre. (130) Salvador luchará toda su vida para apropiarse de ese nombre, para darle vida y despojarlo del peso mortífero. Hoy su nombre es no solo un nombre propio, sino una marca en la cultura: es el resultado de la respuesta sinthomática que pudo dar Salvador Dalí. Atormentado toda su vida por imágenes de ese hermano muerto, de ese otro Salvador, trasciende Dalí, vía su sinthome, la pintura, su propio tiempo de vida. Su nombre perdura ¿inmortal? en su obra.

En el libro *Confesiones inconfesables*, Dalí caracteriza su relación con su medio familiar como de “agresión constante”, la que tomaba la forma de provocaciones al otro, de buscar incomodarlo, captarle

la atención. *Actings*, un llamado al Otro permanente y desesperado es lo que corresponde leer en este rasgo constante de su lazo con el otro en los tiempos de su infancia.

La presencia de la muerte es continua en su texto: “Haber nacido doble, con un hermano de más, al que tuve que matar para ocupar mi propio lugar, para obtener mi propio derecho a mi propia muerte”. Sucede que la muerte nunca hace presente para él la castración. Escuchémoslo: “Lo confieso: me creo invulnerable; quiero durar hasta el último límite para provocar a la divina muerte en su esencia misma”. O, lo que dice de su dolor ante la temprana pérdida de su madre: “Su pérdida la sentí como un desafío y resolví vengarme del destino esforzándome en ser inmortal”. Y luego el salto:

Yo, Dalí, he descubierto los caminos de la revelación y de la alegría, el deslumbramiento de la felicidad reservada a los ojos lúcidos. Participo con todo mi ser en la gran pulsión cósmica, y mi razón la transformo en simple instrumento para descifrar la naturaleza de las cosas y leer mi delirio para apreciarlo mejor.

Una primera impresión de una estructura con rasgos megalómanos se hace evidente en esta breve semblanza: las palabras de Dalí dejan ver que, aun mantenido el enlace de registros por el *sinthome*, el Imaginario muestra una infatuación y una egolatría no acotadas por lo Real ni por lo Simbólico.

Quiero extractar algunas líneas para trabajar. Las que ponen en tensión el jugar infantil y el *sinthome*, y ambos con la sublimación.

En el texto mencionado, cuenta Dalí varios episodios de su infancia en donde la muerte toma parte en sus ¿juegos? Y si pongo juegos entre signos de pregunta es porque esta actividad mostró desde el principio su falla en el niño Salvador. Propongo pensar al juego infantil, cuando está logrado, cuando no solo propicia el tejido RSI, sino también un enlace con el otro, como una forma de *sinthome*, en la medida en que es un saber hacer algo en el espacio de lo real, que encauza el goce y articula el deseo. En los tiempos constitutivos propios de la infancia, el juego, el jugar como actividad, no es mero entretenimiento, es algo serio: construye sujeto. Encuentro que ambos, el jugar, la capacidad lúdica más bien y el *sinthome*, participan de una misma lógica. Son artificios que posibilitan una canalización para el goce. Hasta ahí lo común. La

sublimación, por su parte, reproduce, recrea la falta. Y puede o no asociarse tanto al jugar como a la actividad sinthomática. El sinthome, como decíamos, hace algo con el exceso que no ha sido vaciado, con los detritos de la Cosa. Precisemos. En la infancia, al estar el sujeto en vías de constitución, más que de sinthome constituido, hablaría del jugar como disposición sinthomática. Quiero remarcar que la diferencia entre sinthome, juego y tiempos del sujeto no es pequeña. Del sinthome solo podremos hablar en tiempos en que la estructura ya está constituida y este surge como remedio a sus puntos de falla. Mientras que en tiempos de constitución de la estructura, los niños están aún sujetos a goces actuales del Otro. De hecho, en muchos casos, es justamente la posición del Otro real y, diría, la densidad de lo real del Otro, actual, lo que impide, en ocasiones, que el juego se desarrolle como artificio que evacúa goce. Cuando el juego no puede restar goce del Otro y del objeto, eso que llamo el jugar como disposición sinthomática se trava.

Tanto en Dalí como en Joyce, la estructura está presumiblemente del lado de la psicosis, aunque subclínica. (131) El sinthome, la escritura, como bien demostró Lacan en el caso de Joyce, y –es mi propuesta– la pintura en Dalí, hacen las veces de Ego que anuda la estructura, remedia la falla de anudamiento, mantiene enlazados los tres registros e impide que lo Imaginario se suelte como efecto de la falla en lo Simbólico. La falla del nudo –Lacan también lo llama lapsus del nudo o *sin*, pecado en inglés– produce interpenetración Real/Simbólico, y es restaurada por la escritura en Joyce, por la pintura en Dalí. La mujer como sinthome –Nora en un caso, Gala en el otro– y el amigo íntimo, digo íntimo a la estructura, (132) son otras de las hebras que anudan sinthomáticamente.

Lacan se ocupa de deshacer un equívoco en relación a la sublimación. Y es considerar que esta se plasma solo o preponderantemente en obras artísticas. Él acentúa el sesgo de retrabajo sobre la falta que propicia la sublimación, así lo dice en la clase 13 del seminario “La lógica del fantasma”. (133) La sublimación acaba, termina la tarea de la castración. Le da el corte último a la falta de partida, la de la castración simbólica. Y es en ese sentido que toma su lugar en *cualquier actividad* que vacíe goce,

ponga en juego al deseo y haga lazo con los otros. La transmisión y la práctica misma del psicoanálisis pueden ser, para cada uno, obra sublimatoria, nos dice en la misma clase. No podríamos sostener en Dalí una falta en el punto de partida. Tampoco en Joyce. Si afirmamos una *Verwerfung* del Padre en ambos, no se contaría con esa falta y es a esta acumulación de goce que responde en ambos casos el *sinthome*.

En cuanto al jugar como disposición *sinthomática*

Si hay en el jugar un rasgo esencial es su capacidad de aliviar lo denso del sentido del Otro. Es el juego el que cuestiona al Otro, pasándolo en ese mismo acto al registro simbólico. El juego *lo juega* al Otro, lo pone como personaje explícito o implícito de la escena lúdica y en esa medida desgasta sus sentidos. El juego redistribuye goce en tanto lo resta del Otro y del objeto. (134) Y la sublimación – definida como hasta aquí, retrabajo sobre la falta– puede acompañar al jugar.

El aligeramiento de lo Real que produce el jugar se ve muy dificultado cuando desde el Otro real la donación de amor queda muy opacada por los goces no castrados. La capacidad lúdica del niño Salvador no puede operar sobre esa presencia contradictoria de lo excesivo del Otro y llevarla hacia el terreno de la virtualidad y de la ficción. El desasimiento del Otro que lo habita se ve impedido en tanto es en la propia imagen narcisista de Salvador que esta batalla tiene lugar: en su nombre confluyen el del padre y el del muerto. Su nombre condensa tanto la profunda herida narcisista “de haber puesto los pies sobre las huellas del muerto” como su empecinada decisión de superarla.

El niño Salvador, afectado así en su propio nombre y en su propia imagen por la muerte, ¿juega? no con el objeto ficcional, sino con el objeto de la realidad. Muerde y huele lo real de la muerte. Él mismo nos relata su reacción ante unos animalitos muertos a los que había estado ligado, un murciélago en un caso, un erizo en otro. En medio de un confuso concierto de sentimientos y afectos en los que la

compasión, la rabia, la pena y el asco no dejan de estar presentes, se hace victorioso un *Drang*, que lo empuja a morder y llenarse la boca con sangre del primero, a oler el pestilente cadáver lleno de gusanos del segundo. Algo raro sucede acá: lo Imaginario, dimensión que no admite fácilmente su quiebre, su ruptura, salvo sumergiendo al sujeto en lo *Unheimlich*, lo Imaginario entonces, no hace función de Nombre del Padre a esta voluptuosidad real que lo toma. Y esto ya nos anoticia de una falla de lo Simbólico.

También nos relata otro ¿juego?, el diario imaginarse muerto devorado por distintas clases de larvas y gusanos que van deglutiendo golosamente cada una de las partes de su cuerpo. Aquí es el propio cuerpo el que es imaginado en esta mortal deglución diaria. El salto a lo ficcional parece impedido, los velos imaginarios sobre lo Real se ausentan.

El niño Salvador montaba todo el tiempo escenas, tipo performances, orientadas no a personificar jugando, sino a “hacer que los demás acepten como cosa natural los excesos de mi personalidad y descargar de mis propias angustias creando una especie de participación colectiva”. En esta serie se incluye esconder a diario sus heces en distintos rincones y muebles de la casa haciendo que familia y sirvientes se vieran obligados a buscarlos para desprenderse de ellos. También saltar repetidamente al vacío desde la escalera del patio del colegio, dando gritos, e inmovilizando a sus camaradas, “cada vez que bajaba la escalera, la atención de toda la clase estaba fija en mí, como si yo oficiase; avanzaba en medio de un gran silencio –un silencio de muerte, como suele decirse– manteniendo la fascinación hasta el último peldaño. Nacía mi personaje”. Estas escenas muestran su carácter de *actings*, su desesperada apelación a los otros, su elemento motor, dicho por él, la angustia, y el elemento bizarro: el personaje comienza a ser indistinguible de la persona. No se trata de un juego de personificación, se trata del comienzo de lo que, todos conocemos, constituirá *el personaje* Salvador Dalí. Personaje que fue siendo construido por Dalí en su vestimenta, en su apariencia, en sus actitudes y manifestaciones públicas, a lo largo de toda su vida. A medida que la pintura fue representándolo, no solo sus cuadros, sino su figura misma adquiriría semblante de “obra”.

Retomando la sublimación

Esta, como dije, se puede articular tanto con el jugar como con el *sinthome*. Pero no sin precisiones. Si Freud la situaba como destino pulsional no represivo, que comporta un cambio del fin sexual y un cambio de objeto, Lacan remarca su potencia de proceso que opera elaborando el vacío. Será entonces una operatoria que permite una satisfacción y una redistribución del goce en la medida en que lo resta del objeto. En el proceso de la sublimación, la falta se recorre una y otra vez. La sublimación “parte de la falta y con ella hace obra que es siempre reproducción de la falta”, dice en la misma clase 13. Y en cuanto al tipo de satisfacción que procura la sublimación, dice Lacan en la clase 11 de este seminario, en el repetido enfrentamiento al exceso de goce la sublimación hará algo con él que proporcionará una satisfacción directa, no desplazada, de la pulsión, equivalente al apaciguamiento sexual. (La palabra alemana *Befriedigung*, “satisfacción”, contiene la partícula *Fried*, “paz”.)

En los dispositivos *sinthomáticos* de estructuras como la de Joyce o Dalí, insisto, donde no hay falta de partida, en tanto en uno y en otro suponemos una *Verwerfung* de hecho, ¿qué lugar para la sublimación?

Es en *El seminario 16* donde Lacan centra la sublimación en una operatoria sobre el plus de gozar. Dice allí que su efectuación es un “girar en redondo alrededor de un punto central, en tanto algo no está resuelto”. (135) La sublimación en su actividad de cercar lo que no está resuelto lo constituye, le dibuja un borde topológico al objeto *a* y permite que lo no resuelto, el plus de gozar, pueda virar a un agujero merced al borde que la actividad sublimatoria instituye en su *circare*. Es recién con esta precisión que podemos asociar la sublimación al *sinthome*. Con la sublimación como *circare* ya no se trata, como quería Freud, de un cambio *de* objeto, sino de un cambio *en* el objeto. Y ese cambio es el que opera una transformación de goce: de lo padeciente del objeto como plus de goce a lo liviano y disfrutable del objeto como causa, donde el deseo toma su lugar.

Los testimonios del jugar en Salvador Dalí muestran un fracaso en el intento de producir la redistribución de goce. De niño acusó

tanto en intensidad como en tiempo un demorado goce con la orina y con las heces, lo que equivale a decir fallas en la represión. Tampoco la sublimación concurre a la cita en tiempos de su infancia. Podemos concluir que el único objeto pulsional que se benefició con su propio exceso, en Dalí, es la mirada. Esta pudo encontrar una vía sublimatoria y aportó a la pintura como *sinthome*. “Soy un gozador de imágenes y la pintura es una persecución del éxtasis”, define Dalí. (136)

¿Qué quiere decir Lacan con que el *sinthome* repara en el lugar del error? Por un duelo inacabable, el Otro ofreció un espejo ocupado. Múltiples son los testimonios de Dalí en ese sentido. Es en el lugar de las imágenes, del narcisismo y sus imágenes, donde el drama de Dalí tiene su origen doliente. Y en ese mismo *topos* la pintura como *sinthome* viene a hacer su tarea de corrección en el lugar del error. (137) En él, la capacidad de su estructura de funcionar *sinthomáticamente* no solo se plasma en la pintura, que como artesanía en lo real evacua creativamente el exceso. También Gala, su mujer, le funciona como *sinthome*, que repara su estructura. Él lo dice en sus términos: “Gala me adoptó. Fui un recién nacido, su niño, su hijo, su amante... Gala expulsó de mí las fuerzas de la muerte... No me he vuelto loco porque ella ha asumido mi locura”. O también:

Gala se convirtió en elemento de la catálisis fundamental de mi vida [...]. Gracias a ella puedo decantar mi riqueza prodigiosa para fabricar el diamante de la realidad daliniana. Ella es indispensable para mí, porque gracias a ella puedo fabricar mi elixir, mi gozo y la sustancia de la fuerza que me permiten vencerme y dominar el mundo.

Se da a leer, tanto aquí como en múltiples declaraciones de Dalí, una estructura funcionando, más allá de la insatisfacción propia del goce fálico. “Soy un visionario, una especie de diapasón de la verdad total. Mis intuiciones son fundamentales.” Aquí un narcisismo exacerbado toca el borde de una producción delirante. Y sin embargo, no podemos situar un desencadenamiento franco. Muchos son los testimonios del mismo Dalí que muestran hasta qué punto estuvo tomado por delirios interpretativos. Nunca, empero, la pintura deja de funcionar para él como un sostén que hace que toda su actividad delirante se “resuelva” en obra pictórica, o incluso en

escritos en los que hace de su manía interpretativa un método de conocimiento aplicado a la pintura. El *sinthome*, si corrige, si sostiene, si mentaliza, si encauza, produce efectos en los tres registros. En Dalí, permite un sostén narcisista, aunque sea, como decía, bajo esta forma de infatuación “loca”, ególatra. Especifico: en su caso el Ego-*sinthome* no corrige un narcisismo, sino que da un Ego en su lugar.

Para concluir, propongo que la pintura y Gala, ambas en su lugar *sinthomático*, inventan para Salvador Dalí una zona que le permite rozar lo delirante, pero no naufragar allí. Propongo además que el jugar infantil, cuando está bien situado, y el *sinthome*, sin dejar de señalar sus diferencias en cuanto a los tiempos del sujeto, participan de una misma lógica, en tanto son artificios que permiten evacuar goce. Subrayo que el jugar no es *sinthome*, es, así lo llamo: disposición *sinthomática*. En Salvador Dalí el jugar no cumplía esta función, tampoco lo enlazaba con los otros, tenía siempre el apremio de un *acting*. Recién con la constitución de la pintura como *sinthome* hubo efectos constatables en los tres registros. En lo Real, el goce encontró un cauce; en lo Imaginario, repito, su *sinthome*, la pintura, le proporcionó un sostén, su Ego, ahí donde el narcisismo estaba ausente; y en lo Simbólico, Dalí pudo darse un nombre, o mejor, reinventarse, vía la pintura, el nombre dado por el padre, en el que un destino inapelable se escribía: obturar el duelo paterno por la pérdida del primer hijo.

123- Este concepto de *père-versión* es absolutamente solidario, temporal y conceptualmente, con la teoría de los Nudos. Alude por un lado a los excesos del padre, y por el otro, a una versión-dirección hacia el padre.

124- No hay un *je*, un sujeto que las piense.

125- Feliz expresión de Silvia Amigo en muchos de sus textos.

126- Esta discusión asienta en la homofonía en francés entre *symptôme* y *sinthome*, que da lugar a diferentes versiones de lo dicho por Lacan en “El seminario 24: L’insu que sait de l’une-bévue s’aile à mourre”, ob. cit.

127- *Ibíd.*

128- Después de escrito este texto me encontré con lo que plantea Alba Flesler en su libro *El niño en análisis y el lugar de los padres*, Buenos Aires, Paidós, 2007. Ubica allí tres versiones de la impotencia del padre. Una de ellas, la del padre colérico, que ejemplifica

con el padre de la joven homosexual, bien podría describir la posición del padre de Salvador Dalí.

129- Todas las citas que aparecen en primera persona pertenecen al libro *Confesiones inconfesables de Salvador Dalí* recogidas por André Parinaud, edición EFBA para circulación interna (título original: *Comment on devient Dalí*, París, Laffont, 1973).

130- Los efectos forclusivos no se harán esperar ahí donde un hijo es *nombrado para*. Ahí donde se anticipa un destino para ese hijo.

131- “¿Está loco este Joyce?”, le pregunta insistentemente Lacan a Aubert, en *El seminario, libro 23*, ob. cit.

132- Recordemos el papel del amigo íntimo en la neurosis obsesiva en el Hombre de las Ratas.

133- Lacan, Jacques, “El seminario 14: La lógica del fantasma”, ob. cit., clase 13.

134- Véase Marrone, Cristina, *El juego, una deuda del psicoanálisis*, Buenos Aires, Lazos, 2005.

135- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 16: De un Otro al otro*, ob. cit., clase 12, “Clínica de la perversión”, p. 225.

136- “La alegría será el signo de la transformación del goce, signo de la operación sublimatoria”, afirma Cristina Marrone en el capítulo 16 de *El juego, una deuda del psicoanálisis* (ob. cit.). Claro que en lo “desmedido” de Dalí, la alegría es vivida como éxtasis.

137- Véase el texto de Karothy, Rolando, “Dalí y Lacan” (en *La formación del analista*, Buenos Aires, EFBA-Punto Sur, 1990) toda la cuestión con relación al cuadro *Metamorfosis de Narciso*.

5. LO IMPOSIBLE DE ESCRIBIR

Que lo inaudito no se vuelva inaudible

Antes de esto, decíamos, está bien, tenemos enemigos. Es perfectamente natural. ¿Por qué no habríamos de tenerlos? Lo de ahora era distinto. Era verdaderamente como si se hubiera abierto un abismo... Esto no debería haber pasado. Y no me refiero solo al número de las víctimas. Me refiero al método, la fabricación de cadáveres y todo lo demás. Esto no tenía que haber pasado.

Tomo estas palabras de Hannah Arendt (138) sobre la Shoah, en cuya enunciación se deja oír el efecto de escándalo subjetivo, para situar el exterminio nazi como “acontecimiento”, en el sentido de “hecho fundante”. Hay en la historia un antes y un después de Auschwitz. “Lo peor ya sucedió”, así titula Santiago Kovadloff un ensayo sobre el tema. (139) Que lo peor haya entrado en el terreno de lo posible abre a la posibilidad de su repetición. El “invento” nazi le dio forma a algo que hasta su irrupción no era figurable, no era representable. Lo inquietante de este acontecimiento es que señala el camino para otras aberraciones totalitarias. Lo repetible del nazismo, entonces, es su “ciencia”, sus “métodos”: la dictadura argentina toma como base el nazismo para inventar sus propios métodos de exterminio.

El estremecedor surco que inicia Auschwitz es el de una figuración posible de Tánatos, bajo la forma de una acción destructiva desatada, de un odio que se aboca a hacer desaparecer su objeto, usando para ello fríos dispositivos técnicos.

En el nazismo, la biopolítica se realiza como tanatopolítica. El ideal de raza aria germánica pura que sostiene la “limpieza étnica” llevada a cabo se fue gestando a lo largo de la historia alemana en una espiral ascendente: asimilación, segregación, eliminación. El paso a la eliminación es, tanto en términos vulgares como científicos, una catástrofe, en su doble vertiente de disrupción y de derrumbe. Más aún: una catástrofe de la ética. Un límite se ha atravesado y esto circunscribe un núcleo de opacidad “incurable”, al decir de Primo Levi.

El antisemita “construye” su judío, decía Sartre. (140)

Entre el nazi y su objeto odiado no hay terceridad: la situación se configura de forma tal que una lógica binaria reemplaza por regresión a la lógica ternaria, universo simbólicamente regulado en el que nos movemos. En el nazismo se trata de un maniqueísmo extremo entre “los mismos”, los que hacen serie a partir de un rasgo –en este caso, el oscuro concepto de raza aria pura–, por un lado, y el objeto a eliminar, por el otro. Que esta serie no reconozca una legalidad que la limite es la precondition para que el sujeto, ahora rebajado a la categoría de objeto, quede arrasado y se pueda proceder a su eliminación final. Como sostén de esta lógica, la unción del líder carismático, cuyas palabras son órdenes no cuestionables, en el lugar del amo absoluto y el concomitante funcionamiento en masa del pueblo.

Ya Freud había señalado la cancelación de una función subjetiva en la lógica de la masa. Desentenderse de la singularidad de un pensamiento, de una acción, de una elección es una tentación siempre presente en el sujeto: tentación de ceder la responsabilidad subjetiva e instituir un amo incuestionable. En este punto la alerta debe ser permanente. Es en esta dirección que Alain Didier-Weill (141) advierte sobre el peligro del entusiasmo estupidizante de los totalitarismos, cuyo efecto es una continuada sideración del sujeto, una abdicación de todo pensamiento discriminante, como la suscitada por el significante “Führer”.

Reparemos en la metodología del accionar nazi. No se trata de un odio pulsional desatado que, llevado por su empuje, se dirige a su objeto odiado. Las figuras retóricas por excelencia: “sabandijas”, “piojos”, “cucarachas” no pasan a nombrar a los judíos con la fuerza y la perentoriedad de un recorrido pulsional espontáneo. No, se trata de un odio planificado en el extremo: burocratizado. El primer paso en dirección al exterminio es una operatoria sobre el lenguaje: el nazismo disimula, es más, elide lo aberrante con eufemismos. “El eufemismo convirtió en ‘solución final’ al exterminio de millones.” (142) La función filiatoria de la lengua queda suspendida con el eufemismo. Con esta literalización de los significantes, el nazismo puede operar sobre el judío que su odio “construye” como sobre parásitos, basura, restos a eliminar. El exterminio del discurso

sostiene, propicia y abre el camino al exterminio real y efectivo de los cuerpos.

En esta línea, Perla Sneh y Juan Carlos Cosaka avanzan una tesis: “El nazismo en tanto gramática del exterminio, no es un discurso. Es un exterminio del discurso, una radical y auténtica cancelación del inconsciente”. (143)

Y esto a dos puntas: por lo antedicho, en relación a las víctimas, a las que se les desconoce su dimensión subjetiva y en relación a los victimarios, entre quienes imperaba esa lengua insensata, hecha de órdenes, de referencias forzadas, de abolición de metáforas, de signos.

Partiendo de esta operación sobre el lenguaje, de este Simbólico devenido pleno, que no registra límite de lo Real, ni de lo Imaginario, el nazismo produce una nadificación de la víctima para poder operar sobre ella. Nadificación que esta experimenta como anonadamiento, como arrasamiento subjetivo. La realización extrema del par nadificación-anonadamiento es el “musulmán”, “apelativo con el que los propios compañeros designaban al prisionero de los campos de concentración a quien el horror, el miedo y la humillación habían privado –en palabras de Agamben– de toda humanidad”, (144) de toda intrincación subjetiva. El asesinato de “la metáfora del sujeto”, (145) como lo designa Robert Lévy, (146) es en el “musulmán” obra consumada. (147)

En este ascenso delirante hacia la desaparición en tres pasos: nadificación, muerte real a escala industrial y eliminación de los restos, que inventó el nazismo, hubo, sin embargo, un error de la maquinaria: el sobreviviente. Y su testimonio.

Primo Levi, (148) testigo paradigmático, hizo del testimonio una militancia. Es tal la capilaridad radiográfica de sus testimonios escritos que es necesario, por momentos, interrumpir su lectura para velar el horror: no nos da tregua. Su palabra consigue transmitir ese “malestar incesante” que lo acosaba en el campo y que lo siguió acosando en su vida posterior hasta su suicidio. La responsabilidad de testimoniar es en Primo Levi una negativa, una oposición en acto al arrasamiento subjetivo que la maquinaria de la muerte pretendió instalar. Casi diríamos que es esa decisión de testimoniar lo que lo mantuvo vivo durante la experiencia en el campo.

Hay en el testimonio sobre la Shoah, sin embargo, una laguna, algo que las palabras no alcanzan, ¿cómo testimoniar sobre lo imposible? No obstante, la experiencia de los campos opera para la víctima devenida testigo como un centro irradiante, por un lado inolvidable y por otro irrecordable. Participa, para quien se ve llevado a testimoniar, de esta paradoja.

Primo Levi comenzó a escribir sus testimonios casi compulsivamente no bien salió del campo. Jorge Semprún (149) debió dejar pasar quince años, a lo largo de los cuales Eros veló ese Real desanudado –al decir de Freud–, la ¿vida? en la situación extrema de los campos, y cuando *pudo hablar*, lo hizo desde una zona intermedia entre ficción y testimonio, ese desfiladero que hace estallar la polaridad verdadero/falso, diciendo siempre un poco más y no terminando aún de decir. Su mensaje nos llega con la potencia de la palabra poética.

De la clínica

Al arrasamiento subjetivo radical que impuso el nazismo no todas las víctimas respondieron de la misma manera.

Frente a ese goce arrasador sostenido por una voluntad por fuera de la castración, que operó sobre una masa de cuerpos a los que se les sustrajo su condición de sujetos, hubo quienes quedaron identificados a ese lugar de objeto. Pero hubo también quienes pudieron “mantenerse sujetos”. Con los sobrevivientes, incluso con sus descendientes de primera y segunda generación, (150) la dirección de la cura apuntará también a que haya palabra, a que el arrasamiento sea bordeado y, en vueltas sucesivas, pueda ser ligado, aun sabiendo que, como en todo trauma, habrá algo no susceptible de ser alcanzado por lo Simbólico (“¿Qué hacer con el olor a carne quemada?”, se preguntaba Semprún). La vivencia traumática silenciada pasa como deuda impaga a las siguientes generaciones, en forma, a veces, de gravísimos pasajes al acto, cuando no de síntomas diversos, que solo por la tarea interrogativa del análisis pueden fluidificarse al enlazarse con lo traumático fragmentario, devenido ahora relato. (151)

El arrasamiento subjetivo –la clínica lo indica– tiene efectos devastadores, incluso transgeneracionalmente, si no logra inscribirse. La ética analítica apunta, tanto en la dirección de las curas como en las intervenciones analíticas en el discurso social, a que lo inaudito no se congele en un inaudible.

138- Entrevista a Günther Grass (1964), citada en Agamben, Giorgio, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el Testigo. Homo Sacer III*, Valencia, Pre-Textos, 2000.

139- Kovadloff, Santiago, “Lo peor ya sucedió”, en *Comunio*, año 3, nº 3, Buenos Aires, 1998.

140- Sartre, Jean-Paul, *Reflexiones sobre la cuestión judía*, Buenos Aires, Sur, 1960.

141- Didier-Weill, Alain, *Los tres tiempos de la ley*, Buenos Aires, HomoSapiens, 1997.

142- Kreszes, David, “Filiación y juridicidad de la lengua”, en *Redes de la Letra*, nº 7, 1997.

143- Sneh, Perla y Cosaka, Juan Carlos, *La Shoah en el siglo. Del lenguaje del exterminio al exterminio del discurso*, Buenos Aires, Xavier Bóveda, 1999.

144- Agamben, Giorgio, *Lo que queda de Auschwitz*, ob. cit.

145- Aquello que hace del sujeto, aún, un sujeto humano, más allá de lo orgánico.

146- Lévy, Robert, *Un deseo contrariado*, ob. cit.

147- “Musulmanes” era el nombre para designar a las castas más bajas dentro del campo. Estaban resignados, habían perdido toda voluntad y conciencia, se hallaban sometidos sin reserva a la voluntad divina. Los otros prisioneros los consideraban muertos en vida: estaban totalmente desnutridos, ya ni se paraban, en cuclillas como sombras, comiendo desechos, habían perdido toda dignidad humana. “Musulmán es la forma de vida que comienza cuando termina la dignidad, la vida desnuda (nuda vida)”, expresa Agamben, a la que el hombre, en situación extrema, se ve reducido.

148- Levi, Primo, *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik, 1995.

149- Semprún, Jorge, *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets, 1995.

150- En nuestro país, el trabajo con sobrevivientes de la dictadura o sus descendientes se desarrolla en la misma línea. Sin desconocer, por supuesto, que lo que pasa con las generaciones siguientes, como situación traumática silenciada, no solo está asociado a fenómenos sociales extremos como el nazismo o la dictadura argentina. En diversas historias familiares hay un “no dicho” que puede inseminar sus efectos deletéreos.

151- Sin ser lo mismo clínicamente, sirve quizás como referencia lo que la práctica clínica con pacientes que presentan fenómenos psicósomáticos comprueba: que *en el punto de la lesión* ha habido un arrasamiento subjetivo. Un goce del Otro ha resultado inasimilable y el sujeto ha quedado –en ese punto– fuera de juego. Al no poder ser interpelado por el sujeto, ese goce se ha fijado directamente en el cuerpo.

La dirección de la cura apuntará, como quería Lacan, a “la invención del inconsciente”, a interrogar la inducción significativa holofrásica que desencadenó el fenómeno psicósomático. Apostando al sujeto, al sujeto del inconsciente que quedó salteado en el

fenómeno, recortaremos, tal vez, en el discurso que se despliegue, una letra que, trabajada, redistribuya el goce.

6. LO QUE INSCRIBE LA TRANSMISIÓN

Transmisión y verdad

Un texto no es una suma de citas, es una red arborizada de los restos de otros textos.

JORGE JINKIS (152)

Con el matema del sujeto barrado, $\$$, Lacan nos indicó la división que el *parlêtre* experimenta al tomar la palabra. No sabe desde dónde dice lo que dice. Habla pero hay un saber que se le escapa y no sabe, sobre todo en los primeros tiempos de su análisis, cuál es la verdad del goce que lo apremia. Que sea la cura el lugar para la experiencia del inconsciente quiere decir que la lectura que el analista haga del discurso de su analizante supone que este está afectado por un proceso de escritura inconsciente, lo que equivale a decir que el inconsciente escribe. Escritura que retornará leída produciendo eventualmente una subjetivación –a veces unos pocos trazos pero fundamentales– de las coordenadas de goce que afectan al sujeto. El texto inconsciente solo se conformará como tal en tanto encuentre su lector en transferencia, cuya escucha reescribe lo leído ya por el sujeto. El analista es entonces también *formador* de las formaciones del inconsciente. Toda una concepción de la dirección de la cura está comprendida aquí. Ella proviene de ese innovador estallido, que trabaja Lacan en *El seminario 8*, de la noción de intersubjetividad, la cual queda desechada como efecto de la teorización de la transferencia como “disparidad subjetiva”. En “Posición del inconsciente”, (153) al postular que el analista forma parte del concepto de inconsciente en tanto el discurso le es dirigido, queda establecido ese giro teórico, con enormes consecuencias en la dirección de la cura. La función del deseo del analista abreva necesariamente aquí. No sería pensable la captación instantánea en el polo analista de lo reprimido en el sujeto, y que lleva al acto, sin esta precisión que ubica un solo inconsciente en juego.

Cada vez que hay acto analítico hay transmisión dentro de la cura. Cada analista, trabajado por lo que escuchó como marcas de goce en un sujeto, acentuará una determinada *letra*, en su lectura, letra en tanto localización de significantes que tocarán, aludirán a esas marcas. Lo cual solo será posible si el saber está en el lugar de la verdad, operación propia del discurso del analista.

Pasando a la extensión, cuando intentamos transmitir un caso, algo de la relación del analista con la verdad debe operar. No me refiero solo a la verdad del sujeto a ser leída en la letra, sino también a la verdad del objeto que encarnamos para nuestro analizante. Solo si se pone en juego algo de la presencia del objeto en la transferencia habrá un efecto de transmisión.

Y en este sentido no deja de asombrarme lo habitual que es que una verdad se haga camino muchas veces vía el lapsus. Es frecuente cuando un analista presenta un testimonio clínico ante la comunidad de analistas. (154) Creo que esas verdades a ser leídas en un lapsus en la propia escena de la transmisión ante otros pueden tener muchas veces el estatuto de un *no pensado aún*, de algo desestimado, en términos de Freud. Otras, el efecto de agujerear un determinado semblante. Si no les hacemos oídos sordos a estos lapsus, pueden implicar un avance, en tanto nos interrogan sobre nuestra posición.

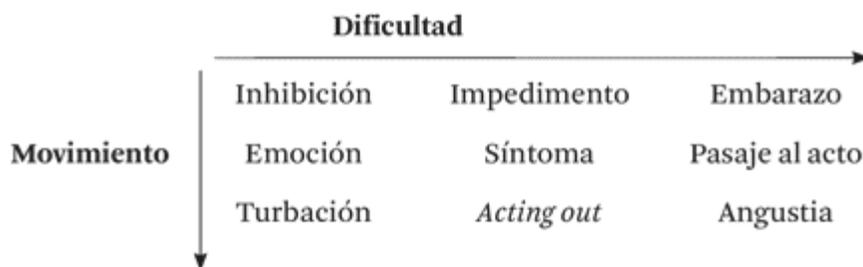
Lacan insistió en indicarnos que si el saber y la verdad parecen presentarse en una relación de división irreductible, solo la topología “resuelve” esta división, mostrando cómo, en una misma superficie (la del discurso), saber y verdad son anverso y reverso de esa superficie.

Una lectura analítica, por ejemplo, puede tocar un punto de verdad del sujeto sin que el analista pueda prever sus consecuencias. “Lo que usted me dijo la sesión pasada me conmovió, me produjo un efecto increíble, me enojó”, cualquiera de estas versiones nos ubica ante lo incalculable de nuestro acto: “¿Qué le habré dicho?”, nos preguntamos. Nuestro propio mensaje nos retorna en forma invertida sin que sepamos identificar cuáles son los significantes de ese mensaje. Hay ahí un agujero. Lo que dijimos fue dicho desde un lugar incognoscible, no es con conocimiento que lo podemos captar. El efecto de nuestras palabras

dio en un centro vibrante porque fueron producto de una lectura, porque, como dije, estamos implicados en el discurso, formamos parte del inconsciente del sujeto. Porque, en el mejor de los casos, operamos desde el semblante de *a*.

En el historial freudiano de la joven homosexual, la mirada irritada del padre cuando encuentra a su hija acompañada de la *cocotte* tiene un papel preponderante en la posterior acción desesperada de la hija. En la lectura que Lacan hace del historial freudiano, la mirada irritada del padre conserva su papel preponderante y le da a Lacan la ocasión de teorizar las coordenadas del *pasaje al acto*. Intervienen en este la identificación absoluta del sujeto con el *a* al que se reduce. El sujeto queda tomado por el supremo *embarazo*. (155) Dirá Lacan que es la confrontación con el deseo del padre como ley incuestionable lo que se presentifica en su mirada y lo que la hace sentirse definitivamente identificada con el *a* y, por lo tanto, rechazada, expulsada, fuera de la escena. A esto se suma la *emoción* que la invade por la súbita imposibilidad de hacerle frente al límite que le pone su amiga. Es en el cruce de estos dos rechazos que la joven, como *a*, pasa al acto.

Figura 6.1



Finalmente tenemos la sorprendente versión dada por la propia joven homosexual en una entrevista que le hicieron dos autoras, Inés Rieder y Diana Voigt. Se publicó en forma de libro bajo el título *Sidonie Csillag, la “Joven homosexual” de Freud*. (156) En ella está más subrayado el hecho de que, durante el paseo con la *cocotte*, la joven ve a su padre en compañía de un colega de negocios con el que se para a conversar. “Seguramente, papá la ha visto y está por

cruzar la calle para exigirle explicaciones. No sabe qué hacer.” Desesperada, despega la mirada de Leonie y la dirige a su padre y ve que este le está dando la mano a su amigo en calidad de despedida. Tiene que actuar. Se suelta de su amiga, murmura: “Mi padre, ahí enfrente”, y corre jadeando en dirección opuesta. Se detiene unos segundos, se da vuelta y se da cuenta, sorprendida, de que su padre no parece haberse percatado de ella, y que acaba de subirse al tranvía que está por partir. Todo el acento en la descripción de la escena que termina en el intento de suicidio está puesto, por la propia protagonista, en el rechazo que le hace la *cocotte*. Cito: “¿Sabe Leonie que toda mi vida sentimental gira solo alrededor de ella, que es una cuestión de vida o muerte que pueda seguir en contacto con ella? ¿Cómo voy a hacer para soportar la vida sin ella?”. Y ahí se arroja desde el puente. En el libro citado queda claro que la homosexualidad de la joven tiene el fuerte subrayado de estar asentada sobre la frustración de amor materno. Ella busca amar y ser amada por una mujer ahí donde le fue negado el amor de la madre. No es el contacto sexual lo que la mueve –de hecho fue diagnosticada por un médico como asexual–, y esto no es una casualidad: lo que llena de libido fálica es el amor materno, es lo que da combustible sexual propio. (157) En el tiempo constitutivo de la entrada en el lenguaje, será muy diferente que la palabra del Otro entre con amor o no. Si entra con amor, libidiniza el cuerpo. (158)

¿Acaso podemos decir que de este desajuste o falta de concordancia entre las tres versiones, la original de Freud, la de Lacan y la de la propia joven, debemos descartar alguna por no verdadera? Todo lo contrario. Lo que sí podemos destacar –y más allá de las tres versiones del episodio de la joven homosexual– es que, aun ajustándose a la letra, cada analista escucha y, por lo tanto, subraya en el discurso desde su propia diferencia. No siempre el deseo de analista prepondera en la escucha. Lo diría así: no siempre prepondera la *posición* de analista, el dejarse tomar, hipnotizar, por la letra del analizante y por su particular disposición transferencial, sin ofrecerle resistencias sino acogimiento y pregunta. A veces es un punto ciego del propio analista lo que selecciona aquello para escuchar. Algo de esto, creo, es lo que

intervino en la lectura freudiana del caso citado. Muy identificado con el padre, Freud dejó caer a la joven, recomendando que siguiera su análisis con una mujer, luego de interpretar que con sus sueños mendaces ella lo intentaba engañar como hacía con el padre. Haberla confrontado con su doble discurso, diferente a discurso mentiroso –decía que le gustaban las mujeres pero soñaba que se casaba y tenía hijos–, hubiera sido, me parece, el camino. Sin embargo, de este “error” freudiano los analistas seguimos aprendiendo. Es un error fecundo. No empaña la relación de Freud con la verdad, ni su honestidad intelectual. Y tampoco el saber que le permitió elaborar a partir de lo escuchado. Es de notar la aguda perspicacia freudiana en la “radiografía” que hace de la posición de la madre de la joven en la entrevista inicial con los padres. Freud registra el exacerbado narcisismo de la madre, que la lleva a rechazar a su hija mujer, a retirarles el amor, y la clara preferencia de esta mujer por sus hijos varones. Sin embargo, nada de esto fue “escuchado” en la clínica con la joven. Cuando ella se quejaba del desamor materno, Freud le imponía el Edipo femenino como cliché: es la niña la que odia a la madre porque pretende ocupar su lugar al lado del padre. (159)

Creo estar girando en torno de lo que Lacan dice, tanto en “La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis” (1955) como en “La ciencia y la verdad” (1965): (160) que no hay metalenguaje, que ningún lenguaje puede decir lo verdadero sobre lo verdadero, que la verdad solo puede fundarse en el habla. Es su famosa fórmula “Yo, la verdad, hablo”. En “El sinthome”, (161) clase 6, Lacan dice: “Lo Real se encuentra en los embrollos de lo verdadero”. Se trata de lo Real anudado a lo Simbólico, a los embrollos del discurso, lugar donde puede despuntar lo verdadero porque es hablando que se enlaza algo de lo real del goce. (162) La verdad del sujeto se dice como verdad cuando bordea lo real del goce. Entonces, la letra. Nuestra clínica es una clínica de la letra porque en el decir despunta un borde real que hace del decir verdad y eso debe ser recogido en la lectura. Como decíamos antes, la verdad de lo real del dolor y el sufrimiento de la joven homosexual quedaba desoída en la lectura analítica. En Freud esta verdad no era reconocida en la letra, quedaba desarticulada de los embrollos

del decir porque el cliché edípico impedía su articulación. Siendo imposible que un lenguaje pueda decir lo verdadero sobre lo verdadero, siempre se tratará de un *medio decir*. Es en este punto que Lacan ubica los nombres propios: solo estos podrán, cada vez, hacer algo con esa imposibilidad de decir lo verdadero sobre lo verdadero. Y esto no es otra cosa, me parece, que un estilo, y no me refiero a su aspecto literario sino a la máxima diferencia, al desprendimiento radical del Otro, a aquello que da testimonio del trazo que representa al sujeto, fundamentalmente porque recoge la travesía con relación al objeto. (163) En el nombre propio la verdad habla, se dice, no en el sentido de dar garantías sobre lo verdadero, sino en que lo dicho se funda en una enunciación singular, en un decir. Se trata de un modo del decir que es propio. Es en ese sentido que digo “estilo”, un modo en el decir que enlaza algo de la verdad porque hace patente la presencia del objeto en su función de causa, dándole arquitectura singular a ese decir.

Veamos las diferencias en el estilo de transmisión de los nombres propios: Freud y Lacan.

Descartes había postulado que solo podemos –mediante el pensamiento– saber del mundo, pero que la verdad era patrimonio de Dios. Al romper la sinonimia entre Dios y verdad, Freud hace un movimiento inverso: instituye una articulación entre saber y verdad. Freud deja hablar a la verdad bajo el nombre de inconsciente. En lo que atañe a la transmisión de la verdad del caso, Freud apuesta a la ficción. Pone en acto así lo que Lacan dijera primeramente sobre la verdad, y es que ella tiene estructura de ficción. Él transmite sus casos en un entramado de saber que permite, aquí y allá, irrupciones de la verdad. En algunos tramos, como dije anteriormente, obtura su emergencia en los “embrollos del decir” de sus pacientes. La necesidad del fundador de establecer la teoría como verdad ponía, por momentos, en suspenso su deseo de analista.

La pregunta es por qué Lacan no apeló a la ficción novelesca entramada con el relato de casos para transmitir el saber del inconsciente y las verdades a él articuladas. Hay una razón de orden práctico y coyuntural. Y, sobre todo, de resguardo de las

transferencias: muchos de los asistentes a sus seminarios eran sus propios analizantes.

Lacan decidió entonces no hablar *sobre*. Quiso hablar *desde*. Enigma y agujero confluyen en él a través de las metáforas, las inconclusiones, lo inesperado. A través, en definitiva, de lo poético. Desecha, salvo alguna referencia suelta, el relato de casos propios. Avanza, sin embargo, en un sendero al que muchos, y por los mismos motivos de resguardar las transferencias, aportamos: tomar personajes de la literatura como casos clínicos. La innovación de Lacan en cuanto a su transmisión, atento al eje saber y verdad, le otorga al estilo un valor enunciativo, agregado al enunciado. Apuesta a que su propia división cuando toma la palabra tendrá efectos subjetivos en los lectores. De hecho, en *El seminario 16* (164) dice claramente que el saber se produce como en un relámpago, que los significantes que desgrana el discurso del analizante son hasta un cierto punto opacos. Y de golpe –como en un relámpago– configuran, merced a la escucha analítica, un saber en tanto articulan una verdad. Su estilo de transmisión, aunque no relate detalladamente un caso clínico, es congruente con esto.

Freud se esfuerza, entonces, por ofrecer un material claro que convenza, que gane al lector, que la verdad del hecho clínico *pase*, llevada por su propio esfuerzo literario. Debe instalar el discurso psicoanalítico en un medio hostil. Lacan, cuya producción surge en un momento en el que el discurso psicoanalítico ya está instalado en la cultura, se propone revitalizar ese discurso, y lo hace con un estilo que suscita una división en el mismo lector. Si el estilo en Freud invita al lector, en Lacan lo desafía, lo incomoda y lo hace trabajar: atravesar las barreras de nuestra *debilidad mental*, (165) ejercitar lo Simbólico y también dejarse afectar por lo real de su escritura. El lector de Lacan tiene que poner de su parte, tiene que volver a leer, tiene que tratar de entender, tiene que atravesar el descentramiento que su discurso produce, tiene que habérselas con el enigma. Digamos que con su propio estilo Lacan realiza, pone en acto, lo que dijo del estilo, prolongando la conocida definición de Buffon: “El estilo es el hombre [...] al que nos dirigimos”, (166) y esto tanto cuando analizamos como cuando transmitimos en la extensión.

La transmisión escrita de la clínica es uno de los pilares de la formación del analista. Es también –y a veces principalmente– escribiendo su experiencia como el analista da razones de su práctica. En esto, por supuesto, hay tiempos. Si hay transmisión es, me parece, porque el escrito transporta, vehiculiza una diferencia. Es la transmisión de aquello en lo que estará jugado un sujeto. Y que se leerá en el *decir*. Esto es bien diferente al escrito que más que transmitir la diferencia en el *decir* de cada analista, designa la *pertenencia*. Tiempos estos en que el escrito del analista se viste con discursos prestados o, más precisamente, aún no apropiados, tiempos en los que predomina la dimensión imaginaria. En el *decir*, en cambio, se instituye la diferencia y es el *decir* el que opera la transmisión. Un texto entonces puede inscribirse en el margen de la *reproducción* o en el de la *productividad*. En el primer caso, lo importante es designar la pertenencia. En el segundo, el texto mismo produce, opera como causa de trabajo. (167)

En tiempos iniciales de la formación del analista, el autor citado en sus textos está demasiado presente, a veces reverencialmente presente. Son tiempos en que la palabra que el analista toma para escribir es aún del Otro. Cuando la verdad se haga camino, será la verdad de la enunciación, que dará lugar a la transmisión. Así, vuelvo a decir, una de las dimensiones de la verdad que tendrá que estar presente en los escritos clínicos es la dimensión de la letra, que litoraliza lo real del objeto en los significantes del sujeto. La otra requiere que el analista pueda reconocer su papel en la transferencia, su lugar de semblante y cómo lo hace jugar en la clínica que transmite. El texto nos hablará entonces no solo del “caso”, sino de la articulación transferencial del analista con el sujeto en análisis. El analista, su presencia, estará jugada en el escrito, habrá, entonces, un mayor efecto de transmisión.

La meta quizás es que la transmisión, guiada por la verdad de la enunciación, por lo tanto por el deseo, sea la transmisión de un estilo, que no hay que homologar a lo que es un estilo literario, sino a aquello que testimonia el recorrido que va del Otro al sujeto, estilo que tendrá la impronta del objeto.

En la tarea de la transmisión nos topamos, sin embargo, con un imposible de transmitir. Transmitir, entonces, es bordear ese

imposible. Lacan llegó a decir que el psicoanálisis es intransmisible (168) y que, en algún punto, cada analista está obligado a *reinventarlo*. (169) Entiendo por reinventar hacer una interlocución con los textos, trabajar la cita, trabajar las ideas del autor que leemos, del texto que subrayamos, algo así como escribir en los bordes, en los márgenes de ese texto hasta que los márgenes pasen al cuerpo del texto y lo reconstituyan. La reinención pasará, también, por la manera singular de articular la teoría a la clínica –en la escritura o la enseñanza–, en el punto donde el analista recorta un cambio en la posición subjetiva de su analizante. El llamado a la reinención es un llamado a la enunciación, a que cada analista juegue su respiración personal en la transmisión, a que haga jugar en su decir los significantes de su propio deseo.

El susurro de la castración

Reinventar el psicoanálisis (170) implica un desafío a la exigencia de cientificidad que le hacen sus detractores. Estos enarbolan la Ciencia, así con mayúscula, como criterio único de verdad. Desde esa orilla, se podría pensar que nadie en su sano juicio puede pedir para el psicoanálisis una inscripción en el discurso científico si se propone que cada analista se vea forzado a reinventar “la manera en que el psicoanálisis puede perdurar”. (171) En cambio, desde el interior de este discurso, el psicoanalítico, la invitación que nos hace Lacan a la reinvención –si bien es algo a lo que llega luego de haberse decepcionado con el pase como dispositivo posible para investigar la transmisión– es una invitación que está absolutamente en línea con que cada analista asuma su propio estilo. “Hagan como yo, no me imiten”, podría ser una de las graciosas –pero no por eso menos ajustadas– propuestas que en ese sentido formula Lacan. Es la invitación a que en el estilo de cada analista se deje oír su enunciación singular, tanto en la intensión como en la extensión, lo que da cuenta en ese analista del trabajo de la castración. Son entonces los significantes de su propio deseo y la enunciación que los acompaña, los que hablan de su estilo. Y con estilo estoy aludiendo a que hubo un tránsito analítico en relación al objeto. Porque –es obvio decirlo– la posibilidad de reinventar el psicoanálisis a la que nos invita Lacan es absolutamente subsidiaria del hecho de haber atravesado un análisis. Es como si nos dijera que la transmisión –insisto, en la intensión y la extensión– surge, se apoya, emana de aquellos centros vibrantes de lo que cada uno extrajo de su propio análisis. Me refiero a los efectos de verdad que cada cual vivenció en los avatares analíticos del atravesamiento del propio fantasma.

En tiempos de la “Proposición...”, se esperaba del analista que en el pase testimoniara su pasaje de analizante a analista. Ahí habría transmisión. Once años después, en el cierre del congreso de la EFP, Lacan se desespera por tratar de aprehender –y a eso apunta la transmisión que él espera de los testimonios– cómo, de

qué manera, un analista sabe curar una neurosis. Opta por decir que se trata de un truco. ¿Una apelación a la magia? Carlos Ruiz (172) lo entiende como “efectos especiales”, como los del cine, y me gusta esta manera en que sitúa el truco, dado que tiene que ver con la pregunta de Lacan de cómo se pueden transmitir las operaciones por las cuales alguien se cura en el marco del trabajo con el significante. Llega a decir que el significante es del orden del *sinthome*, y por eso opera, produce “efectos especiales”. “Tenemos la sospecha de la manera como puede operar [el significante], por mediación del *sinthome*.” (173) Y termina su alocución de cierre del congreso de la EFP con una frase que es una síntesis de aquello a lo que apunta su enseñanza con respecto a la transmisión: “Cómo comunicar el virus de este *sinthome* bajo la forma del significante”. Recordemos que *sinthome* es la manera antigua de hablar de síntoma (174) y que, en tanto cuarta cuerda, remedia la falla en la estructura. Esa falla, que no se disuelve solo con palabras, sino que requiere un artificio real-simbólico. Que ese *sinthome* tenga un virus y que esto es lo que, vía el significante, el sujeto debe llegar a saber hace a su fin de análisis. Hace también, como nos dice Lacan, al esfuerzo de su enseñanza y a lo que él espera que los analistas transmitan en el pase. Si concluye que el análisis es intransmisible no es en absoluto una puerta que se cierra. Es, por lo contrario, una puerta que se abre, en tanto que a partir de esta precisión, se nos invita a *reinventar* el psicoanálisis. En otras palabras, a tratar de dar cuenta de lo más singular de esta práctica, de la operación de la función del deseo del analista. ¿Es transmisible eso? *No todo*, por supuesto, pero cada uno puede cercar algo, puede bordear algo de esa operación cuando intenta dar cuenta del efecto de un análisis. El significante, *forzados* u *obligados* a reinventar en la apelación a los analistas, es del orden de lo necesario, explicita Lacan. Y esta reinvención, queda claro en sus palabras, proviene del tránsito por el propio análisis, de lo que cada uno ha logrado, como decía, extraer de su propio análisis.

En su texto, Carlos Ruiz nos dice: “Había pensado titular este trabajo ‘Fin de la transmisión’, jugando con la frase con que se cerraban a media noche las transmisiones radiales para dar tiempo a realizar los ajustes necesarios para la transmisión del día

siguiente”. (175) Que un maestro de lógica como era Carlos haya dejado en su texto lo que desechó como título, no puede ser descuido ni casualidad. Cambió el título pero no el tema de la pausa, pausa para tomarse un tiempo en relación a cómo entender “el golpe que debe dar el analista y que es *levantar el síntoma*”. Donde Carlos Ruiz se toma un tiempo es en cómo entender este *levantar*. (176) Y se toma un tiempo, no por un preciosismo de traductor, sino porque en este levantar estaría el “truco” a transmitir de cómo cada analista sabe curar la neurosis. (177)

En 1964, en el acta de fundación de la EFP, Lacan le da un lugar central a la transferencia de trabajo como operador de la transmisión en la enseñanza. Puede haber enseñanza sin más, muy habitualmente la universitaria, cuando se reduce, por ejemplo, a poner en juego la voz del amo frente a la masa que recibe su palabra. Es la estructura de la psicología de las masas, que no propende a la transmisión sino a la identificación. Para que haya transmisión debe haber transferencia de trabajo. Es, me parece, lo que Lacan ubicó cuando dijo que desde el lugar de enseñante él hablaba como analizante. Es decir, por fuera de la posición de profesor, más bien como alguien que va buscando su tema, va inventando las avenidas, los cruces, los *impasses*, los puntos de conclusión durante el dictado mismo de su seminario. Al igual que el sujeto en análisis, está dividido; y lo que ofrece en su discurso enseñante lo ofrece a la lectura. (178) Digamos que la falta circula por esa enseñanza, lo que es un resguardo para que haya transmisión. En la cura, el trabajo de la transferencia conduce el análisis; en la enseñanza, la transferencia de trabajo se ejerce sobre la enseñanza, no sobre la persona. Y si hay transmisión, no será entonces sin transferencia. Será una transmisión del saber del inconsciente que, como decíamos, dejará entonces, también, pasar la falta.

“Lo que me salva de la enseñanza es el acto” decía Lacan. (179) Se trata del acto en la posición del analista, punto de cruce entre la transferencia de trabajo, la enunciación, la lectura, la singularidad, el estilo: lo vivo del deseo que anima lo que, se sabrá a posteriori, habrá sido una transmisión. A veces las reiteradas lecturas neutralizan la captación de algo que es de una audacia admirable:

ubicar el acto en la posición del analista al enseñar. No otra es la explicación para ese estilo tan singular en la enseñanza de Lacan. Ese estilo que incomoda, que no propende a la comprensión, que opera por cortes, que obliga a la relectura y sobre todo a una lectura por pliegues de un párrafo sobre otro, de un texto sobre otro. Es decir, a que, como ante el discurso analizante, hagamos un trabajo de lectura. La audacia, repito, es tratar de hacer jugar en su mismo estilo de enseñanza la operatoria del acto, que, como en la cura, produce trabajo en el otro.

En su enseñanza Lacan no nos invita a la exposición del cuadro, nos invita al atelier del pintor, a su trabajo de composición. Y en él se abren varias vías, varios trayectos, no siempre conclusivos. En el atelier la propuesta es meter las manos, ensuciarnos con los materiales, es pintar –a partir de la implicación del analista Lacan en la enseñanza– nuestro propio cuadro. O mejor, el cuadro de Lacan con acento propio.

También es exigible la transferencia de trabajo entre los miembros de un cartel o de un grupo de investigación para que algo de la transmisión tenga lugar. Y, está de más decirlo, la transferencia es pilar del análisis para que el discurso del inconsciente se active. Esto en términos generales. Ahora, si tuviera que situar dónde hay transmisión dentro de la cura, diría que es en el acto, en su puntualidad. Ahí, el sujeto en análisis, por efecto de la interpretación, hace la experiencia de un descentramiento del sentido, de una tribulación, de algún instante, por mínimo que sea, de despersonalización, que da lugar a un nuevo efecto de sentido. Algo ha sido tocado, alcanzado: el acto, en su efecto de corte, produce transmisión. ¿Transmisión de qué? De la patencia de la función del deseo del analista, que ha podido conmover algo y juntar al sujeto con una verdad de su goce. Ha podido entonces abrir una vía para que el deseo del sujeto se articule.

Si en “L’insu...”, (180) Lacan proponía al analista como agente poético y se quejaba de no ser suficientemente poeta, en el prefacio a la edición inglesa de *El seminario 11* avanza un paso más en esta línea. Dice: “El analista es en su acto un poema y que se escribe”. El analista es obra, efecto de su acto, su lectura es acto repentino, invento (no invento *ex nihilo*), creación, poema. “Hay mucho de

juego, de libertad, en leer a la letra”, nos recuerda Lacan en “Momento de concluir”. (181) Es el instante en que el analista se escribe como poema, en que pone en juego el nudo de su *savoir y faire* con la lectura/escritura de la letra, que es su oficio. Es el instante de transmisión dentro de la cura. El poema que es el analista en su acto es letra del analizante *intervenida*: saber y verdad (bajo la barra en el discurso del analista) se transmiten como experiencia para el sujeto. Lacan elige un verbo muy cuidadoso para aludir a esto que cura: *susurrar*. (182) La experiencia del analista se resumiría en un susurrar algo que cura. El susurro no es una verdad declamada, no es algo del orden de lo asertivo, es algo que puede no terminar de escucharse, que requiere del trabajo del otro.

En un texto de los primeros tiempos de su enseñanza, “El mito individual del neurótico”, Lacan ubica al psicoanálisis como heredero de lo que había sido la transmisión de las artes liberales en la Edad Media. Heredero de una transmisión que preservaba *la medida del hombre* y el *papel de la palabra*. En la serie de las artes liberales estaban la gramática, la astronomía, la aritmética, la música. El tipo de transmisión del maestro a sus discípulos, uno a uno o en pequeños grupos, era la transmisión de un saber y de un saber hacer que ponía en juego lo que con Lacan llamamos transferencia de trabajo. Lejos entonces de la enseñanza universitaria, cerca de la preservación de esa “medida humana”, que en el psicoanálisis cobra centralidad. (183)

En otro orden de cosas, que en principio puede parecer desvinculado de lo que vengo desarrollando pero creo que no lo está, ¿a qué aludimos cuando decimos que un actor nos transmite? Cuando está implicado en su representación, cuando no repite un parlamento aprendido sino que lo hace pasar por su cuerpo, por sus imágenes. Y es desde allí que en su representación habrá verdad. Este es el “truco” en el arte escénico: alguien que presta su cuerpo, su voz, su movimiento y gestualidad para montar una escena y en ella, al decir algo, hacerlo pasar con tanta implicación de su parte que suprime la diferencia, la separación entre ficción y realidad. En ese borramiento en que nos hace entrar como espectadores, se consuma la transmisión en el arte de actuar. En esto apoyaba su

enseñanza el gran maestro de actores, el ruso Konstantin Stanislavsky.

La gestualidad, los silencios, los cambios de tono que Lacan ponía en acto cuando daba sus seminarios y conferencias estaban en línea con esto que digo del arte de la actuación: implicado él en su cuerpo, implicaba a su auditorio: transmitía. Lacan nunca separó lo que tenía para enseñar del tono en que lo hacía. Cuenta Claude Jaeglé en su obra *Retrato silencioso de Jacques Lacan*, (184) que la voz de Lacan en la transmisión estaba habitada por la pasión, que jamás pronunciaba un saber enfriado para la lección, que su estilo de transmisión apelaba siempre a la intensificación sonora de los conceptos y a la teatralización de las ideas, que hacía pronunciados silencios que dejaban a su público en vilo, que había en su estilo oratorio un ímpetu dramático. Su transmisión apelaba a lo teatral.

Para él, tanto en la enseñanza como en la intensidad, la verdad se hace camino también tonalmente. De lo contrario puede no despertar, (185) porque ¿qué despierta en un discurso? ¿Cuál es el resorte que produce implicación en quien escucha o lee ese discurso? La implicación de quien lo emite. Por esa vía, por ese sesgo, circula asimismo, me parece, la transmisión. Con su puesta en acto actoral, Lacan así nos lo indica. (186) En cada escena de transmisión hay algo del *truco* al que alude Lacan y que cada uno tiene que empezar de cero, como recordaba Carlos Ruiz. Cada uno tiene que inventar, y ese invento solo puede tejerse con los significantes del deseo propio.

Escritura del analista

Variados son los esfuerzos de un analista. Cumplir con la regla de abstinencia que inventó Freud como parte de su dispositivo es uno de ellos. Se trata de un pago, dice Lacan. El analista paga con su persona: la presta como soporte de la transferencia. Paga también con su palabra: solo en su estatuto interpretativo será proferida. Y finalmente, paga al suspender sus propios juicios para acoger al objeto de la transferencia. Con estos tres pagos especifica Lacan la regla de abstinencia freudiana, condición necesaria para que el deseo de analista comande su escucha y su intervención.

El acto de la escritura nos ofrece la posibilidad de recuperarnos subjetivamente de ese paréntesis en el que hemos entrado como sujetos para poder ejercer la función de analistas.

Escribiendo, hacemos, además, algo inherente a nuestra función, que es teorizarla. El “al menos dos” que propone Lacan para el analista encuentra en la escritura una vía privilegiada para dar razones de su función. La escritura pasa a ser así otro de los pilares de su formación como analista.

El encuentro con lo real de la clínica empuja al analista a la escritura: aquello que excede el límite de nuestra eficacia o de nuestro saber y que transformamos en un interrogante que, escribiendo, ponemos a trabajar teóricamente.

Un hallazgo clínico o teórico puede también operar como causa de la escritura. Esta se propone, así, como una posibilidad de entramar con otros hilos, otras ideas, propias o ajenas, aquella idea que despunta y que es necesario desplegar y articular para que pueda ponerse de pie. “Se encuentra primero y se busca después”, decía Jean Cocteau.

Formación no es solo lo que el analista incorpora al estudiar. La propuesta de este texto es que el analista no escribe para comunicar lo que sabe, sino que, además del trípode freudiano, el analista se forma escribiendo. Es escribiendo que aquello que tiene para decir adquiere su forma, se pone de pie. De la escritura deviene un analista cada vez más formado.

Solo escribiendo *llegamos a saber* lo que creemos saber. La escritura permite al analista situarse y situar ante otros el perímetro propio de cada momento de su formación. Podrá, a partir de esto, avanzar tanto en su eficacia clínica como en su formalización teórica. Pruebas “al canto”: cada vez que volvemos sobre un texto que hemos escrito, lo reescribimos. Hemos avanzado.

Si la lectura de la letra en el discurso del analizante guía nuestra escucha, es esa misma letra la que opera como límite en nuestros escritos clínicos. También un dibujo en la clínica con niños –y las palabras que lo acompañan– es un texto en imágenes cuya letra el analista lee.

El corpus teórico psicoanalítico opera como otro de los límites a ser respetados por el analista al escribir. Lo cual no quiere decir que no se lo pueda interrogar. Lo que no podemos hacer es darle un uso arbitrario a los conceptos.

Estos son los límites generales. También están los particulares. Cada analista deberá trabajar lo que opera como límite a su escritura en los diferentes momentos, desde las censuras superyoicas (187) que atan la lengua y traban el puño, hasta las dificultades expresivas de diverso tipo, gramaticales, sintácticas, conceptuales, expresivas, para que el texto se abra a la transmisión.

Respetando los límites que hay que respetar, la letra por un lado, el corpus teórico por el otro, y trabajando los que operan como impedimentos, la escritura es un territorio que se ofrece al analista –dije–, para la recuperación subjetiva.

En el acto de la escritura, el analista le hace frente a sus goces neuróticos, los que impiden; disfruta de los otros, los enlazados al deseo de escribir; estudia y hace interlocución con ideas de otros, que le van permitiendo sostener las propias. La escritura puede propiciar, así, el abordaje singular que el analista le puede dar en su escrito a la materia que le da qué escribir. Y, de esta manera, podemos leer en un texto u otro alguna articulación feliz, novedosa, que puede hacer de un concepto arduo, una transmisión viva. Así también en la clínica son a veces las interpretaciones *que no parecen tales*, las que, al hacer centro en la estructura, transmiten la operatoria inconsciente.

Atendiendo a los distintos tiempos lógicos de formación, la escritura de un analista recorre un arco. En los tiempos iniciales, habrá una ilusión de alcanzar la verdad del hecho clínico al pretender contar “todo”. Son tiempos en que la escritura de la clínica es acumulativa. Responde, en general, al fantasma de que nada de lo dicho por el analizante se puede perder. Hay, en estos primeros textos, un analista que se excluye de ellos, subordinado a la fidelidad que cree deberle al discurso de su analizante. Como aún no se sabe qué escuchar, se supone que todo es necesario. (188) Sabrá luego el analista que decir todo es imposible por estructura; que cuando el analista toma la palabra para escribir, el hecho en sí ya está perdido, y si alguna verdad se alcanza será, como en la clínica, un efecto de verdad subjetiva que llega entramada en una composición ficcional, de lenguaje.

Un texto debe alcanzar su propia verdad y su propia efectividad. Ubicar un corte a tiempo es, como en la clínica, algo que se alcanza con la experiencia. Decir más, escribir más para asegurarse que una idea pase es, a veces, contraproducente para el texto.

Tomo en esta línea una imagen de Jacques Prévert. La que propone que para hacer el retrato de un pájaro, hay que limitarse a trazar los rasgos de una jaula cuya puerta se encontró abierta. ¿Qué transmite esta imagen?: pájaro es el que está volando, el que no es posible encerrar en una jaula de palabras, pero sí se le puede dibujar un borde que, eventualmente, lo alojaría.

Si la escritura se ofrece al analista como una posibilidad de recuperación respecto del paréntesis subjetivo que su función le exige, no es esta una oferta que el analista pueda tomar a esos efectos desde el comienzo. Me refiero a que los textos son, a veces, transacciones. Si, por un lado, el analista en su texto toma la palabra, a veces, la palabra que toma es, mayormente, la del Otro. El analista que escribe, entonces, también se escribe. Escribe no solo el tiempo de su formación. Escribe, también, el tiempo de su análisis.

Recibí, recientemente, una consulta de un analista que me solicitaba ayuda para acortar un texto, de manera que este pudiera formar parte de una publicación colectiva. La propia estructura del texto imponía un límite a esa posibilidad. Logramos quitarle una

carilla. Si no alcanzaba con eso, había que hacer otro texto, con otra estructura. El tiempo del analista, tiempo de su experiencia clínica, de su articulación teórica, el tiempo de su formación, no permitía hacer estallar la estructura de ese texto para armar otro, más sintético tal vez, más efectivo quizás, pero menos representativo del momento singular del analista en cuestión y de su tiempo de formación, por lo tanto, de su alcance teórico y clínico.

Interrogar la teoría implica, al unísono, descompletar al Otro y avanzar en la propia formación. Quienes tenemos residencia conceptual, básicamente, en Freud y en Lacan, formamos parte de una comunidad teórica en la que circulan ciertos estilos expositivos. Determinados textos dan a leer, a veces, a quién lee su autor, con quién estudia. Parafraseando a Goethe, la vestimenta de un texto es heredada, pero aún no apropiada por el analista que escribe.

La sujeción al Otro aparece bajo las formas más variadas: desde los textos llenos de citas que están en el lugar de la palabra propia, aunque sea la propia manera de decir lo mismo, hasta formas expresivas impropias, no solo “lacanesas”, sino con giros idiomáticos franceses, es decir, formas no propias de nuestro idioma. Y esto último queda, a veces, como remanente no interrogado en textos de analistas no tan noveles.

Aunque no seamos escritores, sino analistas que nos servimos de la escritura para formarnos cada vez más analistas, haríamos bien en escuchar la apelación de Susan Sontag a los escritores: “Dejemos la lengua un poco mejor de lo que la encontramos”. No estamos, como analistas, obligados a mejorarla, pero tengamos el cuidado de no maltratarla.

A medida que un analista avanza en su formación, sus preocupaciones teóricas ganan, decididamente, terreno como causa de su escritura. En sus textos se lee a un analista que ha alcanzado la intimidad, que se autoriza y, por lo tanto, puede “hacerse autorizar por algunos otros”. (189)

La intimidad que trasunta un texto implica que el analista se ha desprendido de aquello del Otro que, en un momento de su formación, necesitaba tomar para vestir sus textos. La apropiación de los conceptos, en el camino de la interminable formación del

analista, hace que estos revivan en su pluma, que palpiten de una manera singular: la propia.

Psicoanálisis con literatura

Desde sus comienzos el psicoanálisis estableció con la literatura un lazo íntimo y fecundo. Es esta intimidad y esta fecundidad lo que me propongo interrogar.

Para elaborar su teoría, Freud se sirvió de distintos mitos presentes en la literatura: el mito de Edipo, a partir de Sófocles; el de Narciso, cuya versión más conocida es la de Ovidio; el ensayo literario antropológico *Tótem y tabú*, que Freud construye aunque sus notas esenciales ya están presentes en los mitos recogidos por Homero y más tarde por los trágicos; el personaje de Moisés a partir de la Biblia. Esos mitos, de los que Freud se sirve, no fueron para él ejemplificaciones de lo que venía elaborando, sino más bien la materia prima con la que tejió nudos conceptuales mayores. En la literatura encontró verdades articuladas que elevó a la categoría de conceptos centrales. En la tragedia de Edipo, por ejemplo, supo leer una invariante estructural del sujeto. El mito de Narciso pasó a ser, en su elaboración, un nudo constitutivo de la subjetividad.

Lacan, por su parte, pudo enseñar la ética del deseo con Antígona, la tragedia del deseo con Hamlet, la transferencia con el banquete platónico. La humillación del padre en nuestro tiempo la pudo leer en la trilogía de Claudel. Su atenta lectura de Joyce le permitió elaborar un concepto clínico decisivo, el *sinthome*, artificio que algunos sujetos encuentran y en el que se sostienen para atravesar la vida, remediando la falla de su estructura. Artificio, también, hacia el cual una correcta dirección de la cura encamina al sujeto.

La literatura ha sido, entonces, no solo un recurso fértil para la transmisión de la teoría, sino un campo especialmente vivo para darle forma.

En este terreno de confluencias literatura-psicoanálisis ha habido algunos excesos y desviaciones. El psicoanálisis aplicado es quizás el principal. Este pretende tomar la obra como síntoma del autor y servirse de ella para ubicar supuestas claves que darían cuenta de

los trastornos neuróticos de aquel. Este es un camino no solo abusivo, sino también irresponsable, en tanto que solo podemos hacer inferencias o sacar conclusiones psicoanalíticas a partir de la única situación que nos habilita para ello: la sesión analítica. Es innegable que habrá marcas del sujeto en su obra, serán el resultado de lo que el creador habrá podido hacer con ellas, de cómo se habrá servido de ellas para darles un destino no neurótico, sino sublimatorio y sinthomático.

Nos podemos servir del psicoanálisis, en cambio, para *hacer la clínica* de una obra. Esto es, poder leer en su letra la secuencia vital de los personajes, de sus sufrimientos, sus deseos, sus amores, sus goces, seguir el derrotero de esos seres de papel en las distintas escenas en que este se despliega. Leer psicoanalíticamente es ubicar la lógica de esos itinerarios. Haciendo esa lectura el analista muestra también cómo lee las distintas situaciones clínicas que conduce; indica, por tanto, cómo opera, con la ganancia extra no solo de salvar con ello el secreto profesional, sino también de seguir extrayendo la savia que circula por la obra literaria.

¿Por qué el psicoanálisis se sirve de la literatura? Porque el despliegue de la dramática humana bajo la pluma de un gran escritor toca siempre puntos esenciales de la subjetividad. La explicación freudiana es que el escritor tiene una relación más directa con su inconsciente. El analista, por su parte, cuando escribe, cuando teoriza, tiene con el inconsciente una relación no directa sino mediada por la teoría. Donde sí tiene una relación directa con el inconsciente es en la escena clínica, en tanto comanda su deseo de analista.

Literatura y psicoanálisis constituyen dos caminos paralelos respecto del despliegue de saber sobre el sujeto. Paralelos pero no idénticos: el psicoanálisis investiga al sujeto para poder operar a favor de él en la clínica. La literatura inventa sujetos tan vivos como los de carne y hueso en la medida en que, siendo la obra producto de una enunciación singular, alguna verdad siempre se articulará en ella. Y cuando digo verdad y enunciación singular apunto, por un lado, a la concepción freudiana del escribir como heredero del jugar infantil, como un hacer creativo que transforma lo real. Y por el otro, a la dimensión lacaniana del sinthome. Artificio, en este caso la

literatura –como ya dije–, del que un escritor se sirve, es más, del que se toma para hacerse un nombre propio. Artificio que reúne en su producto lo pulsional en su cauce sublimatorio y el saber hacer específico, llevando así inscriptas las marcas de una lucha singular.

Hasta finales del siglo XIX, la novelística y la dramaturgia constituían el único ámbito donde se desplegaba la narrativa subjetiva. Con el establecimiento del psicoanálisis como teoría y como praxis, ese ámbito es hoy compartido.

En el discurso psicoanalítico, la indagación y promoción del sujeto y su deseo no solo se despliega en la escena analítica, sino que pasa al escrito. Y cuando esta indagación pasa con Freud al escrito bajo la forma de relatos clínicos, constituye algo así como un nuevo género literario. Este es uno de los aportes que el psicoanálisis ha hecho a la literatura: ha expandido sus fronteras con un género que cabalga entre la verdad de la historia clínica y el relato literario.

De la transmisión

Hasta acá me ocupé del papel de la literatura en la conformación del corpus teórico psicoanalítico y de qué es hacer una lectura psicoanalítica de la obra literaria. Me interesa ahora volver a indagar el papel que juega la literatura en la transmisión del psicoanálisis.

Que haya transmisión en un texto psicoanalítico depende de la posición del analista que escribe. Transmitir el hecho clínico escandido por los tiempos lógicos de la transferencia y/o por los giros o cambios de posición en el sujeto, por las intervenciones del analista, son decisiones en relación a la transmisión que organizan el material en sí mismo. Esta recomposición, este reordenamiento del hecho clínico para su transmisión, es lo que Erik Porge llama ajustadamente *puesta en relato*, “procedimiento” que, dice, “verifica que la verdad no sale a la superficie sino entramada en una ficción”. (190) Y así como el corte en el tiempo de la sesión puede operar transmisión dentro de la cura, transmisión del saber inconsciente, transmisión de un punto de goce que queda a cuenta del sujeto en análisis, también los cortes en el material pueden operar transmisión en la puesta en relato.

La transmisión escrita de su clínica es, como decíamos, uno de los pilares de la formación del analista. Freud estableció tres para esta última: el análisis personal, la supervisión de casos y la formación teórica. Además habíamos dicho que Lacan, por su parte, proponía al analista como “al menos dos”. Y mencionamos que, para ser ese “dos”, el analista pasa al escrito, no lo que sabe, sino lo que, escribiendo, puede llegar a saber. Si el analista se lanza a la escritura movido por una pregunta o por un obstáculo en su clínica, es la escritura misma el medio por el que esa pregunta puede alcanzar una formulación fructífera y abrir vías para su enfrentamiento clínico. Si se trata de un obstáculo, la escritura permite situarlo, pasar del terreno de la incomodidad del encuentro con lo real de la clínica a nombrar esa dificultad. Y es al nombrarla que se pueden encontrar los conceptos afines de la teoría que permitan atravesar esa situación, encontrar un eje que ordene lo que sucede en la clínica. La experiencia clínica hecha escritura podrá ser compartida y confrontada con otros analistas. Es escribiendo su experiencia como el analista se establece como clínico. De hecho, mediante la escritura, entre otras cosas, se autoriza ante otros en tanto “da sus razones”.

Para hacer pasar la verdad del caso, Freud le hace sufrir a este un trabajo de escritura, en el cual los distintos registros de la transmisión –elementos fácticos de la historia, pensamientos del analista, recuerdos y asociaciones del sujeto, síntomas, marcha del tratamiento, trozos de teoría, etc.– se entremezclan permanentemente. Sin proponerse como escritor, en los escritos clínicos freudianos confluyen el novelista Freud, el escritor Freud y el científico Freud. Recordemos en ese sentido que, no solo por su relato de casos sino por toda su obra teórica, Freud fue galardonado en vida con un premio literario, el Goethe. Este premio, podríamos decir, hizo lectura de la confluencia de su deseo de hombre de ciencia y su deseo de hombre de letras.

En una entrevista llevada a cabo el 8 de mayo de 1934 en Viena, el escritor italiano Giovanni Papini relata el *secreto* que Freud le reveló.

Soy un científico por necesidad, no por vocación. Mi verdadera naturaleza es la de un artista. Desde mi más tierna infancia, mi héroe secreto ha sido Goethe. Me hubiera

gustado ser un poeta y toda mi vida deseé escribir novelas. [...] El psicoanálisis es para mí la interpretación de una vocación literaria en términos de psicología y patología. [...] En él se pueden encontrar fusionadas, aunque traspuestas a un lenguaje científico, las tres grandes escuelas literarias del siglo XIX: Heine, Zola y Mallarmé están unidos en mí bajo el patronazgo de mi viejo maestro Goethe. (191)

No se puede atestiguar la veracidad de estas afirmaciones ¿freudianas? De hecho, Jones, el biógrafo de Freud, no las incluyó entre sus fuentes. Sin embargo parecen, al menos por lo que conocemos de Freud, verosímiles.

Lacan, por su parte, no publicó relatos clínicos. Su transmisión pone el acento en el estilo. Si para Freud la referencia principal es la novela, para Lacan pasa a ser la poesía. Lacan desecha entonces el relato de casos, pero le otorga al estilo un valor enunciativo, agregado al enunciado. Apuesta a que su propia división, cuando toma la palabra, tendrá efectos subjetivos en los lectores. Lacan se propone atrapar con su estilo el objeto de su transmisión y señala que las dificultades de ese estilo responden al objeto que trata, el inconsciente. (192) Procede como si intentara adecuar su manera de enunciar a lo evasivo del objeto enunciado. De esa contienda resulta lo que en algún momento Lacan mismo llamó su estilo manierista. (193)

Ahí donde Freud se esfuerza por ofrecer un material claro, que convenza, que gane al lector, permitiendo que la verdad del hecho clínico pase, llevada por su propio esfuerzo literario, Lacan suscita con su estilo una división en el mismo lector. El estilo en Freud invita al lector. En Lacan, el estilo desafía al lector, lo incomoda y lo hace trabajar. El lector de Lacan tiene que poner de su parte, tiene que volver a leer, tiene que tratar de entender, tiene que habérselas con el enigma. La poesía en Lacan no es entonces un ornamento. La importa al campo del psicoanálisis y le hace jugar un rol estructurante en la elaboración de la interpretación. Con Lacan, entre el discurso poético y el discurso inconsciente no hay separación.

Podemos concluir, entonces, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje poético y que solo la poesía permitiría la interpretación. Esta, para alcanzar el hueso del sujeto, debe evitar el camino explicativo, debe proceder poéticamente,

produciendo al unísono efectos de enigma y efectos de sentido. (194) Sin nombrarse como poeta, Lacan propone que el analista sea agente poético. (195) Da un paso más (196) y dice que el analista es, en su acto, un poema y que se escribe. Con ello no solo alude a que el analista se instituye como tal en su acto, sino que, como el poema, la interpretación surge del objeto a que la posición del analista permite alojar en su lugar. Descuento, por supuesto, que hay grandes tramos del análisis que transcurren preparando las condiciones del acto. Si Lacan se quejaba de no ser suficientemente poeta, agrego que tampoco se trata de hacer de la poesía la única intervención analítica. La interpretación poética sucede por momentos –en eso radica su eficacia–, aunque esta obedece principalmente al impacto en la estructura que produce la interpretación poética. ¿Nueva manera –a esta altura de su enseñanza– de nombrar la lectura a la letra?

En la tarea de la transmisión nos topamos, como señalé, con un imposible de transmitir. Transmitir, entonces, es bordear ese imposible, cercar lo Real con palabras. Lacan llegó a decir que el psicoanálisis es intransmisible, (197) por eso nos conmina a los analistas a reinventarlo. (198) El llamado a la reinención es una fuerte apelación de Lacan a que no transmitamos un psicoanálisis predigerido, consolidado en su saber. Es un llamado a la enunciación, a que cada analista juegue su respiración personal en la transmisión, a que cada analista diga la teoría con los significantes de su propio deseo, única manera de que acontezca la sorpresa, lo inesperado, para que la falta circule en la tarea de la transmisión.

Escritura y espacio virtual

La intimidad vehiculizada por la palabra del analista en sus textos subvierte el aplanamiento y la anulación de las diferencias a las que propende el virus globalizador de estos tiempos.

Son, sin embargo, estos los tiempos que han abierto la posibilidad de una difusión de la singularidad ampliada más que geoméricamente por el espacio virtual.

En medio de la obscena apelación al consumo que el ciberespacio ofrece a repetición, la palabra propia de un analista, sus textos, navega afirmándose ante incalculables receptores.

Lo mejor y lo peor –una vez más– no está en el medio en sí mismo, sino en el uso que le demos. Insensible pero insidiosamente, una suerte de “esperanto homogeneizante” se filtra por Internet. El psicoanálisis tiene una chance “política” inmejorable: oponerse en acto al facilismo simplificador de las ideas y las lenguas que circulan por la Red. Oxigenar con singularidad, con intimidad, el adormecimiento que las pantallas proponen es una chance que tenemos los psicoanalistas de incidir en esta “polis” de fronteras ampliadas.

Solo se trata de echar a navegar nuestros textos. Si en ellos respira un sujeto, también la transmisión ampliará sus fronteras.

152- Jinkis, Jorge, *Lo que el psicoanálisis nos enseña*, Buenos Aires, Lugar, 1993.

153- Lacan, Jacques, *Escritos II*, ob. cit.

154- Por supuesto, yo no estoy exenta. Me sucedió presentando un testimonio clínico ante colegas en una institución de Convergencia y debo decir que eso constituyó la semilla para este texto.

155- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 10: La angustia*, ob. cit. Punto extremo en la línea de la dificultad en el cuadro de la angustia.

156- Rieder, Inés y Voigt, Diana, *Sidonie Csillag, la “joven homosexual” de Freud*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2004.

157- Atendí a una mujer que también había hecho una elección de pareja femenina. Relataba, con un dejo de humor, la crueldad materna y articulaba muy gráficamente su elección homosexual al rechazo sufrido por parte de la madre. Su pareja, decía, era el “andador” que necesitaba para caminar en la vida, como tardía prótesis del amor materno negado.

158- Es útil recordar aquí las consideraciones que hace Lacan en *El seminario, libro 16: De un Otro al otro*, ob. cit., con relación al objeto *a*, la vacuola y la significación fálica. Cuando la vacuola hace borde al objeto *a*, ese objeto *éxtimo*, es cuando este está articulado a la significación fálica en el Otro, al agujero fálico materno. Sin ese borde topológico –logística de la defensa, lo llama Lacan– el objeto muestra su cara melancolizante, cae como sombra sobre el yo.

159- Se advierte en Freud un no reconocimiento de la posición de las madres en la problemática, tanto de la joven homosexual como de Dora, y el consecuente ahogo de la verdad que ese no reconocimiento produjo en esas curas. El acento en él estaba orientado a establecer la teoría, a darle estatuto de verdad a piezas clave de su teoría como el Edipo. Esto, inevitablemente –lo sabemos ahora, con el diario del día después–, se cobraba sus

efectos en la dirección de las curas: aquello registrado en las entrevistas, y que circulaba también en el discurso de las pacientes, no tenía entrada en la escucha analítica. La urgencia de Freud era otra. Y esa urgencia obturaba, por momentos, la lectura de alguna verdad en el discurso. Y, más importante aún que su urgencia, para la concepción freudiana el psiquismo estaba trabajado por la dramática inconsciente del Edipo como cliché, según dije, sin recortar lo específico de las marcas de goce del Otro.

160- Ambos textos en Lacan, Jacques, *Escritos I*, ob. cit.

161- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 23*, ob. cit.

162- Sin descontar, desde ya, las manifestaciones de lo Real cuando hace irrupción en la cura desanudado, en un ataque de angustia, por ejemplo (los hoy llamados *panic attacks*). Y es el trabajo del análisis el que, invitando a la palabra, propicia su anudamiento.

163- En este punto es útil recordar el aforismo lacaniano “Metaforizaré con el incesto la relación que la verdad mantienen con lo real”. Será una relación *impossible*, pero una relación, no toda pero alguna. Si ningún real se engancha en el discurso, ninguna verdad asomará.

164- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 16: De un Otro al otro*, ob. cit., clase 12.

165- Así llama Lacan al registro de lo Imaginario en “El seminario 22: RSI”, ob. cit.

166- ¿Acaso nuestra enunciación es la misma con los distintos analizantes?, véase Lacan, Jacques, *Escritos I*, ob. cit., obertura.

167- Jinkis, Jorge, ob. cit.

168- Alocución de Lacan en el cierre del congreso de la Escuela Freudiana de París (EFP) sobre la transmisión, en julio de 1978. Ficha en biblioteca de la EFBA.

169- Algo de esto está desarrollado en el próximo apartado de este capítulo.

170- Como propone Lacan en su alocución en el cierre del congreso de la EFP, cit.

171- *Ibíd.*

172- Ruiz, Carlos, “Forzado a reinventar el psicoanálisis”, trabajo presentado en la Reunión Lacanoamericana de Buenos Aires, 2013.

173- Alocución de Lacan en el cierre del congreso de la EFP, cit. El párrafo en el que Lacan llega a esta conclusión parte de “hay un *sinthome* él y un *sinthome* ella. Es todo lo que queda de lo que llamamos la relación sexual. La relación sexual es *intersinthomatica*”.

174- *Symptôme*, “síntoma” en francés, en su grafía actual, y *sinthome*, en su forma antigua.

175- Ruiz, Carlos, “Forzado a reinventar el psicoanálisis”, ob. cit.

176- Dice que *lever*, “levantar”, puede intentar traducir *aufheben*, cuyas innumerables traducciones posibles en castellano podrían ser superar –en el sentido en que lo usa la dialéctica–, o también abolir, suprimir, levantar, neutralizar.

177- Conmover este “fin de la transmisión” en el título que Carlos Ruiz desechó. Conmover en tanto que su muerte, en diciembre de 2013, lo resignifica: ¿nos estaba comunicando –sabiéndolo o no– que estaba llegando al fin de su transmisión? La pausa, la del duelo, es necesaria para seguir poniendo en juego los significantes del propio deseo en la transmisión.

178- “Lo que tengo que acentuar, es que, de ofrecerse a la enseñanza, el discurso psicoanalítico lleva al psicoanalista a la posición del psicoanalizante, quiere decir a no producir nada de *amaes-trable* [*maîtr-isable*]: juego de palabras que remite a ‘dominable’ y

‘amaestrable’] a pesar de la apariencia, sino a título de síntoma” (alocución de Lacan en el cierre del congreso de la EFP, cit.).

179- *Ibíd.*

180- Lacan, Jacques, “El seminario 24: L’insu que sait de l’une-bévue s’aile à mourre”, ob. cit.

181- Lacan, Jacques, “El seminario 25: Momento de concluir”, ob. cit.

182- “¿Cómo le susurra uno al sujeto que se le aparece algo en el análisis que tiene como efecto curarlo? Es una cuestión de experiencia en la que lo que he llamado el Sujeto supuesto Saber desempeña un rol” (alocución de Lacan en el cierre del congreso de la EFP, cit.).

183- En ese texto temprano de *Intervenciones y textos 1*, ob. cit., Lacan ya lanzaba al mar la botella con el mensaje de lo intransmisible en el psicoanálisis: “Esa relación de la medida del hombre consigo mismo [...] que entrafía por excelencia el uso de la palabra [...] es lo que hace que la experiencia analítica no sea decisivamente objetivable. Implica siempre en el seno de ella misma la emergencia de una verdad que solo puede ser *dicha*, porque lo que la constituye es la palabra, y porque sería necesario de algún modo decir la palabra misma, que es, hablando estrictamente, lo que no puede ser dicho en tanto que palabra”. Es este justamente un texto en donde Lacan empieza a desarrollar lo que luego será la verdad como un *medio-decir*. En él, toma al mito como la forma discursiva en que algo de una verdad se puede transmitir.

184- Jaeglé, Claude, *Retrato silencioso de Jacques Lacan*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2011.

185- “La verdad, ¿despierta o adormece?”, se preguntaba Lacan en “El seminario 24: L’insu que sait de l’une-bévue s’aile à mourre”, ob. cit. “Eso depende del tono con que es dicha”, concluía.

186- En esto seguramente habrá tenido la influencia benéfica de su segunda mujer, Silvie Bataille, que era actriz.

187- En su libro *Novela clínica psicoanalítica, historial de una práctica* (Buenos Aires, Paidós, 1995), Fernando Ulloa lo dice inmejorablemente: “La intimidad se genera cuando retroceden las sombras intimidatorias”.

188- “No sabiendo los oficios, los haremos con respeto” (fragmento de León Felipe, citado en *ibíd.*).

189- Lacan, Jacques, “Proposición del 9 de octubre de 1967...”, ob. cit.

190- Porge, Erik, *Transmitir la clínica psicoanalítica*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.

191- Papini, Giovanni, “A visit to Freud”, en Hendrik Reuitenbeek (comp.), *Freud as we knew him*, Detroit, Wayne State University Press, 1973, pp. 99-101.

192- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 5: Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

193- *Ibíd.*, clase del 15 de noviembre de 1957.

194- “La poesía es efecto de sentido pero también efecto de agujero”, en Lacan, Jacques, “El seminario 24: L’insu que sait de l’une-bévue s’aile à mourre”, ob. cit., clase del 17 de mayo de 1977.

195- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 5: Las formaciones del inconsciente*, ob. cit.

196- Prefacio a la edición inglesa de *El seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, en *Intervenciones y textos 2*, ob. cit.

197- Lacan, Jacques, alocución en el cierre del congreso de la EFP, cit.

198- Véase el texto “El susurro de la castración”, en este capítulo.

7. ACTO E INSCRIPCIÓN

Deseo del analista, acto y semblante

En la clase del 15 de febrero de 1977 (“El seminario 24”), Lacan, con 76 años, hace una confesión. Él, que raramente habla de su propia clínica y menos aún de cuestiones personales, cuenta un episodio que sucedió a sus 5 años y que, evidentemente, lo marcó. Su hermanita Madeleine, dos años y medio menor que él, se planta un día ante su hermano y le dice, refiriéndose a ella en tercera persona: “Maneine sabe”. Esta contundencia en la posición enunciativa deja a su hermano perplejo y atemorizado: Maneine exhibe un saber cerrado sobre sí mismo, que incluye la condición de no cambiar.

¿Qué encubre este recuerdo, o mejor, qué devela? De él parece desovillarse la pregunta que lo trabajó a Lacan en relación con el saber. ¿Cómo hacer para agujerear ese saber que se presenta, a veces, inhoradable en los analizantes? (199) Especificando un poco más la pregunta, ¿cómo operar con ese saber que soporta el analista? No el que alcanza en los textos (aunque no es sin los textos), sino ese saber del que se irá haciendo depositario y al que le dirigirá sus preguntas, al que hará hablar, al que acogerá en su sillón. (200)

La operatoria analítica que da inicio al análisis, tal como Lacan la presenta en “El seminario 15”, (201) imprime un corte en aquello que se presenta topológicamente como un mismo paño sin corte, que enlaza realidad y fantasma. Se trata de un acto de corte que inscribe el significante de la transferencia, el Sujeto supuesto Saber. La intervención analítica afecta ese continuum, lo problematiza, instituyendo un antes y un después: tocado el fantasma, el futuro analizante hace la experiencia, conmocionante, de un saber que le concierne, presente en ese encuentro con el analista. Como sujeto, él ha sido implicado por un decir que atañe a sus marcas.

Me interesa puntuar las distintas respuestas que fue dando Lacan a iguales cuestiones a lo largo de diversas épocas de su producción, cómo sin tener aún formalizados, o incluso nominados determinados conceptos, lo que estos delimitaban ya lo estaban trabajando a él.

Lo que en “La dirección de la cura...” ubicaba como rectificación subjetiva, rectificación de la posición enunciativa del sujeto, operatoria que ponía en juego el inconsciente y habilitaba la interpretación, es retomado, a la altura de “El seminario 15” desde la perspectiva del acto. Como dije antes, lo que habilita el comienzo es especificado ahora como un acto que opera un corte en ese continuum realidad-fantasma. Y es la conmoción operada por este acto lo que inscribe el Sujeto supuesto Saber de la transferencia.

En el mismo escrito sobre la dirección de la cura, Lacan puntualiza que es en el *manejo* de la transferencia donde reside el *resorte* de la cura. A la transferencia no solo hay que hacerla operar en su función de corte desde el comienzo para que inicie el amor al saber que la sostendrá, sino que habrá que saber manejarla, maniobrar con ella, sobre todo cuando se trate de operar con el objeto. Otra vez, la transferencia queda enlazada al saber, en este caso al saber manejarla. Paradójicamente, para que este manejo sea posible, la posición del analista será todo lo contrario de encarnar el saber teórico –como quería Freud, este queda suspendido u olvidado en el encuentro con el analizante–. La posición del analista ha de ser la de ofrecer un vacío para que el a se aloje en su lugar. Vacío que deviene del atravesamiento del propio análisis. Con respecto al saber, también del lado del analista es un saber supuesto, supone a un sujeto a ser situado a partir del decir, así como supone a un Otro que marca al sujeto, construido de igual modo por medio de interpretaciones. Es la potencia de la suposición la que genera un saber que se descifra/inventa. Y en esto, algo hará acto.

Aunque no lo plantea en esos términos, en el mismo escrito Lacan ya da las condiciones para que el saber en el lugar del analista sea un saber que toque la verdad del sujeto. Ubica allí tres pagos: (202) uno a nivel de lo Imaginario, que es dejar que su persona se preste a ser soporte de los fenómenos singulares de la transferencia. Un pago simbólico, con las palabras de la interpretación. Y finalmente, un pago real. En este me voy a detener porque es, según entiendo, lo que conecta con lo que en “El seminario 15” trabaja en relación al acto. Sobre este pago dice que el analista debe suspender su juicio más íntimo para “mezclarse en

una acción [y acá sugiero que no nos confundamos, una acción puede ser una interpretación, no se refiere necesariamente a una acción motora] que va al corazón del ser (*Kern unseres Wesen*)”, (203) al carozo de nuestro ser. Me pregunto si este “mezclarse” del analista en una acción no prefigura ya lo que luego en “Posición del inconsciente” situará en su lógica: el analista formando parte del concepto de inconsciente, porque a él se dirige el discurso. Y lo que más adelante formalizará en *El seminario 17* y *El seminario 18*, con la noción de semblante y la operatoria analítica por esa vía.

Un acto, nos dice Lacan en la primera clase del seminario homónimo, determina un comienzo, algo nuevo surge de allí. Hay un hecho histórico paradigmático, el cruce del Rubicón por César y sus soldados, del cual surgió la famosa frase “La suerte está echada”, que muestra exactamente este punto: luego del cruce, nada será lo mismo. El río Rubicón marcaba el límite de la provincia. César se dirigía a Roma viniendo desde el norte, desde las Galias Cisalpinas. Una vez a orillas del río, se detuvo a pensar “cuán grande empresa intentaba, y volviéndose a los más próximos que lo seguían dijo: ‘Todavía podemos volvernos atrás; pero una vez que hayamos franqueado este pequeño puente, todo tendrá que hacerse con las armas’”. Así comienza la gesta de guerras civiles que le darán a César el poder de Roma, según cuenta Suetonio en su *Vida de los doce Césares*. (204)

¿Qué es lo que hace que este hecho histórico sea tomado como paradigma de un acto? ¿Podría pensarse que un acto siempre implica una decisión? Esto no es así en todos los casos; lo que retroactivamente transforma a esta decisión en un acto es lo que ella determina. En Julio César, conquistar militarmente el poder en Roma dando inicio al Imperio. Las leyes del Senado indicaban que quien cruzase ese límite, el puente del río Rubicón, previamente debía licenciar a su tropa.

Y para situar en nuestro país un episodio histórico como referente de un acto en el punto en que este determina algo nuevo e implica alguna suerte de franqueamiento, es útil refrescar la anécdota de San Martín cuando le pide pertrechos a Pueyrredón para cruzar los Andes. Este, con sus recursos ya agotados, le informa qué pertrechos le ha podido enviar y le dice que no le pida más porque

no hay más. Y porque lo que pretende es imposible. A lo que San Martín responde, aproximadamente, que será imposible, pero resulta imprescindible. Su determinación, la apuesta a seguir adelante con su empresa, recortan la figura de San Martín como la de alguien que sostiene su convicción con la fuerza que da el deseo bien orientado. Y son las consecuencias de esta convicción en seguir adelante lo que retroactivamente la delimitan como un acto de San Martín.

Pasando a la transferencia, un acto psicoanalítico no implica necesariamente una acción, un hacer. Algo puede ser hecho con palabras: deshacer con palabras lo que fue hecho por palabras, así se refiere Lacan a la operatoria analítica en “El seminario 25”. (205) Leer de otro modo, *lire Autrement*, (206) puede resultar un acto analítico. Quiero decir que todo aquello que por un instante saque al sujeto de su estructural hipnosis, de su debilidad mental, podrá haber sido un acto. Todo lo que lo despierte y lo enfrente con su goce. Puede ser un instante fugaz, y aunque el sujeto retorne a su hipnosis, ya no retorna igual, algo del goce se habrá conmovido.

En el mismo texto sobre la dirección de la cura, Lacan da un fructífero golpe de timón al ubicar las resistencias en el analista. Ahora bien, desde la perspectiva del acto, estas quedan especificadas como resistencias del analista al acto, una de sus modalidades podría ser la resistencia del analista a jugar su presencia.

En relación con la caída del Sujeto supuesto Saber al final, si en su lugar, en su sillón, el analista acogió el objeto de la transferencia o dejó que allí reinara, tiene una lógica muy precisa que al final ese objeto sea resto de la operación transferencia, resto del que hay que apartarse, del que el analizante se aparta. Es lo que Lacan tematiza en términos de des-ser del analista. En tanto que del lado sujeto lo que predomina es una “desconsistencia” del *a*, una caída del falso ser en que consistía fantasmáticamente. En su lugar advino, castración mediante, el *a* como causa de su división. Y esto solo pudo efectivizarse por “el análisis de la transferencia”, así llama Lacan en “El seminario 15” a ese permanente trabajo que hacemos los analistas sobre nuestra posición para producir la progresiva

“desconsistencia” de los eventuales restos del Sujeto supuesto Saber.

Con la formalización de los discursos en *El seminario 17*, (207) el *a*, que en el seminario sobre el acto había quedado caído del lugar del analista en los tiempos finales del análisis, retoma su potencia, y desde el discurso del analista, comanda en el lugar del agente, lo que hace que el saber esté en el lugar de la verdad. Así llegamos al meollo de lo que quiero plantear. El operador de ese saber que toca la verdad, agrego, la verdad del sujeto en relación con el goce, no es el saber teórico, sino la *función deseo de analista*; es el analista animado en su función por un deseo de hacer producir ese saber del que es depositario, de no encarnar el lugar del ideal, de desmarcarse progresivamente de la posición eventual del Sujeto supuesto Saber, única condición para que el *a* encuentre alojamiento en la transferencia. Y es comandado por ese deseo puesto en función que el analista eventualmente podrá inventar, poner en juego, operaciones que apunten al objeto, que hagan de caja de resonancia del objeto.

¿De qué deseo se trata?

¿En qué reside la confianza del paciente en su analista? Es la pregunta que se planteó Lacan (208) y que nos planteamos todos los analistas. Hemos tenido suficientes evidencias de que esa confianza va más allá del supuesto saber del analista. Esa confianza tendrá que ver, y a eso apunta este trabajo, con algo concerniente al deseo.

En la figura de Sócrates, Lacan sitúa un significante, que es, a mi entender, una de las primeras formas de presentación del deseo del analista: Sócrates como cómplice del deseo. Y esa posición de complicidad con el deseo de su interlocutor está posibilitada por el no saber de Sócrates y por el no responder a la demanda amorosa de los jóvenes a los que dirigía sus preguntas. Desde su no saber, Sócrates interroga al otro, lo interpela en lo que hace con su vida, hacia dónde la conduce. Y esta ubicación de Sócrates genera transferencia. En esa posición de interpelación al otro para que diga, el deseo de este otro se va articulando. El analista, por su parte,

llega a estar habitado por el deseo del analista no por un acto de voluntad, justamente se trata de que llega ahí sin saberlo. Complicidad con el deseo entonces, es, me parece, una de las figuras con que Lacan presenta el deseo de analista. (209)

Si hay algo puro en el deseo de analista alude al inconsciente del analista como ya trabajado por su propio análisis, es decir, purificado de lo más grueso. No podemos pensar el deseo de analista como puro en el sentido de Antígona. No es que Lacan nos esté invitando al sacrificio, o al puro deseo de muerte. Si hay alguna referencia a la muerte en relación al deseo de analista, es cuando presenta al analista ubicándose, como en el *bridge*, en el lugar del muerto. Lo dice así: “Tiene que haber algo en el pequeño otro del analista que pueda jugar al muerto”. (210) Que no se enganche, entonces, en lo Imaginario con su paciente, que el deseo de analista lo empuje más allá, por fuera de las pasiones y por fuera de lo imaginario del sentido, para estar disponible y poder escuchar contra natura, (211) lo que desmantela la comprensión imaginaria, psicoterapéutica. Disponible para escuchar, en la reverberación de una letra, algo del goce. Si lo puro en el deseo de analista se refiere a purificado de lo más grueso de su inconsciente, es esta purificación lo que le permitirá al analista ofrecer un vacío, ofrecer un lugar vacante de su propio deseo como persona, vacante de su fantasma, para que allí pueda venir a alojarse el deseo del analizante. Y esto es solidario de dejarse hipnotizar, como propone Lacan en *El seminario 11*, (212) por la letra del sujeto.

¿Por qué el analista no toma en sus brazos a su analizante o, por lo contrario, no lo tira por la ventana?, se pregunta Lacan en *El seminario 8*. ¿De qué está hecho este deseo más fuerte que todos que toma al analista, más fuerte que el amor o el odio? No basta, nos dice, con que el analista sirva de soporte a la función de Tiresias, (213) ese adivinador al que se le suponía saber de ambos goces porque había sido mujer. Es preciso además que el analista tenga tetas, (214) que meta el cuerpo, que se ofrezca en su presencia para que algo a partir de él se escriba en relación al objeto. Esa X que es el deseo de analista (retomaré esto más adelante) solo encontrará terreno fértil en una posición analítica atenta al significante en el discurso, orientada a trabajar las huellas

del Otro, manera de decir: hacer desconsistir los restos del Otro y su goce en la posición del sujeto. Esta orientación de la operación analítica puede hacer presente el *a* en el lugar del analista. “En modo alguno somos el semblante –nos recuerda Lacan en *Aun–*, apenas ocupamos su lugar, haciendo reinar ahí el objeto *a*.” (215) Ocupar el lugar del semblante alude a que el analista hace aparecer interpretativamente ese plano de la fijación al objeto que, como guion fantasmático, tiene tomado al sujeto, tiempo fantasmático que hay que atravesar, al construirlo interpretativamente. Es esta dirección de la cura la que desprende en sucesivas vueltas la pulsión del síntoma, quedando su energía disponible para sostener –ya fuera de cuerpo pulsional– los deseos que surgirán de la causa.

Es esto, me parece, lo que nos quiere decir Lacan en *El seminario 11*, cuando ubica finalmente como no puro al deseo de analista. Lo no puro es desear obtener esa diferencia absoluta entre los significantes del discurso, y ubicarse en ese lugar, en esa pura diferencia, en esa hiancia, lugar al que advendrá el *a*. Lo no puro entonces es querer generar ese espacio que separa un significante de otro, pues allí puede localizarse “la beldad detrás de los postigos”. (216) Lo no puro del deseo de analista es buscar el mismo lugar topológico del *a*, ser, en la experiencia, soporte del *a*, desmarcándose del lugar del Ideal.

Aquí confluyen deseo de analista como función y lugar del analista como semblante de *a*. Podría decirlo así: el deseo de analista, su función, se hace patente en la puesta en acto del semblante.

Solo si le damos su verdadera dimensión a aquello de que el analista forma parte del concepto de inconsciente, podremos hacer jugar la presencia, ofrecerla como sostén del objeto. Y para ello, operar en transferencia con intervenciones significantes que muerdan un borde real o con intervenciones por cuerda imaginaria o por cuerda real, inventadas al calor de la transferencia singular que tenemos a cargo. Intervenciones que desde distintas *dit-mansiones* puedan generar agujero y sentido al mismo tiempo, puedan tocar cierto registro de la invención, del juego, a veces del humor, cuando no de la apuesta/decisión. Evoco acá cuáles fueron las circunstancias en las que, no sin sorpresa para mí y para una

analizante, sancioné el pase a diván. Fue durante el transcurso de su quinto año de análisis. Yo no lo había planeado, sucedió como respuesta a un decir de ella. Cuando la sorpresa dio lugar a la reflexión, me di cuenta de que ese hecho se había adelantado para informarme que si la analizante podía estar en otro lugar, era porque ya estaba en otro tiempo. Si esto implicó, como creo y por sus efectos, un acto, lo pienso a predominio de la cuerda real. Eso nuevo que dio lugar –valga la redundancia– a un cambio de lugar, no solo se comenzó a expresar por una producción onírica, hasta ese momento escasa, sino por decisiones en su vida que habían estado a la espera. Algo de lo hasta entonces pertinaz del goce se había corrido (¿o sería más propio decir se estaba corriendo?), de lo cual dio cuenta, sancionándolo, la apuesta a pasar al diván.

Nunca deja de sorprenderme de qué manera somos efecto de cada transferencia singular, cómo nuestro lugar se presta a hacerse eco de aquello que está en juego a nivel del objeto y que solo después, en un segundo momento, podrá bordearse con palabras. No quiero perder de vista que todo esto que estoy desarrollando está en la línea del recuerdo encubridor-develador de Lacan: la línea de provocar, promover, el despliegue del saber que no se sabe, en cuyo entramado alguna letra palpitará goce, en la línea de horadar la consistencia de las Maneines, que ostentan un saber infructuoso.

Si en una punta está Maneine con su saber inhoradado, que inicia quizás en Lacan su pregunta por el saber, en la otra está el homenaje al saber que Lacan realiza en la figura de Marguerite Duras. Dice que ella sabe sin él lo que él enseña. Lo que dará lugar a la famosa afirmación respecto de los artistas: que estos están un paso adelantados en relación a los analistas. Y este saber que él sabe leer en Duras no lo analiza, sino que lo homenajea. Su agudo ojo clínico nos informa que ella no debe saber lo que sabe, pues eso la perdería. Lo que Lacan homenajea respecto del saber de Duras es el buen uso que ella hace de su inconsciente para la práctica de la letra que es la escritura. (217)

Volviendo al interior de la transferencia, diría que no otra cosa es la posición del analista en la efectuación del acto: este resulta del deseo de analista puesto en función, ese deseo que lleva a interpelar al sujeto y su goce, que busca la beldad detrás de los

postigos. (218) Eso es lo que mueve la posición subjetiva del analizante.

Me sucedió mientras enseñaba: me encontré dando la misma viñeta para tratar de transmitir dos conceptos que estaba intentando articular. Y resultó ser la misma viñeta que había utilizado en relación a otro concepto. Primero me sorprendí, quedé un tanto confundida. Luego me fui dando cuenta de que no había sido un error ni una confusión, sino que los tres conceptos estaban íntimamente articulados, de manera tal que en la misma viñeta se podía mostrar en función tanto la cuestión del semblante como la del acto y la del deseo de analista. Fue, digamos, un hallazgo: en el propio entusiasmo de la transmisión se me articularon en su inherencia interna estos tres conceptos. Como si al pensar la clínica ante otros –uno de los escenarios donde poner en juego el “al menos dos”– hubiera alcanzado una verdad teórico/clínica, que es por otro lado lo que motivó este escrito. Comento esa viñeta, para lo cual previamente quiero recordar lo que Lacan nos dice muy gráficamente: “Tenemos que tomar en nosotros, a la manera de un cuerpo extraño, una incorporación, [resultado de la cual] somos el paciente”. (219)

Ciertos movimientos en la transferencia en una cura de siete años habían comenzado a conmover, finalmente, en una analizante, la identificación a un objeto fantasmático, objeto desvalorizado, a partir de un Otro incorporado que la maldecía y la mal miraba. Algo de ese “*Wo Es war*” empezaba a soltarse, dejaba de repetirse sin diferencia perpetuando el “no pienso”.

Tiempo después, recibo un mensajito de texto suyo en el que me informa que ese día iba a llegar más tarde. Cuando toca el timbre y abro, haciendo gala de un humor recién estrenado, me dice: “No empezaste sin mí, ¿verdad?”. Lo cual me dio mucha gracia y fui dejándome tomar, para mi sorpresa, por una sonora carcajada, que mientras transcurría iba ¿decidiendo? subrayar. Lo de decidiendo lo pongo entre signos de pregunta, no era una decisión yoica, era de otra índole lo que me sucedía; una sensación de cuerpo extraño, como que eso nuevo que venía de ella adquiriría carta de ciudadanía en mi carcajada. Esta le daba sonora bienvenida a eso nuevo, gracioso que surgía de ella. Ya no dominaba la escena ese objeto

desvalorizado en el que ella se hacía ver en la escena. Ahora ella no solo me podía faltar, sino que en su enunciación, algo nuevo, más vivificante, se hacía presente. ¿Fue una vacilación calculada en el lugar del analista? Tal vez. Por sus efectos no puedo sino pensarlo en la dimensión del acto.

Siendo así, y una vez más, en esto no hay fórmulas, cada analista, en las curas que dirige, inventará su(s) acto(s), todo se jugará sin ensayo previo y con la particularidad de que solo a posteriori podremos sancionar como acto una u otra intervención. Me corrijo, se acerca más a lo que quiero decir, formular que cada analista se instituye como tal por su acto. Es el acto el que lo instituye como analista. Es así que el acto labora a dos puntas, produce un movimiento en el sujeto e instituye analista en/por ese mismo acto.

Ubicar el deseo de analista como función subraya que se trata de algo inadvertido por la persona del analista y que comanda la dimensión del acto. Diría que el acto no solo funda, en el sentido en que le da forma a lo específico de la función del analista, sino que el analista es en su acto –propongo llamarlo así– una *formación* de ese análisis. O también, que el semblante de *a* en el lugar del analista actúa al agente, lo hace ser y hacer. Algo de esto, creo, es lo que quería transmitir al hablar del hallazgo que experimenté cuando me encontré dando la misma viñeta para los tres conceptos: sorprendida por lo que descubrí, resulté, como analista enseñante (como analizante entonces), una formación de ese acto, que advino como fallido, pero que –y es de lo que intento dar cuenta– resultó, para mí, acto logrado y cuyo escenario fue en este caso la escena de transmisión. Lo mismo sucede en la clínica: en el acto, una de las manifestaciones de la función deseo de analista, este ha podido ser sorprendido, a la par que su analizante, por un decir interpretante que ha permitido al sujeto dar un paso más. En esa medida, el analista resulta, en su acto, una formación de ese análisis. Si en la transferencia se trata de un solo inconsciente, digo “formación” en tanto lo reprimido del analizante retorna en el decir del analista. Creo que a esto se refiere Lacan (220) cuando dice que el analista forma parte del concepto de inconsciente en tanto a él se dirige el discurso. Que el analista forme parte del concepto de inconsciente

no es sin la función deseo de analista operando, desde donde interviene sobre el discurso y en su decir reescribe, de manera que lo dicho se forma, se reformatea apuntando al recorte de goce. Reescritura que quiebra el sentido que hacen los significantes en el decir del analizante para hacer de caja de resonancia del semblante de objeto que surge del discurso en juego.

No todo lo que el analizante dice puede ser tomado al pie de la letra, salvo que entendamos “pie” como una referencia a lo real, dirá Lacan. (221) Del pie de la letra, que indica el enganche al suelo, se desprende, en la escucha analítica, ese borde real que se escribe a partir de la lectura analítica. ¿Cuál es la interpretación justa?, se preguntará Lacan. (222) Yo diría la que ajusta de otro modo al Nudo, porque impacta en la estructura, produce corte, mueve los enlaces.

El *a* al que el sujeto está fijado es resto del Otro y su goce que hay que perder y que es motivo y causa de los padecimientos y angustias. A ese *a*, que resta de eso que no se perdió, de esas huellas gozosas del Otro que el sujeto, afectado por ellas, hace existir en sus síntomas, allí apunta la función deseo de analista. El síntoma revela, así, su doble cara: trae lo repetitivo, pero al escribir acota ese goce del Otro que de lo contrario sería arrasador. Al no dejar de escribirse, el síntoma es un S_1 que se descuenta del S_2 , y ese rasgo separador requiere ser leído en la cura. Dejar, entonces, que el *a* reine en el lugar del analista es, podríamos decirlo así, darle voz, darle escena a ese lugar de *a* que es el sujeto. Cada vez, en cada vuelta que avanzamos interpretativamente sobre ese lugar del Otro que habita al sujeto con el peso de un goce que resta, sobre ese lugar de fijación libidinal al *a*, hay pérdida, hay pérdida y distribución de goce. Remarco, sin embargo, esto de cada vuelta. “El lazo tiene que ser recorrido varias veces”, nos recuerda Lacan en *El seminario 11*. Es la única manera de dar cuenta del término elaboración (*durcharbeiten*).

En relación a la fijación, sabemos que Lacan la equivoca con ficción, y de ello resulta el término *fixación*. El goce del Otro es fuera de fantasma, fuera de palabra. El síntoma, como transacción entre goce fálico y goce del Otro, fija algo, ficcionaliza algo de ese goce del Otro en un pedazo, con lo cual deja de ser ese goce del Otro arrasador que invade. En el síntoma, ese goce *ex-siste* a las

palabras con las que el síntoma lo fija/ficcionaliza. Ese real del goce del Otro *ex-siste* a los significantes sintomáticos que de él solo fijan un pedazo. Otra manera de pensar la articulación entre el goce del Otro y la letra es la que trae Lacan en “La tercera”, cuando escribe en el Nudo *ciencia* justamente sobre la lúnula del goce del Otro. Son las letritas de las fórmulas científicas las que hacen *ex-sistir* ese goce del Otro: permiten que ese real de la vida *ex-sista* a los significantes que lo perforan. Esas letras hacen en lo Real agujero verdadero, lo mismo que las letras del síntoma.

“Eje, pivote, mango, martillo, elemento de fuerza que actúa.” ¿Sobre qué? Sobre la inercia del discurso. Así se refiere Lacan al deseo del analista, (223) ubicándolo como el pilar del progreso de la cura en la medida en que articula el deseo del sujeto.

Y será en la “Proposición del 9 de octubre...” (224) donde a la función deseo de analista le dará Lacan un valor de castración, el de “una X con valor de $(-\phi)$ ”. Una X, una incógnita, algo sobre lo que no podemos predicar y decir: es esto. Solo podemos leer sus efectos de castración. Entonces, si la función de esta X del deseo de analista queda conjugada con el $(-\phi)$, esto puede hacer que el *a* pase del lugar de plus de goce al lugar de causa, que el sujeto ya no consista en el falso ser fantasmático: ha podido averiguar, vía el deseo de analista, qué objeto ha sido para el Otro.

En el ya mencionado *El seminario 17*, Lacan dirige el *Wo Es war, soll Ich werden* al analista, y dice que si este trata de ocupar el lugar del *a*, del agente de su discurso, es porque no estaba ahí por sí mismo. Ahí estaba el *a* como plus de goce del analizante. Y solo mediante el acto el analista lo alcanza. Así, donde Eso, el objeto en tanto plus de goce estaba, el analista, por su acto, y repito, afincado en su deseo de analista, puede llegar.

Nuestra debilidad mental nos lleva a separar saber significativo, por un lado, y objeto *a*, goce, por el otro, como si fueran dos entidades independientes. Quiero subrayar lo que Lacan dice claramente en el último seminario referido: “El saber es medio de goce”. (225) El *a* resulta de la articulación significativa, y es en el trabajo de la articulación de saber que producen los significantes que captamos algo del goce, siempre en la dimensión de la pérdida.

Es esto lo que da base lógica a que estemos atentos a cualquier S_1 que emerja como desprendimiento del S_2 que habita al sujeto.

Desde el inicio escuchamos un entramado de significantes y goce. (226) Diría entonces que no se trata de que el psicoanalista informe de una verdad, que hable *del* inconsciente con su analizante, sino que en su acto él es esa verdad, la verdad del objeto *a* en juego. Es desde la función deseo de analista –que lleva al analista a “encarnar al hipnotizado”– (227) que la intervención se dirige *a/* inconsciente. Con esto quiero decir que si bien el acto es incalculable y también sorprende al propio analista, esta es la sorpresa que proviene de haber hecho los tres pagos necesarios, de haberse dejado tomar por el objeto, de haber dejado que el objeto reine en nuestro lugar.

199- Véase Allouch, Jean, *Contra la eternidad*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2009, cap. 2.

200- Lacan presenta la figura del sillón en su escrito “Posición del inconsciente”, aludiendo con ello al lugar del analista, en *Escritos II*, ob. cit.

201- Lacan, Jacques, “El seminario 15: El acto psicoanalítico”, ob. cit.

202- Esto mismo ya fue planteado en parte en el apartado “Escritura del analista” del capítulo 6.

203- Lacan, Jacques, “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos I*, ob. cit., p. 219.

204- Suetonio, Cayo, *Vida de los doce Césares*, Barcelona, Juventud, 1978, p. 35.

205- Lacan, Jacques, “El seminario 25: Momento de concluir”, ob. cit.

206- Sobre este equívoco, véase nota 23 del capítulo 1 de este libro.

207- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis*, ob. cit.

208- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 8: La transferencia*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

209- Véase la nota 13 del capítulo 1.

210- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 8: La transferencia*, ob. cit. Esto también está presentado en “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos I*, ob. cit.

211- Lacan, Jacques, “La tercera”, ob. cit.

212- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ob. cit.

213- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 8: La transferencia*, ob. cit.

214- Esto lo extrae Lacan de la obra de teatro de Apollinaire *Las tetas de Tiresias*.

- 215- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 20: Aun*, ob. cit.
- 216- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ob. cit., cap. 10.
- 217- Cuestión que yo ya había comentado en el apartado “Un fantasma bizarro” del capítulo 2 del presente libro.
- 218- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ob. cit., p. 137.
- 219- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 10: La angustia*, ob. cit.
- 220- Lacan, Jacques, “Posición del inconsciente”, ob. cit.
- 221- Lacan, Jacques, “El seminario 24: L’insu que sait de l’une-bévue s’aile à mourre”, ob. cit.
- 222- *Ibíd.*
- 223- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 8: La transferencia*, ob. cit.
- 224- Lacan, Jacques, “Proposición del 9 de octubre de 1967...”, ob. cit.
- 225- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis*, ob. cit.
- 226- Lacan, Jacques, *Je parle aux murs. Entretiens de la chapelle de Saint-Anne*, París, Seuil, 2011 [ed. cast.: *Hablo a las paredes*, Barcelona, Paidós, 2012]. Lacan lo dice así: “Le discours analytique se tient précisément sur la frontière sensible entre la vérité et le savoir” [El discurso analítico se encuentra precisamente en la frontera sensible entre la verdad y el saber].
- 227- Lacan, Jacques, *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ob. cit., p. 281.

Índice

Portadilla	2
Legales	5
Palabras de apertura	7
1. Escritura, lectura, reescritura	11
El inconsciente (se) escribe	12
La interpretación como reescritura	23
2. Fantasma y escritura	63
Objetos en escena	64
Lógica y construcción del fantasma	71
Un fantasma bizarro	86
3. Lo que se escribe, no para ser leído... aún	95
Cuerpos tomados	96
4. El sinthome, una escritura posible	107
La disposición sinthomática	108
5. Lo imposible de escribir	120
Que lo inaudito no se vuelva inaudible	121
6. Lo que inscribe la transmisión	127
Transmisión y verdad	128
El susurro de la castración	137
Escritura del analista	143
7. Acto e inscripción	157
Deseo del analista, acto y semblante	158